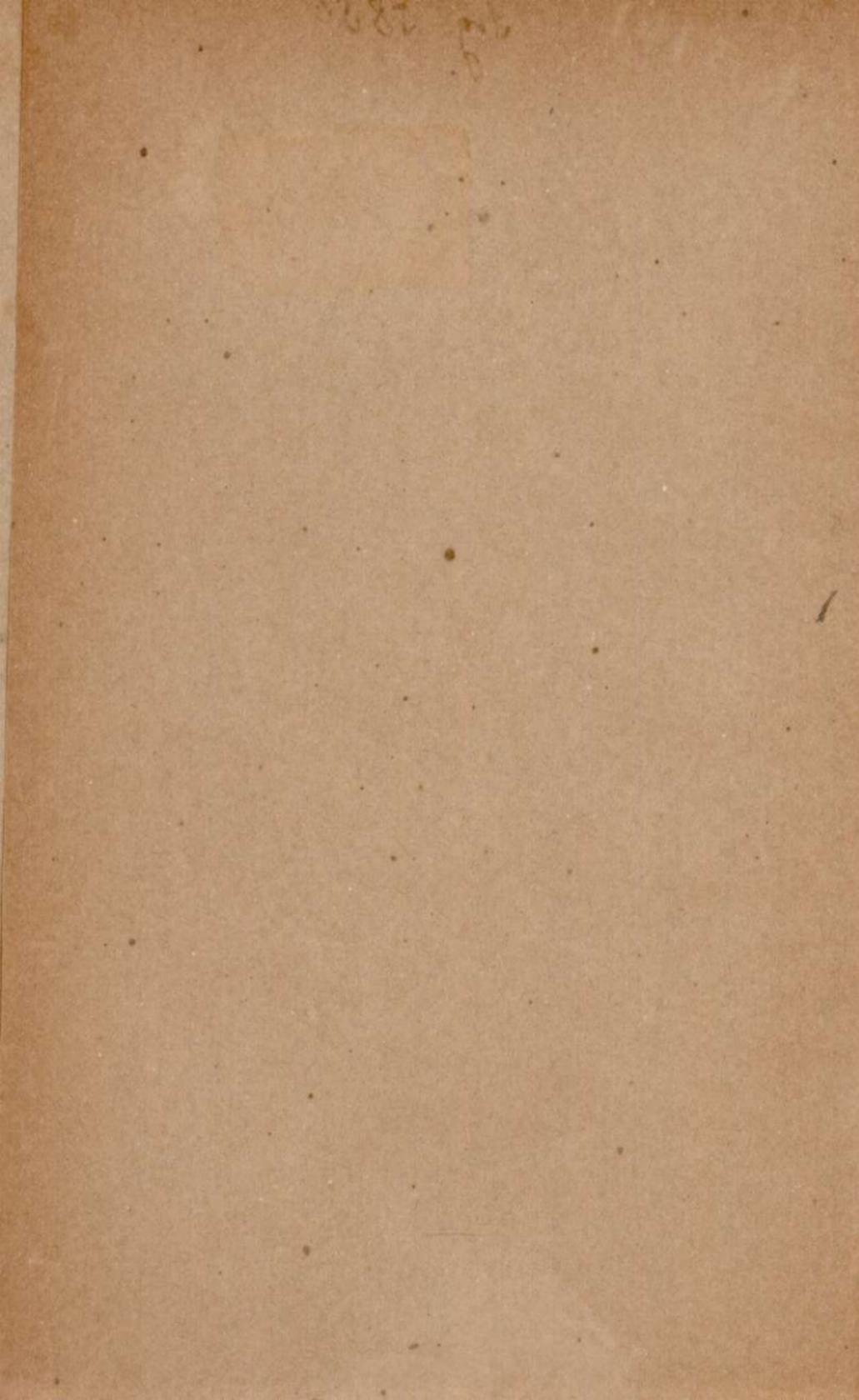


Ing 5850



DL-R-47

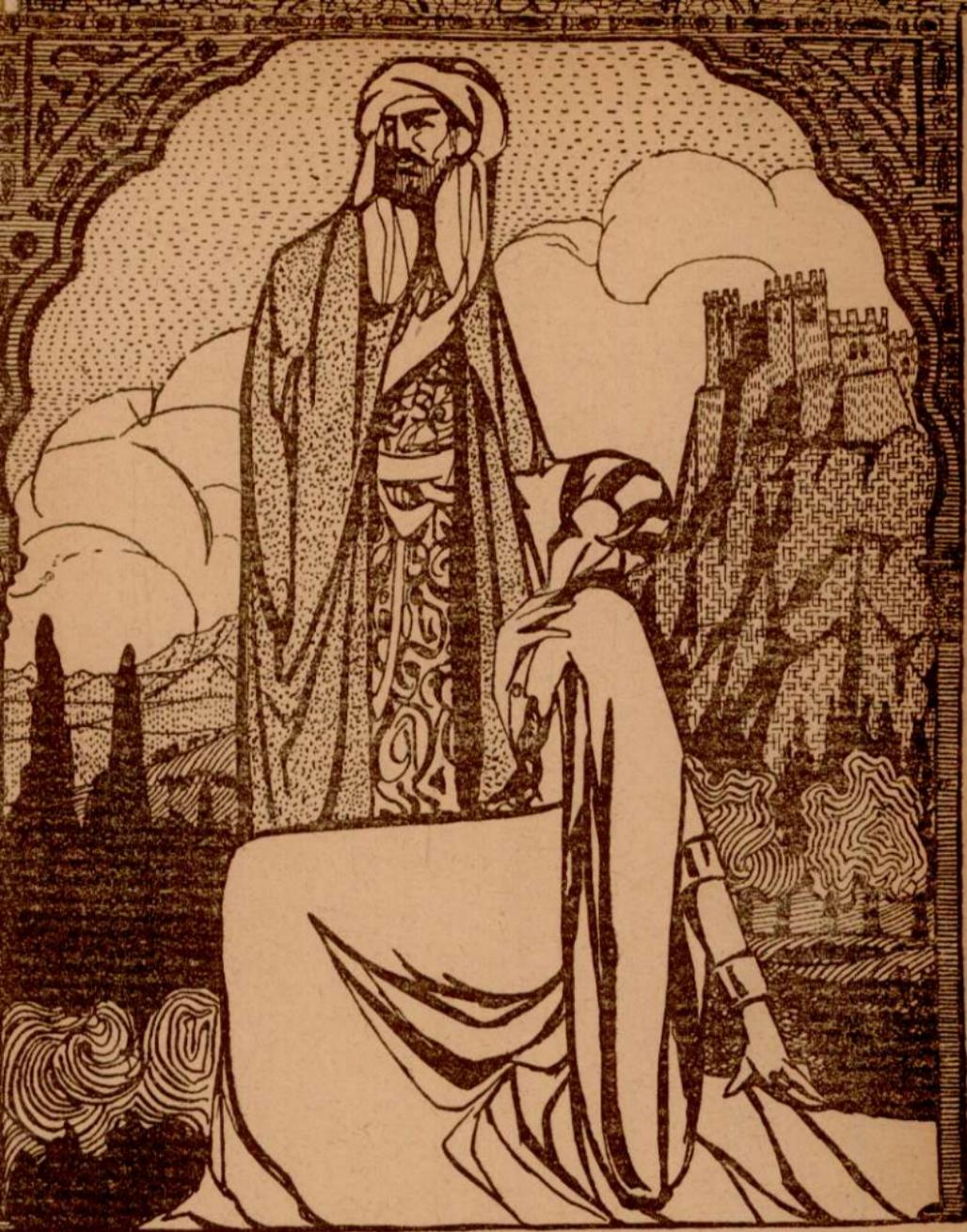


R. 3.747

DL-R-47

ABEN-HUMEYA





EX-LIBRIS  
FRANCISCO VILLALBA ESPESA  
GREGORIO VICENTE

## OBRAS DE VILLAESPESA

### POESÍA

- |                            |                             |
|----------------------------|-----------------------------|
| Intimidades.               | El jardín de las Quimeras.  |
| Flores de almendro.        | Las horas que pasan.        |
| Luchas                     | Saudades.                   |
| Confidencias.              | In memoriam.                |
| La copa del Rey de Thule.  | Bajo la lluvia.             |
| El alto de los bohemios.   | Torre de marfil.            |
| Rapsodias.                 | Andalucía.                  |
| Las canciones del camino.  | Los remansos del crepúsculo |
| Tristitiaie Rerum.         | El espejo encantado.        |
| Carmen.                    | Collares rotos.             |
| El Patio de los Arrayanes. | Los panales de oro.         |
| Viaje sentimental.         | El balcón de Verona.        |
| El mirador de Lindaraxa.   | Jardines de plata.          |
| Palabras antiguas.         | El libro de los sonetos     |
| El libro de Job.           | Lámparas votivas.           |

### Ajimeces de Ensueño.

### PROSA

- |                           |                           |
|---------------------------|---------------------------|
| El milagro de las rosas.  | Las granadas de rubies.   |
| El último Abderramán.     | Fiesta de Poesía.         |
| La venganza de Aischa.    | Las garras de la pantera. |
| Zarza florida.            | Las joyas de Margarita.   |
| Breviario de amor.        | La tela de Penelope.      |
| Vida y Arte.              | Primavera romántica.      |
| I. Julio Herrera Reissig. | Las palmeras del oasis.   |

### TEATRO

- El Alcázar de las Perlas (tragedia árabe en cuatro actos y en verso).  
Doña María de Padilla drama histórico en tres actos y en verso).  
El Rey Galaor (tragedia en tres actos y en verso, inspirada en un poema de Eugenio de Castro).  
Ensueño de una noche de Invierno (poema lírico en tres cuadros y en verso, música de Ramón M. Montilla).  
Un nocturno de Chopin (comedia romántica en un acto y en prosa).  
¡Era El! (poema en un acto y en verso).  
Judith (tragedia bíblica en tres actos y en verso).  
Aben-Humeya (tragedia morisca en cuatro actos y en verso).  
El Halconero (leyenda trágica en tres actos y en verso).

### TRADUCCIONES

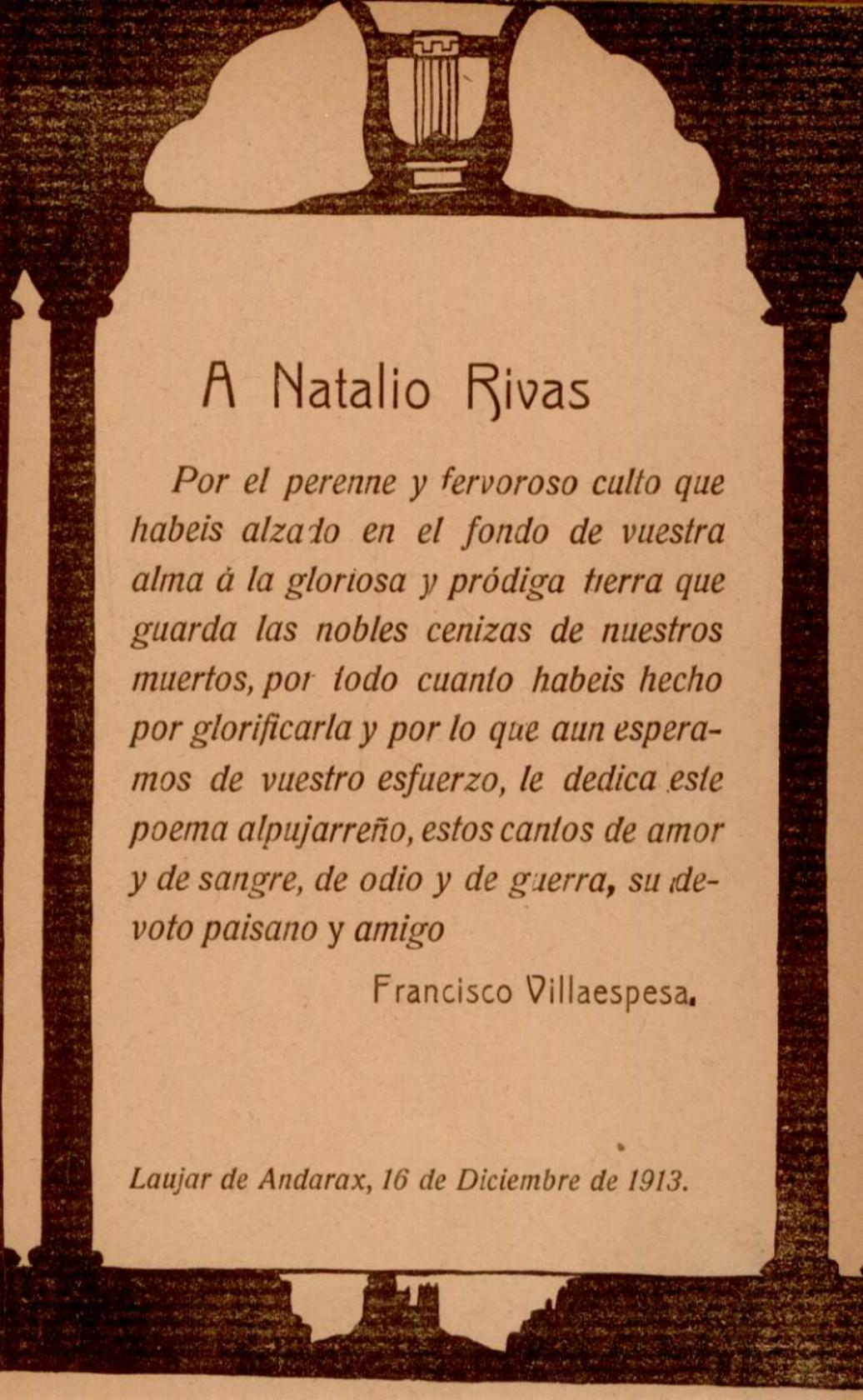
- La Glozonda (de Gabriel D'Annunzio).  
La Cena de los Cardenales (de Julio Dantas).  
Don Beltrán de Figueroa (de Julio Dantas).  
Rosas de todo el año (de Julio Dantas).  
Dolor Supremo (de Marcelino Mezquita).  
Almas enfermas (de Marcelino Mezquita).



**ABENHUMENIA**  
**TRAGEDIA MORISCA EN**  
**CUATRO ACTOS Y UN PROLOGO.**  
**ORIGINAL - DE,**  
**FRANCISCO VILLALBA ESPESA**

BIBLIOTECA DE  
N.º 247  
ESTRO

ES PROPIEDAD



## A Natalio Rivas

*Por el perenne y fervoroso culto que habeis alzado en el fondo de vuestra alma á la gloriosa y pródiga tierra que guarda las nobles cenizas de nuestros muertos, por todo cuanto habeis hecho por glorificarla y por lo que aun esperamos de vuestro esfuerzo, le dedica este poema alpujarreño, estos cantos de amor y de sangre, de odio y de guerra, su devoto paisano y amigo*

Francisco Villaespesa.

*Laujar de Andarax, 16 de Diciembre de 1913.*



ESTA OBRA FUÉ ESTRENADA CON CLAMOROSO ÉXITO,  
EN EL TEATRO CERVANTES DE GRANADA EN LA NOCHE  
DEL 18 DE NOVIEMBRE DE 1913, POR LA COMPAÑÍA  
DE LA INSIGNE TRÁGICA CARMEN COBEÑA.

EL MAESTRO ANGEL BARRIOS COMPUSO PARA ELLA TRES  
INSPIRADÍSIMOS MOMENTOS MUSICALES.



ZAHARA

CARMEN COBEÑA.

DOÑA ISABEL DE MERCADO

FRATERNIDAD LOMBERA.

DAMAR

CAMINO GARRIGÓ.

ZORAIDA

ESPERANZA DÍAZ.

LA HUÉRFANA

ESPERANZA DÍAZ

LA HERMANA

DOLORES ROIG.

LA VIUDA

CARMEN BUSTAMANTE.

Personajes  
de la  
tragedia

LA DEMENTE	CONCEPCIÓN NICOLAS.
MORISCA 1. <sup>a</sup>	JULIA ZALDIVAR.
MORISCA 2. <sup>a</sup>	ENCARNACIÓN PÉREZ.
ABEN-HUMEYA	ALFONSO MUÑOZ.
BEN-ALGUACIL	PEDRO GUIRAU.
DON ÁLVARO DE FLORES	RAFAEL COBEÑA.
DON LOPE DE ATIENZA	RICARDO MANSO. *
DON DIEGO DEL RÍO	RICARDO MANSO. -
ABEN ABÓO	JOSÉ TRESCOLI.
HUEZÍN	ANTONIO PEDROSA. -
PELÁEZ	ANTONIO PEDROSA.
VILCHES	ERNESTO CARBÓ.

EL HABAQUÍ	ERNESTO CARBÓ. -
EL CAÑARÍ	JOSÉ TRESCOLÍ. -
EL PARTAL	RAFAEL COBEÑA. -
ALMENDARI	ANTONIO PEDROSA. -
PREGONERO	FRANCISCO ROIG.
SOLDADO 1.º	VICENTE HUARTE.
SOLDADO 2.º	FRANCISCO ROIG. -
MORISCO 1.º	ANTONIO AYRÁS.
MORISCO 2.º	LINO CRISTÓBAL.

*Cautivas, Moriscas, Soldados, Moriscos,  
y Turcos.*

La acción pasa en Granada y en las Alpujarras,  
en 1567-1569.





Una plaza en la cima del Albaicín, desde donde se divisan, glorificadas por el oro y la púrpura de la tarde, las magnificencias de la ciudad y las maravillas de la Alhambra. Entre la verde primavera de los jardines, se destacan tragicamente, los bermejos torreones del Alcázar Real, y las severas fortificaciones que lo defienden, custodiando con un cinturón de murallas, los fabulosos tesoros del más glorioso

ensueño nazarita. A la izquierda un algibe de doble arco, empotrado en el muro de un viejo torreón practicable, al cual se asciende por una pequeña escalinata de piedra. En primer término, la fachada blanca de cal y reluciente de azulejos, de una rica vivienda morisca. Puerta estrecha. Ajimeces de mármol con espesas celosías de colores. A la derecha, otras casas, y en primer término, una callejuela. En el centro de la escena, una hoguera encendida. Empieza á declinar la tarde.

ESCENA 1.<sup>a</sup>

ZAHARA, DAMAR, ALMENDÁRI, MORISCOS

Y MORISCAS

Los moriscos sentados á las puertas de sus casas, en la escalinata del algibe y en el balaustre del fondo de la plaza, silenciosos é inmóviles, con la cabeza entre las manos, profundamente abatidos. Las moriscas forman un semicírculo en torno de la hoguera, agitando sus almaizales.

ZAHARA

Con el almaizal en las  
manos.

¡Blancos almaizales,  
celajes de gasa,  
donde como estrellas  
en nubes de plata,  
de las granadinas,  
los ojos brillaban;  
puesto que ya, nunca  
velareis sus gracias,  
—asi el Rey Felipe  
en su edicto manda—

sed humo y ceniza  
dentro de estas llamas!

Arroja los velos al fuego.

#### DAMAR

Volviéndose á los hom-  
bres.

¡Granadinos, como hembras,  
dejad correr vuestras lágrimas,  
puesto que hombres no sois  
para salvar á Granada!

Los hombres se retuer-  
cen de ira. Otros sollozan...  
Algunas doncellas acompa-  
ñan la lamentación, tañien-  
do adufes y dulzainas.

#### ZAHARA

Desprendiéndose de sus  
ricos collares.

¡Frágiles collares  
de coral y ambar,  
topacios, zafiros,  
perlas y esmeraldas,  
con broches de oro  
y engarces de plata,  
que sobre los senos  
relampagueaban;

puesto que ya, nunca  
—así el Rey lo manda—  
podréis enroscaros  
á nuestras gargantas,  
rompeos en lluvia  
de fúlgidas lágrimas!

Los arroja á la hoguera,  
rompiéndolos violentamen-  
te.

DAMAR

A los hombres.

¿No os dá vergüenza, quejaros  
como miseras esclavas,  
teniendo las manos libres  
para manejar las armas?

Los hombres continúan  
sollozando.

ZAHARA

Sacando un Koram del  
seno.

¡Libro que al Profeta,  
un ángel dictara,  
á compás del trueno,  
sobre una montaña;

como no podemos  
recitar sus máximas  
—así el Rey Felipe,  
en su edicto manda—  
dentro de esta hoguera  
quememos tus páginas,  
porque no las manchen  
las manos profanas!

Desgarra el Koran y  
arroja los pedazos á las llama-  
mas. Los hombres se cubren  
el rostro. Algunos se muer-  
den los puños de coraje.

#### ALMENDÁRI

¡Oh, libro santo, contigo  
se quema también mi alma!

#### MORISCO 1.º

¡Las llamas que te consumen  
á mi corazón abrasan!

#### ALMENDARÍ

¡Es un trozo de mi carne  
cada hoja que te arrancan!

## DAMAR

A los hombres.

¡Si defender no podeis  
nuestra Ley, con vuestra espada,  
arrancáos esas lenguas  
de raíz, como cizaña,  
antes que el aire envilezcan  
con lamentaciones vanas!

MORISCA 1.<sup>a</sup>

¿Para qué quereis la lengua,  
si han prohibido nuestra habla?

## ZAHARA

Aproximándose de nuevo á la hoguera.

¡Danza de otros días,  
armoniosa danza  
de nuestras leleilas  
y de nuestras zambras,  
en la que á las luces  
de las almanaras,  
sobre la alcatifa  
de flores bordada,  
sueños de amor, tejen  
las ágiles plantas,

mientras nuestros cuerpos  
se encurvan y enlazan,  
como los rosales  
cuando el viento pasa!..  
¡Ya nunca en tus giros  
flotarán al aura  
negras cabelleras  
sobre espaldas blancas!..  
Porque nos prohíbe,  
nuestro Rey danzarla,  
¡sollozad, adufes,  
y plañid, dulzainas!..  
¡Bailemos doncellas,  
hijas de Granada,  
en torno del fuego,  
la última danza!

Algunas doncellas bailan  
agitando sus velos, al son de  
adufes y dulzainas.

#### MORISCOS

Sollozando.

¡Ay, de nosotros!..  
¡Ay, de Granada!

## ESCENA II

DICHOS Y EL CAÑARÍ

que descende del torreón.

CAÑARÍ

A los moriscos.

¡Aquí los hombres llorando,  
mientras las mujeres danzan!..  
¿No oís el pregón, que pregona,  
al viento nuestra desgracia?

Algunos hombres se le  
acercan, las mujeres cesan  
de danzar y le rodean. Se  
escucha un redoble lejano  
de atambores.

ALMENDARÍ

¿Qué nueva infausta, nos traes?

MORISCO 1.º

¿Qué rigor nos amenaza?

ZAHARA

¿Qué nueva tormenta, padre,  
tu adusto ceño presagia?

## EL CAÑARÍ

Un escuadrón de soldados  
ha subido de la Alhambra  
á darle fuerza al edicto  
que el Rey Felipe ordenara.  
En vano ha pedido treguas  
para cumplir la pragmática,  
nuestro protector, el noble  
Don Alonso de Granada,  
descendiente de los reyes  
que éstos reinos gobernarán...  
¡La Audiencia le ha desoído!

Los moriscos sollozan.  
Las mujeres se indignan.

## ZAHARA

A los hombres.

¡De vosotros es la infamia,  
porque llorais como hembras,  
en vez de empuñar las armas!

## ALMENDARÍ

¿Qué pueden hacer los brazos,  
si no tenemos espadas?

## ZAHARA

El enemigo las tiene...  
¡Cobardes, id á tomarlas,  
y haced que cumpla el cristiano  
las condiciones pactadas  
bajo las cuales, rindieron  
nuestros padres á Granada!

## ALMENDARÍ

¡Dios, por nuestras propias culpas,  
este castigo nos manda!...  
¡Doblemos la frente, ante  
su voluntad soberana!

## MORISCO 1.º

Sin cabeza que nos guíe,  
sin recursos y sin armas  
¿cómo vamos á oponernos  
á las banderas de España?

## EL CAÑARÍ

¡Si no estuviese la sangre  
en vuestras venas helada,  
romperíamos los hierros  
con que el cristiano nos ata!...

Sólo nuestro grito esperan  
para asaltar á Granada,  
más de treinta mil moriscos  
armados, en la Alpujarra!

Resuenan atambores cercanos. Los soldados aparecen en la explanada del torreón.

#### ALMENDARÍ

Temeroso.

¡Silencio! el pregón se acerca.

#### MORISCO 1.º

Huyendo por la callejuela.

¡Huyamos á nuestras casas!

Algunos moriscos le siguen; otros permanecen inmóviles sentados en los tramos de la escalinata y en el balaustre de la plaza. Las mujeres se agrupan en torno de la hoguera. Solo el Cañarí, permanece de pie en el centro.

## ESCENA III

DICHOS

El Capitán D. Alvaro de Flores. Pregonero, Soldados y Ministriles. Silencio de espectación, redoble de atambores.

PREGONERO

Desde el torreón

¡Vecinos de estos barrios: en el nombre del Rey nuestro Señor Felipe II, que Dios guarde, á todos los moriscos que habiten en sus reinos, bajo pena de muerte, les prohíbe que hablen su ruda algarabía, que celebren sus ritos, que se envuelvan en velos, y que vistan sus trajes, que usen baños y afeites, que den zambras y fiestas, y que á la antigua usanza de su nación se casen!

El capitán y los soldados  
descienden.

DON ÁLVARO

Ya el pregón habeis oído...  
¡Los que infrinjan la ordenanza,  
serán sin más expedientes,  
quemados en una plaza!

Viendo á los moriscos,  
inmóviles.

¿Pero qué os pasa? ¿Qué hacéis  
inmóviles, como estatuas,  
sentados en los umbrales?

Les dá con el pie para  
que se levanten. Los sol-  
dados le imitan.

¡Levantáos, vil canalla,  
é inclináos ante el nombre  
del Rey Felipe de España!

Todos se levantan y se  
inclinan menos el Cañarí  
que permanece erguido.

¡Gritad: ¡Viva el Rey Felipe!

MORISCOS

(Menos el Cañarí.)

¡Viva! ¡Viva!

DON ÁLVARO

Reparando en la actitud  
del Cañarí.

¿Por qué callas,  
tu, miserable?... ¿Eres mudo?...  
A ver si á los golpes hablas!

Le cruza el rostro con  
la vaina del acero. El Ca-  
ñarí retrocede de un salto.  
Se palpa los vestidos como  
buscando un arma. Las  
mujeres gritan.

## EL CAÑARI

Haciendo un esfuerzo terrible para contenerse.

También dí el viva... ¡Tened más respetos de estas canas!...  
¡Si yo fuese como vos,  
la mano que me tocara,  
para echársela á los perros,  
de un golpe la cercenara!

Don Alvaro lo golpea nuevamente. Los soldados lo sujetan. Las mujeres gritan. Solo los moriscos permanecen silenciosos.

## SOLDADO 1.º

¡Echadle una soga al cuello  
y entrémosle así en Granada!

Los soldados atan al Cañari, golpeándole.

## ZAHARA

Saltando como una fiera  
delante del capitán.

¡Capitán, ese es mi padre!...  
¡Oh, si yo tuviese armas,

contra vos y contra todos  
 juntos, tomára venganza!  
 ¡Soltad el preso al momento,  
 si no queréis que á pedradas,  
 igual que á perros rabiosos,  
 os echemos de esta plaza!

DON ÁLVARO

Mirando á Zahara.

Una morisca más bella,  
 jamás ví...

Aproximándose con  
 exagerada galantería.

La faz levanta  
 que quiero admirar las glorias  
 que Dios ha puesto en tu cara!

La intenta sujetar por  
 un brazo.

ZAHARA

¡Déjame!

DON ÁLVARO

¡Vamos, morisca,  
 acércate!

## ZAHARA

Me acercara,  
si algo, si un arma tuviera  
que clavarte en las entrañas!

Retrocede y se ampara  
entre las moriscas.

## MORISCAS

Agresivamente.

¡Soltad al preso! ¡Soltadle!

## ALMENDARI

Interponiéndose.

¡No aumentad nuestra desgracia!  
¡Callad... y del cielo cúmplase  
la voluntad soberana!

## DON ÁLVARO

A Zahara.

¡Tú, así lo quieres, pues ¡sea!  
¡Soldados: id y apresadla,  
y á la hija y al padre juntos  
bajaremos á Granada!

Los soldados se disponen á cumplir las órdenes.  
Las mujeres se les interponen.

DAMAR

A los soldados.

Venid por ella, si sois  
capaces de tal hazaña.

ZAHARA

Desafiante.

Aunque estos hombres cobardes

Señalando á los moriscos.

en vez de ampararnos, callan,  
viendo como ante sus ojos  
á sus mujeres maltratan,

A los soldados.

¡arremeted con nosotras,  
pues es justo que combatan  
contra indefensas mujeres  
los que á los viejos ultrajan!

DON ÁLVARO

Basta de contemplaciones  
¡Soldados, á ellos!

Al ir á acometer los soldados aparecen por el torreón, Diego Alguacil y un grupo de moriscos armados.



ESCENA IV

DICHOS, DIEGO ALGUACIL Y MORISCOS  
ALGUACIL

Interponiéndose.

¿Qué pasa?

ZAHARA

Gritando.

¡Quieren llevarse á mi padre!...

DAMAR

¡Y á ella quieren apresarla!

DIEGO ALGUACIL

A los moriscos.

¿Y vosotros consentis  
que se cumpla tal infamia?  
Moriscos, llegó la hora  
de empezar nuestra venganza...

¡A morir por nuestra ley  
ó á triunfar por nuestra causa!

Se dispone á acometer  
con un grupo de moriscos.  
Las mujeres se arman de  
piedras.

DON ÁLVARO

¡Soldados, á arcabuzazos,  
disolved esa canalla!

Los soldados preparan  
las mechas, mientras otros,  
espada en mano, se dispo-  
nen á acometer.

ESCENA V

DICHOS, DON FERNANDO DE VALOR

Que entra por la calle-  
juela y se interpone entre  
ambos bandos.

DON FERNANDO

Desembozándose.

¡Paso franco, á un caballero,  
veinticuatro de Granada!

Al reconocerle, el Capi-  
tán y los soldados se des-  
cubren. Los moriscos co-  
rren hacia él.

DON ÁLVARO

Saludándole.

¡Señor Don Fernando Válór!

DON FERNANDO

Decid, Capitán ¿qué pasa?

DAMAR

Interrumpiéndole.

Señor, que nos atropellan!...

DON FERNANDO

Severamente. |

¡Que hable el Capitán! ¡Tú, calla!

DON ÁLVARO

Señalando al Cañari.

Porque prendimos á este  
anciano que se negaba  
á victorear el nombre  
del Rey Felipe de España,

Todos se descubren.

ya lo véis, señor, está  
esta chusma alborotada,  
y entrarla á razón pensamos  
con la fuerza de las armas!

ZAHARA

Acercándose resuelta á  
Don Fernando.

Él ha ultrajado á mi padre  
sin motivos, y su cara

cruzó, cual la de un esclavo,  
con la cinta de su espada.  
¡Y este ultraje, no toleran  
las perspnas de mi raza,  
pues cuando para vengarse  
hombres de valor les faltan,  
saben vengarse á sí mismas  
las mujeres de Granada!

DAMAR

¡Nos ultrajó, Don Fernando!

ALGUACIL

Nuestra paciencia se cansa,  
pues comienza un nuevo ultraje,  
cuando otro ultraje se acaba!

DON FERNANDO

Imperiosamente.

¡Callad! Disolveros presto...  
Cada cual torne á su casa.

ALGUACIL

Bien sabe Dios que lo hacemos,  
porque tú, señor, lo mandas...

DAMAR

Sólo por ti nos marchamos  
que si nó...

DON FERNANDO

¡Moriscos, basta!

Al Capitán.

Capitán, soltad al preso...  
Yo le sirvo de fianza.

Los moriscos se entran  
en sus casas ó se van por  
la calleja, menos Zahara y  
Alguacil.

DON ÁLVARO

¡Sólo por vos le doy suelta!

Los soldados sueltan al  
Cañarí que se arroja á los  
pies de Don Fernando.

CAÑARÍ

¡Señor Don Fernando, gracias!

DON ÁLVARO

A los soldados.

Y nosotros, á seguir  
pregonando la pragmática!

Saluda á Don Fernando  
y se va, seguido de los sol-  
dados, por la calleja.

¡Vive Dios, que de estas gentes  
luego tomaré venganza!



ESCENA VI

DON FERNANDO DE VÁLOR, ZAHARA, ALGUACIL  
Y EL CAÑARÍ

EL CAÑARÍ

¡Mi vida, Señor, es tuya!

ZAHARA

Arrodillándose á los  
pies de Don Fernando.

¡A tus pies está tu esclava!  
¡Bien se conoce que corre  
por tus venas, la preclara  
sangre de aquellos kalifas  
que fueron glorias de España!...

ALGUACIL

¡Contra el cristiano, á la gente  
de tu antiguo reino ampara!

DON FERNANDO

Haciéndoles levantar  
del suelo.

No vengo á daros amparo  
sino á pedirlo...

CAÑARÍ

¿Qué pasa?

ALGUACIL

¡Nuestra sangre, gota á gota  
verteremos por tu causa!

ZAHARA

¡Por ti, gustosos muriéramos  
como esclavos!...

CAÑARÍ

Señor, habla!

DON FERNANDO

Ya sabéis todos que soy  
veinticuatro de Granada,

y que tengo por Real Cédula  
á mis padres otorgada,  
derecho á entrar donde quiera  
armado de todas armas.

Esta tarde fuí á Cabildo  
á la sesión, y llevaba  
la daga prendida al cinto  
y en el tahalí, la espada.

Como es costumbre que nadie  
armado á Cabildo vaya,  
dejé el acero en la puerta...  
más se me olvidó la daga.  
Pero el Alguacil mayor,  
el Señor Don Pedro Daza,  
apenas me vió, me dijo  
con descompuestas palabras:

—Ya sabe vuesa merced  
que es costumbre, respetada  
por todos, en este sitio  
penetrar siempre sin armas...  
Conque, Señor Don Fernando,  
dejad que os quite la daga.

—Eso no reza conmigo—  
le dije rojo de rabia—

que tengo derecho á entrar  
armado donde me plazca,  
pues procedo de la sangre  
de los Reyes de Granada!

—¡Sangre morisca, y cual tal  
miserable, ruín y baja!—  
¡Así repuso Don Pedro!...  
Más no acabó la palabra  
sin que la afrenta, mi mano,  
en su rostro, no vengara!

—Prendedle,—gritaron todos  
á los soldados de guardia.  
Mas yo á través de la chusma  
me abrí paso con la daga...  
Y aquí me tenéis buscando  
un amparo en mi desgracia,  
mientras mis quejas elevo  
á Don Felipe de España...  
Preciso es, que disfrazado  
salga hoy mismo de Granada!

#### CAÑARÍ

Insinuante.

¡Don Fernando, si quisiérais  
que bien dejaríais vengada

vuestra afrenta. Nuestra gente  
á alzarse está preparada!

ALGUACIL

¡Más de treinta mil moriscos  
te esperan en la Alpujarra!

CAÑARÍ

¡Para triunfar del cristiano  
sólo tu ayuda nos falta!

ZAHARA

¡Coloca sobre tus sienes  
la corona de Granada!...

CAÑARÍ

Lo primero es que te salves...  
Después, señor... En mi casa  
entra, y en ella hablaremos  
en tanto que te disfrazas.

A Alguacil y Zahara.

Vosotros aquí quedaros,  
vigilando en esta plaza,

no vaya á ser que la ronda  
venga á prenderle, avisada  
por las gentes de Don Alvaro,  
del lugar donde se halla.

DON FERNANDO

¡Que el Señor, os premie el celo  
con que amparáis mi desgracia!

ZAHARA

¿Quién teniendo sangre mora  
no ha de morir por tu causa  
si siempre has sido el escudo,  
de las gentes de tu raza?

Éntrase Don Fernando  
y Cañarí en la casa. Zaha-  
ra y Alguacil permanecen  
en escena. Empieza el cre-  
púsculo.

## ESCENA VII

ZAHARA, DIEGO, ALGUACIL

ALGUACIL

¡Por fin, Zahara, que á solas  
contigo un instante quedo!

ZAHARA

¡Para platicar de amores  
no es oportuno el momento,  
que entre el amor y la patria,  
la patria siempre es primero!

ALGUACIL

No vengo á hablarte de amores,  
sino á decir que no puedo  
sufrir ya más los ultrajes  
y afrentas que padecemos,  
y que me voy esta noche  
á la sierra con los nuestros.

## ZAHARA

¡Ese es tu deber, ve y cúmplelo,  
que yo aquí, tu suerte espero,  
para si tornas triunfante  
premiar, Alguacil, tu esfuerzo,  
ó para vengar tu muerte  
sí cayeses defendiendo  
con las armas en la mano  
la libertad de tu pueblo!

## ALGUACIL

Sólo por estar ausente  
de tu amor, marcharme siento...  
¡Estando lejos de tí  
me voy á morir de celos!

## ZAHARA

¿Celos de mí? Mas ¿por qué?

## ALGUACIL

Porque es tu rostro tan bello,  
que el que lo mira no puede  
borrarlo de sus recuerdos;  
porque embalsaman tus labios

á las brisas con su aliento,  
y el que respira sus rosas  
no puede vivir sin ellos!  
Celos de todo! Del aire,  
porque agita tus cabellos;  
del sol, porque en tus mejillas  
deja sus besos de fuego;  
de lo que miran tus ojos,  
de lo que tocan tus dedos  
¡y hasta del traje que vela  
los tesoros de tu cuerpo!...

¡Y mira hasta donde llega,  
Zahara, mi ofuscamiento,  
que há poco, cuando el de Válór,  
queriendo alzarte del suelo  
te dió la mano, clavando  
en tus grandes ojos negros  
las pupilas codiciosas,  
tuve que hacer un esfuerzo  
terrible para no hundirle  
este puñal en el cuello!

ZAHARA

Asombrada •

¿Celos tú de Don Fernando?

ALGUACIL

Hace tiempo que los tengo!

ZAHARA

Mas, ¿por qué?

ALGUACIL

Si se razonan  
los celos, ya no son celos!...  
Porque tú eres muy hermosa  
y es muy galán el mancebo!

Violentamente

¡Le miraste!

ZAHARA

Con severa dignidad

No confundas  
el amor con el respeto.  
Es nuestro señor. Desciende  
de nuestros Reyes, de aquellos  
nobles kalifas que leyes  
á España y al mundo dieron...

Ni yo he de aspirar á tanto,  
ni él puede aspirar á menos!

Aproximándose. Con sinceridad, pero sin apasionamiento.

Parte tranquilo á la lucha...  
¡Tuyos son mis pensamientos,  
mi corazón y mi alma,  
cuanto soy y cuanto tengo!  
Las mujeres como yo  
cumplen lo que prometieron!

Y si durante la ausencia,  
al hallarse de tí lejos,  
mis ojos mirasen algo  
que no fuese tu recuerdo,  
me los arrancase, para  
castigar su atrevimiento!



## ESCENA VIII

Dichos, DON FERNANDO Y EL CAÑARÍ.

Por la puerta de la casa de la izquierda aparece El Cañarí seguido de Don Fernando, disfrazado de morisco. Al verlos, los amantes se separan y se les aproximan.

CAÑARÍ

A Don Fernando.

Aquí quedad un instante.  
Tú, Diego Alguacil, conmigo  
ven á ensillar el caballo  
y á prevenir los amigos.

A Zahara.

Tú, la entrada de la casa  
vigila desde este sitio,  
y prevén á Don Fernando  
por si hubiera algún peligro.

A Don Fernando.

Aquí estamos al momento...  
Descansad, señor, tranquilo...

Vase por la escalinata  
del torreón.

ALGUACIL

Marchando tras El Ca-  
ñarí.

¡Dejarlo aquí con Zahara,  
vive Dios, que es un suplicio!

## ESCENA IX

## ZAHARA, DON FERNANDO

El crepúsculo empieza á declinar, ensangrentando las altas torres de la Alhambra. De la ciudad remota asciende un lejano repique de campanas que tocan á oraciones. La luz es suave y dulce y una onda de poesía parece envolverlo todo. Don Fernando, como un sonámbulo, se acerca al último pilar del arco del aljibe, y, apoyándose en él, se queda un momento absorto en la visión de la ciudad. Zahara le sigue como una sombra, sumisa y ténue. También sus ojos y su alma parecen perderse en la misma contemplación.

## DON FERNANDO

Como hablando consigo mismo.

¡La hora ya ha sonado! ¡Cúmplase la voluntad del destino!..  
¡Adiós! ciudad de mis sueños,  
pensil en donde he nacido,  
quizás no vuelvan á verte  
estos pobres ojos míos,

que al despedirse se llenan  
de amargo llanto, lo mismo  
que si al dejar tus vergeles  
dejasen el Paraíso!

Ningún amante en el mundo  
¡adiós! dijo á su cariño,  
con la ternura y la pena  
con que yo á tí te lo digo!

Queda un momento  
inmóvil reclinado en el pi-  
lar, como ocultando su  
llanto y su tristeza.

#### ZAHARA

Como soñando.

¡Granada, Granada,  
de tu poderío  
ya no resta nada!  
Lloran elegías las aguas del río,  
y entre sus cristales ya no te reflejas  
como una Sultana, la sien coronada  
de áureos minaretes y torres bermejas.  
Ya tus tejedores no entonan cantares,  
mientras sus telares  
hilan las más ricas y frágiles sedas...  
Mudas se quedaron tus alfarerías...

Tan sólo las brisas lloran elegías  
entre los verdos de tus alamedas!

El agua, que en todo su frescor diluye,  
es llanto que eterno de tus ojos fluye  
llorando la antigua grandeza pasada.  
De tu poderío ya no resta nada...  
¡Tu gloria, Granada,  
pasó como pasa, bajo el puente, el río!

Hoy entre tus muros no hay un alarife  
que teja el ensueño de un Generalife  
con gemas y perlas y randas de encajes;  
ni al marcial estruendo de atambor sonoro,  
cruzan por tus plazas los Abencerrajes,  
vestidos de plata y armados de oro!

Ya las callejuelas de tu Alcaicería  
no invade el tumulto, ni la algarabía  
de hombres que discuten en lenguas extrañas;  
ni sueñan Príncesas tras los alhamíes,  
ni en Bib-Rhambla quiebran, justando, sus cañas,  
gallardos Gomeles y altivos Zegríes!

Ya por puerta Elvira  
la plebe de activos obreros, no mira  
pasar los botines guerreros... Altivos  
caudillos, de polvo, de sangre bañados,

que arrastran cadenas de tristes cautivos  
por largas hileras de picas guardados;  
ni ve los camellos de las caravanas  
que vienen cargados  
con oro y perfumes de tierras lejanas;  
ni entre la arboleda que ensombra el camino  
contempla un relámpago de armas que se aleja;  
ni de las antorchas, á la luz bermeja,  
levanta palacios dignos de Aladino!..

Ya el Darro no copia sobre sus cristales  
ojos negros entre nubes de almaizales,  
ni á beber sus aguas inclinan los cuellos  
mojando las crines, ágiles corceles,  
mientras de la Luna los blancos destellos  
riman con la albura de los alquiceles!

Ya el Genil no riega  
las huertas floridas  
que pueblan la vega,  
ni en sus frescas aguas lavan sus heridas  
soldados que tornan de alguna algarada...  
Su corriente gime como avergonzada:  
una pena eterna suspira en su canto,  
cual si en vez de aguas arrastrase llanto!..

La Alhambra está sola. Entre la floresta  
ya no queda un eco de la antigua fiesta.

Bajo los encajes de los ajimeces  
la voz de la guzla no solloza amores  
mientras entre aromas y entre ruiseñores  
da la Luna al mármol aureas palideces.

Ni en las alcatifas de sus patios mudos  
tejen odaliscas con los pies desnudos  
todas las lascivas danzas del Oriente  
entre los perfumes de los pebeteros;  
ni por sus mosaicos resbalar se siente  
la espuela de oro de altivos guerreros...

Granada ¡Granada!... Tu Alhambra está en ruinas!  
Llorando hasta el Africa van las golondrinas  
á dar á tus hijos el triste mensaje,  
y tus nobles hijos lloran de coraje,  
ensillan los potros, empuñan la espada  
y aullando de rabia se van hacia el mar,  
y al ver los perfiles de Sierra Nevada  
se postran de hinojos y gimen: ¡Granada!...  
y las olas lloran al verlos llorar!..

¡Granada! ¡Granada!,  
de tu poderío  
ya no resta nada.  
Lloran elegías las aguas del río  
y entre sus cristales ya no te reflejas,

como una Sultana, la sien coronada  
de aureos minaretes y torres bermejas!

Queda un momento con  
la cabeza entre las manos,  
profundamente abatida.

DON FERNANDO

Que la ha escuchado en  
silencio apoyado en el arco  
del algibe, se le acerca pro-  
fundamente conmovido.

Zahara, á mis pensamientos,  
como un eco han respondido  
esos trágicos lamentos  
que sin respirar he oído,

como escucha el musulmán  
de hinojos en la Mezquita  
la majestad infinita  
de los versos del Coran!

Véme, Zahara, llorar  
de impotencia y de dolor!  
¡Ay, quién le pudiera dar  
á Granada su esplendor!

¡Y que en vez de esas campanas  
que en las iglesias cristianas

repican las oraciones,  
resonase en sus confines  
el clamor de los muezines  
en los altos torreones!

## ZAHARA

Insinuante.

Si Don Fernando Muley  
desenvainase la espada,  
Granada tuviese Rey  
y fuese otra vez Granada!

¡Si Don Fernando quisiera  
—brazos no le han de faltar—  
aún mirase su bandera  
en la Alhambra tremolar!

## DON FERNANDO

¡Granada, Granada mía,  
ayer altiva Sultana  
y hoy esclava de la impía  
y feroz turba cristiana,

todo esfuerzo será vano!...  
¡Ya no tienes salvación,  
que en los brazos del cristiano  
has perdido el corazón!

## ZAHARA

Con voz profética.

Humana grandeza,  
orgullo, belleza,  
poder, sentimiento...  
Todo, todo es viento,  
humo que se va!

En los viejos muros  
con trazos seguros,  
un día lejano  
le esculpió una mano  
que ni polvo es ya...

Lo saben las flores  
y los ruiseñores;  
el ciprés lo siente,  
lo dice la fuente:

—¡No hay más Dios que Alá!

¡Plantar quiso en vano  
su cruz el cristiano  
en tus torres!... ¡Nada,

Granada es Granada,  
¡siempre lo será!...

Lo saben las flores  
y los ruiseñores;  
el ciprés lo siente,  
lo dice la fuente:  
—¡No hay más Dios que Alá!



EXCENA X.

Dichos. CAÑARI y ALMENDARI

Bajando precipitadamente por el torreón.

ALMENDARI

Don Fernando, presto, presto,  
¡salvaos, Señor, salvaos!

CAÑARI

Señalando á la derecha.

Al final de esta calleja  
os esperan los caballos,  
y un buen golpe de moriscos  
para poder escoltaros.

ALMENDARI

De Granada salió fuerza  
para prenderos...

## CAÑARI

Hallaron  
 á los soldados que iban  
 el edicto pregonando,  
 y ellos le dijeron, donde  
 estábais.

Se oyen voces lejanas.  
 Las campanas tocan á re-  
 bato. Redoble de atambo-  
 res y arcabuzazos.

## ALMENDARI

¡Y todo el barrio  
 al conocer la noticia  
 en vuestro favor se ha alzado!

## CAÑARI

¿No escucháis, señor, cual tocan  
 las campanas á rebato?

Las mujeres se asoman  
 á las ventanas y á las puer-  
 tas. El vocerío aumenta.

## MORISCOS

Fuera.

¡Viva Aben Humeya!  
 —¡Viva!

EXCENA XI

Dichos. ALGUACIL y MORISCOS

Armados que penetran  
por el torreón.

ALGUACIL

¿Dónde estas, señor? ¡Tu brazo  
ha de romper las cadenas  
que nos impuso el cristiano!

DON FERNANDO

¿Qué queréis de mí, moriscos?

ALGUACIL

¡Qué nos salves y salvaros!

ALMENDARI

¡Qué al frente nuestro te pongas  
y del Albaicín salgamos!

## ALGUACIL

Que con nosotros te vengas  
á la sierra, para darnos,  
libertad... ¡Qué tú seas  
nuestro Rey!

## DON FERNANDO

Decidido.

¡Al campo vamos!...  
Y cúmplase de mi estrella  
los designios soberanos!...  
¿Una mano qué os guíe  
os falta? Aquí está mi mano,  
y á vengar va Aben Humeya  
á Don Fernando de Valor!

Se va seguido de los  
moriscos por la calleja.

## ALGUACIL

¡Viva Aben Humeya!

## MORISCOS

¡Viva!

ALGUACIL

A Zahara.

¡Adios, Zahara. Me marchó  
donde el deber me reclama,  
á libertad mis hermanos!

ZAHARA

Despidiéndose.

Mi vida se va contigo

DAMAR

Que desciende por la  
escalinata.

¡Qué se acercan los cristianos!

ZAHARA

A los moriscos.

¡Huid pronto, que ya se acercan!

EL CAÑARÍ

Vosotras, pronto, á encerraros.

Se van los moriscos por  
la calleja. El Cañarí y su  
hija penetran en su casa.  
Los demás moriscos se en-  
cierran en la suyas.



## ESCENA ÚLTIMA

DON ALVARO DE FLORES, DON LÓPEZ DE ATIENZA, PREGONERO, SOLDADOS, luego ZAHARA, DAMAR Y MORISCOS

Gritos y atambores que  
resuenan cercanos

DON ALVARO

A Don Lópe.

Aquí hallamos al rebelde.  
En alguna de estas casas  
debe encontrarse escondido.

DON LÓPE

Más todas están cerradas.

DON ALVARO

A los soldados.

¡Llamad, y si no contestan  
que al suelo las puertas caigan!

Golpeando las puertas.

## SOLDADOS

¡Abrid al Rey! ¡No responden!

## DON ALVARO

¡Sin compasión saqueadlas,  
y que no escape ninguno  
de los que hay dentro!...

Los soldados echan  
abajo las puertas.

## DON LÓPE

## La Plaza

vos vigilad, Capitán,  
en tanto que estas moradas  
registro, á ver si en alguna  
encuentro al rebelde. Gracias  
por vuesta ayuda, ¡Don Alvaro!

Entra en una casa.

## DON ALVARO

¡Ya comienza mi venganza!  
¡Oh, si la casa de aquella  
morisca, yo hallar lograra,  
la humillación de esta tarde  
daba por bien empleada!

## PREGONERO

Señalando la casa de la izquierda.

Aquí, Don Alvaro vive,  
la morisca más bizarra  
de todas cuantas encierran,  
del Albaicén, las murallas.  
La de esta tarde...

Resuenan gritos y arcabuzaros.

## DAMAR

Dentro.

¡Socorro!

## DON ALVARO

Al pregonero y á un soldado.

Forzad la puerta.

## PREGONERO

Obedeciendo á Don Alvaro.

¡Está franca!

DON ALVARO

A los soldados. En-  
trando.

¡Pues á ella!.. A ver si logro  
saciar en su amor, mis ansias!

Dentro.

DAMAR

¡Piedad! ¡Amparo! ¡Socorro!

Aparece D. Lope. Tras  
él dos soldados arrastran  
á Damar.

DON LOPE

A Damar.

¡Lo que es tú, ya no te escapas!..  
¡Dinos pronto, mala pécora,  
donde el de Válor se halla!

DAMAR

No esperes que yo os lo diga,  
vuestra empresa será vana!

DON LOPE

A los soldados.

Pues avivad esa hoguera  
y arrojadla entre las llamas!

DAMAR

Y conmigo, hecha cenizas,  
se extinguirán mis palabras.

SOLDADO 1.º

Saliendo de una casa con  
las manos llenas de joyas  
y dirigiéndose á otros sol-  
dados.

Mirad, mirad estas perlas  
y este collar de esmeraldas!..  
¡Valen más de cien ducados!

DON LOPE

A los soldados que su-  
jetan á Damar.

Pronto, á la hoguera arrojadla!

## PREGONERO

Saliendo de casa de  
Zahara con el soldado II.

¡Qué envidia tengo á Don Alvaro!

## SOLDADO II

La suerte es para envidiarla!

## PREGONERO

Se defendió la paloma,  
mas clavó el halcón sus garras...

## UN SOLDADO HERIDO

Que penetra por el to-  
rreón y se dirige á Don  
Lope.

Capitán, todo este barrio  
se ha revuelto. La canalla  
nos acomete. El de Valor  
por esa pendiente baja,  
quiere ganar el campo  
para escapar de Granada!

## DON LOPE

Pues tocad marcha al momento...  
¡Vamos allá, camaradas!

Los tambores tocan marcha. Vanse todos precipitadamente, abandonando á Dámar que forcejea por romper sus ligaduras. Aparece Don Alvaro, sin capa y sin sombrero, y le pregunta á un soldado que huye.

## DON ALVARO

¿Qué pasa? Ya se ha cumplido,  
¡vive el cielo!, mi venganza.

## SOLDADO

Vámonos por la calleja,  
Don Alvaro, que se escapan!

Se van. Las mujeres salen desgreñadas y horrorizadas á las puertas. Suenan arcabuzazos y gritos.

## MUJERES

¡Maldición sobre vosotros!  
¡Del cielo el castigo caiga!

## DAMAR

¡Que jamás brote una espiga  
donde pongais vuestras plantas,  
y que hasta la misma tierra  
para tragaros se abra!..

## ZAHARA

que aparece, como loca,  
desmelenada, con las ro-  
pas en desorden.

¡Capitán, capitán Alvaro Flores,  
que estas mismas pupilas que han mirado  
tu infamia, te contemplan devorado  
por la lepra de todos los dolores!

Aun cuando pidas á la tumba abrigo,  
de mí no has de escapar, pues dondequiera  
que vayas, mi venganza, astuta y fiera,  
como una sombra, marchará contigo!

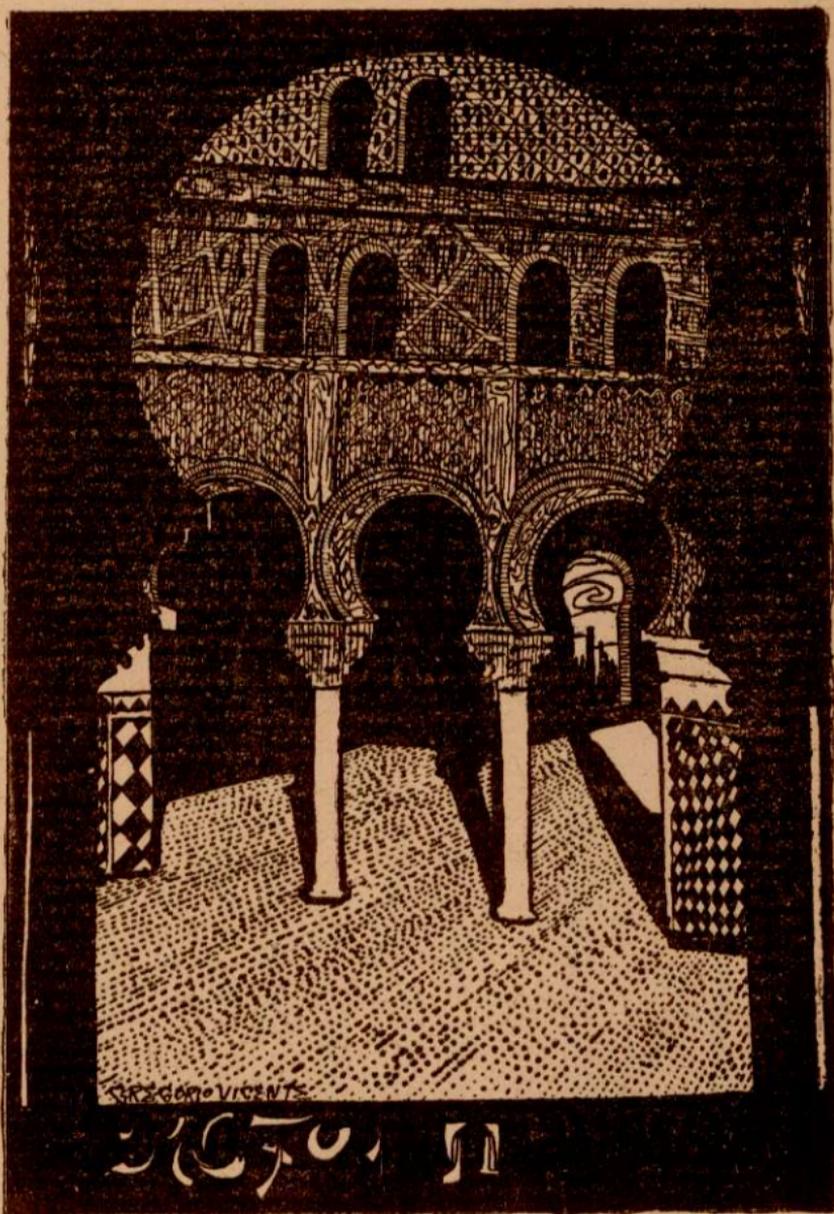
Ella envenenará con su ponzoña  
el aire que respire y la fuente  
que bebas, y en la fosa eternamente  
devorará insaciable tu carroña!

Será en tu corazón gota de plomo  
y ceguera de muerte en tu mirada...  
¡Ya verás, Capitán, ya verás cómo  
se vengán las mujeres de Granada!

## TELÓN











## ACTO SEGUNDO

Un mesón en Cádíar. Por el arco de la amplia puerta del fondo, se ven, á los rayos de la luna, la plaza del pueblo y la fachada de una iglesia con reunimiscencias de mezquita. Á la derecha, una enorme chimenea, bajo cuya ancha campana se agrupan bancos rústicos. En las repisas de la chimenea, botes, tarros y otros enseres domésticos. En el fuego, sobre las trévedes, borbotan ollas y pucheros de barro. Á un extremo de la piedra del lar troncos de encina

y gavillas de sarmientos. Cerca de la chimenea una mesa rústica, con vasos, y un velón de cuatro mecheros encendidos. Á la izquierda, grandes arcos sostenidos por recios postes de madera que conducen á las caballerizas. Algún candil pende de las vigas del techo, y un farol con cristales azules y rojos ilumina la puerta. Bajo los arcos, jalmas, sacos, etc.

ESCENA 1.<sup>a</sup>

PELÁEZ, VILCHES, ZAHARA, BEN-ALGUACIL  
Y SOLDADOS

Peláez, Vilches y soldados beben en torno de la mesa, junto al lar. Ben Alguacil, con traje de escudero cristiano, se calienta al fuego. Atiende á todos y prepara la colación. Por la plaza pasan, de vez en cuando, alegres grupos cantando villancicos al son de guitarras, panderos y zambombas. Zahara, convertida en mesonera, anda de acá para allá.

VOZ

Cantando fuera.

Jesucristo vino al mundo  
en las pajas de un pesebre,  
mientras que por los caminos  
iba cayendo la nieve!

¡Despertad, pastores,  
cantad y bebed,  
porque va esta noche  
Jesús á nacer!

El coro repite el estribi-  
llo y las voces se alejan  
cantando por la plaza.

#### VILCHES

Hace más de quince días  
que vagamos por las crestas.  
de esas montañas bravías,  
entre atajos y entre cuestras,

y nos causa maravilla  
cómo á caminar se atreve  
nuestra planta, si la nieve  
nos cubre hasta la rodilla!

Bosques poblados de fieras;  
valles ásperos y hondos;  
ventisqueros, torrenteras;  
precipicios cuyos fondos

no ven los ojos humanos;  
pueblos que parecen nidos

de vencejos y milanos  
en las rocas suspendidos,

y picachos eminentes  
tocados de nieve y hielo,  
que con sus altivas frentes  
rasgan el azul del cielo!...

ZAHARA

Mas, decid, ¿que andáis buscando?

VILCHES

Vamos siguiendo la huella  
de un morisco, un Don Fernando  
que hoy llaman Aben-Humeya.

ZAHARA

¿Qué delito cometió?...

VILCHES

Al cabildo de Granada,  
con la daga y con la espada,  
contra fuero y uso, entró.

Y al querérselas quitar,  
la desnudó Don Fernando,  
é hiriendo y acuchillando  
la calle logró ganar...

ZAHARA

¡Bravo es el mozo y resuelto!

VILCHES

Luego, escapó de Granada...

ZAHARA

Y después, de él, ¿no habéis vuelto,  
soldados, á saber nada?

VILCHES

Afirman que los moriscos  
ahora le alzaron por Rey  
y con él por esos riscos  
van imponiendo su ley.  
Se le busca en la montaña...

ALGUACIL

Si los monjes le ayudan

no le hallaréis, aunque acudan  
todos los tercios de España!

En las armas no confíes,  
que más te valiera hallar  
á un león. que tropezar  
con un bando de monfíes!

## VILCHES

A fe, que si tropezara  
con el morisco, le echara  
á rodar por esos tajos,  
para que así me pagara

las penas y los trabajos  
que por su culpa sufrí...

## ZAHARA

El querrá vivir también...  
Si van á tratarlo así,  
al no entregarse hace bien!

Pequeña pausa. Suenan  
músicas. Los soldados be-  
ben.

PELÁEZ

A Zahara.

Dime, ¿quién es esa dama  
tan bella, que habita al lado  
del mesón?

ZAHARA

Señor, se llama  
Doña Isabel del Mercado.

Persona de gran linaje,  
según la fama asegura,  
á quien rinden vasallaje  
la riqueza y la hermosura.

Huérfana vino á quedar,  
y aquí vive con su tío  
el Licenciado del Río,  
que es Alcaide del lugar.

PELÁEZ

¿Y es honesta?

ZAHARA

Hasta la fecha

es tal su recogimiento,  
que una vida más estrecha  
no llevase en un convento!

PELÁEZ

Siendo noble, rica y bella,  
no le ha de faltar galán...

ZAHARA

Y eligió bien la doncella!  
Al más bravo capitán  
de las banderas del Rey...  
Según la gente asegura,  
ella le ama con locura,  
y él le tiene mucha ley!

PELÁEZ

(Ya logré lo que quería.)  
Amigos, vamos á dar  
unas vueltas al lugar,  
que esta es noche de alegría  
y hay que beber y cantar!

Se levanta y se dirige  
al foro. Bajo, á los solda-  
dos que salen tras él.

Cual de un castillo sitiado  
la muralla se examina,  
examinad con cuidado  
la casa de la divina  
Doña Isabel de Mercado!

## VILCHES

Mas don Alvaro persiste  
en robar á la paloma?

## PELÁEZ

Castillo que se resiste  
por asalto se le toma!

El cariño enardecido  
mas con el rigor se inflama;  
y esta noche ha decidido  
robar, Vilches, á la dama.

Como ella á misa no va,  
mientras dicen misa, pues  
con la ayuda de los tres  
Doña Isabel robará...

VILCHES

Saliendo.

Ni en pendencias ni en amores  
¡pardiez! existe un soldado  
más bravo y afortunado  
que Don Alvaro de Flores!



ESCENA II

ZAHARA y BEN-ALGUACIL

Que siguen á los soldados hasta la puerta, y se quedan un instante detenidos en los umbrales como acechando.

ZAHARA

Amenazante.

¡Reid miserables que en tanto  
que se celebra misa  
de esta noche, vuestra risa  
se habrá de trocar en llanto!

Reparando en Alguacil  
y retornando al centro de  
la escena.

Esa ropilla cristiana  
que bien Alguacil te sienta!

ALGUACIL

Contemplando ansiosamente á Zahara.

¡Mesonera más galana  
mis ojos no han visto...!

ZAHARA

Interrumpiéndole.

Cuenta  
á que has venido...

ALGUACIL

A esperar  
á Aben-Humeya... y á verte,  
que aunque el verte me da muerte,  
sin verte no puedo estar!

ZAHARA

Con severidad.

¡Silencio! No es esta hora  
de amantes pláticas, cuando

el odio que nos devora  
su venganza está tramando!

Conduciéndole de nuevo hasta la puerta y señalando la lejanía.

¿En esos cerros no miras  
resplandecer los fulgores  
de cien encendidas piras?  
No son míseros pastores

que celebran placenteros  
la fiesta de Navidad,  
si no indómitos guerreros  
afilando sus aceros  
para darnos libertad!...

En voz baja, viniendo al  
centro.

Y cuando estén entregados  
en los templos, á sus fiestas,  
todos los cristianos de estas  
sierras, serán degollados!

Con sorda rabia.

Vengaremos lo sufrido,  
y en su sangre cobraremos

toda la sangre que hemos,  
bajo su yugo, vertido...!

#### ALGUACIL

Con fiereza.

¿Piensas que ociosa mi mano  
en esta noche ha de estar?...  
¡Si sólo puede igualar  
á tu amor, mí odio al cristiano!...  
¡Tengo en ellos que vengar

tanta amargura pasada!  
¡Mi patrimonio robado;  
mi casa de sál sembrada;  
mi padre descuartizado  
en la plaza de Granada,

¡y para mayor baldón  
yo, que á la vida venía,  
mientras mi madre moría  
desangrada, en un rincón  
de la más oscura y fría  
cárcel de la Inquisición!...

Volviéndose apasiona-  
damente á Zahara.

Mas mientras llega la hora  
en la que pueda saciar  
esta sed abrasadora  
de sangre ¿porqué ocultar  
la pasión que me devora?

ZAHARA

Con energía, rechazán-  
dole.

¡Cállate!...

ALGUACIL

Queda un momento aba-  
tido. Después se acerca de  
nuevo á Zahara.

Por complacerte  
me callaré!... Mas advierte  
Zahara, por Dios, que sí  
mis palabras te dan muerte  
me mata el silencio á mí!...

ZAHARA

Atajándole.

No me sigas preguntando  
lo que no he de contestar,

que si te mato callando  
te daré muerte al hablar!

ALGUACIL

Con pasión desesperada  
Aproximándose más, profundamente emocionado.  
Zahara baja los ojos y se cubre el rostro con las manos.

¿Porqué te ocultas la cara?  
¿Porqué se apartan, Zahara,  
tus negros ojos de mí?  
¿Qué te ha hecho mi amor para  
tratarme, Zahara, así?..

¡Porqué, Zahara, porqué?  
Desde que te conocí  
mi voluntad te entregué  
y esclavo tuyo viví...

En tí cifré mi contento,..  
Fué para mí tu ternura  
como el vaso de agua pura  
para el labio de un sediento!

## ZAHARA

Con resolución.

¡En mi cariño has cifrado  
inútilmente tu orgullo!...  
Por que el vaso en que has soñado  
beber, no puede ser tuyo,  
que otros labios lo han besado!

Alguacil retrocede, violento, encogiéndose como el león que se dispone á caer sobre su presa. Zahara le mira desafiante, dominándole con su mirada.

¡Por más que intentes hacer,  
mi amor no has de conseguir!..  
¡Ni más tú debes saber  
ni más te puedo decir!

## ALGUACIL

Con un arranque de celos, desesperado, lívido, con la ira más salvaje pintada en el rostro, sujetando á Zahara por la muñeca.

¿Amas á otro?

Zahara le rechaza y hace un gesto afirmativo.

¡Su nombre!..

¡Un nombre que desgarrar  
entre mis dientes, y un hombre  
en el que pueda saciar,

bebiendo su sangre entera,  
la sed voraz de la fiera  
que mordiendo en sus desvelos  
los hierros de su prisión,  
están rugiendo de celos  
dentro de mi corazón!...

Se agita desesperadamente. Zahara permanece erguida, desafiándole y dominándole con su actitud.

ZAHARA

Mirándole con altiva fereza.

¿Su nombre?.. Si alguna vez  
mi labio lo pronunciara,  
de rodilla se postrara  
al oirlo, tu altivez!..

¿Vengar quieres mi desvío  
en mi amado?.. Calla, necio,  
que tu amenaza desprecio  
como de tu amor me río!

Yo me basto á defender  
su vida, y si en él osara  
tu odio los ojos poner  
como á un perro, te matara!

ALGUACIL

Amenazante.

En las llamas que me envuelven  
arderá tu corazón...

Los soldados aparecen  
en la plaza. Zahara se  
vuelve á la puerta.

ZAHARA

¡Silencio!..

Señalando á la puerta.

¿No ves que vuelven  
los soldados al mesón?..



## ESCENA III

DICHOS, DON ÁLVARO DE FLORES, DON DIEGO  
DEL RÍO, VILCHES, PELÁEZ Y SOLDADOS

Que entran por la puerta del foro. Alguacil y Zahara se separan. Aquel, hosco y sombrío, se va á sentar en un jalma, bajo el arco del medio, de la izquierda, donde permanecerá durante la escena, siguiendo con los ojos todos los movimientos de Zahara. Esta vuelve á sus quehaceres. Aviva el fuego. Sirve vino, y entra y sale en el interior, pero siempre inquieta y con los ojos fijos en la puerta de la calle como si esperase algo. Los soldados se sientan de nuevo en torno de la mesa, mientras el Capitán y Don Diego conversan en el centro de la escena. Diálogo muy animado. Las músicas y los villancicos prosiguen sonando á lo lejos en las pausas del diálogo.

DON DIEGO

Ya aposentada tenéis,  
Capitán, la compañía,  
y hasta que despunte el día.  
en mi casa os holgaréis,  
casa humilde como mía...

Mas mi buena voluntad  
en ella sabrá suplir  
la holgada comodidad  
con que acostumbra á vivir.  
el hidalgo en la ciudad!

Después de misa, señor,  
la cena de Nochebuena  
compartiremos; ¡la cena  
no será de lo mejor;  
pero ¡pardiez! será buena...

Y espero que no echaréis  
en ella de menos nada  
de todo cuanto en Granada  
para regalo tenéis  
en vuestra rica morada,

porque esta pródiga sierra  
tantos tesoros encierra,  
que en materia de yantar  
nada tiene que envidiar  
á lo mejor de la tierra!

DON ÁLVARO

Desembozándose.

¿Qué de menos echaría  
un príncipe ¡vive Dios!

estando en la Compañía  
de un hidalgo como vos,  
que es todo cortesanía,

y más teniendo á su lado,  
para colmar de ventura  
sus ojos de enamorado,  
la soberana hermosura  
de Doña Isabel Mercado!

Avanzan los dos hacia  
el centro. Zahara lo reco-  
noce, ahoga un grito y hace  
un esfuerzo terrible para  
para disfrazar su emoción.

ZAHARA

Desde el último arco.

(¡Gracias, cielo!... El Capitán  
Don Alvaro... Padre mío,  
esta noche, con qué brío  
mis manos te vengarán!)

Desaparece en el inte-  
rior, volviéndo á salir al  
poco rato con una bota de  
vino en la mano.

## DON DIEGO

A Don Alvaro

Será vuestra colación:  
sopa de almendra, jamón  
de los Berchules, curado  
entre nieve, y un lechón  
tiernecito y bien asado.

Perdices en escabeche  
y pollos en pepitoria,  
y un plato de arroz con leche  
que os ha de saber á gloria!..

Todo rociado á su vez  
con añejo de Albuñol,  
ese vinillo que es diez  
veces mejor que el Jerez,  
el mejor vino español!

Y, además, por si os antoja,  
uvas de Ohanes, sandías  
de Adra, limas de Rioja,  
peras de Ragol, meloja  
y ciruelas de Dalfas...

De dulces, podréis catar  
lo mejor de la creación:  
pan de higo de Turón,  
mantecados de Laujar  
y alfajores de Albondón!

Roscos de San Cayetano;  
torreznos de huevo y miel,  
flanes, natillas... ¡y es llano  
que en todo veréis la mano  
de mi sobrina Isabel,

que en esto de enconfitar,  
y sólo justicia hago  
á su fino paladar,  
nada tiene que envidiar  
á las monjas de Santiago!

DON ÁLVARO

¡Aun cuando la cena es buena,  
á decir me atrevería  
que, mucho más que la cena  
me agrada la compañía!

DON DIEGO

¡Vuestra lengua es lisongera  
por demás...!

DON ÁLVARO

Llamando.

¡Mesonera!

Se acerca Zahara.

Á estos soldados dispón  
una buena colación  
cual si para reyes fuera...!

¡La casa por la ventana  
para feriarlos, echad...!

A los soldados.

¡Camaradas, celebrad  
cual cumple á gente cristiana  
la Noche de Navidad!

Sacando un bolsillo y  
dirigiéndose á Zahara.

En cambio á las atenciones  
que con mis gentes useis,  
mesonera, aquí tenéis  
un puñado de doblones  
para que vos os feríéis!

Arroja el bolsillo sobre  
la mesa.

ZAHARA

Sin tomar el bolsillo

A aceptarlo no resisto  
porque os quiero complacer.

DON ÁLVARO

Reparando detenida-  
mente en Zahara.

(¡Qué hermosa!... ¡Señor, yo he visto  
no sé dónde á esta mujer!)

ZAHARA

Tomando el bolsillo y  
arrojándolo en el cajón de  
la mesa. Con intención á  
Don Alvaro.

Yo os juro que quedarán  
satisfechos de la fiesta,  
y que nunca pasarán,  
ni vos mismo, capitán,  
una noche como ésta!

La cena será servida...  
Acepto vuestros favores,  
y estaré toda la vida,

señor, muy agradecida  
á Don Alvaro de Flores!

Aparte con voz sorda.

(Ira, tu furor contén!  
¡quémate en tu propia llama!)

DON ÁLVARO

Aproximándose cortese-  
mente.

¿Sabéis vos mi nombre?

ZAHARA

¡Quién

no lo sabe, si la fama  
por do quiera lo proclama

como el del mejor soldado  
que armas ciñe bajo el sol,  
espejo fiel y dechado  
del caballero español!..

Seguro podeis marchar  
que es generoso mi pecho,  
y tranquila no he de estar

hasta que os pueda pagar  
todo el bien que me habéis hecho!..

Saluda y se acerca á la  
mesa á servir vino á los  
soldados.

DON ÁLVARO

A Don Diego.

¡Discreta es la mesonera!

DON DIEGO

Tiene ingenio y donosura...  
Según el vulgo asegura  
sólo á su ingenio supera,  
Don Alvaro, su hermosura.

DON ÁLVARO

¿Es del lugar?

DON LOPE

No lo sé.  
Hace poco á aquí llegó,  
y este mesón arrendó;  
y por lo que aquí se ve,

y lo que se dice de ella,  
Don Alvaro, en el lugar,  
bien os puedo asegurar  
que de virtud la doncella  
es un modelo ejemplar!

DON ÁLVARO

Interesado.

¿Morisca?..

DON DIEGO

Buena cristiana,  
según es su devoción...  
De serlo vieja, se ufana...

Las campanas dan el  
primer toque de misa.  
Pasa un grupo de gente  
cantando.

Mas, escuchad... La campana  
repica... Ya la función  
religiosa va empezar.

Aproximándose á la  
puerta. Don Alvaro le si-  
gue.

Mi casa es cerca, al doblar,  
capitán, aquella esquina...

¡Vamos, que hay que acompañar  
á la iglesia á mi sobrina  
para que arregle el altar!

DON ÁLVARO

Me obliga la distinción,  
que para mí no hay laurel  
comparable al galardón  
de servir de rodrigón  
á dama como Isabel .

DON DIEGO

Con tanta cortesanía  
ella está mejor pagada,  
que nunca dama sería  
más contenta y más honrada  
que ella en vuestra compañía!

Ya impaciente nos espera...

DON ÁLVARO

Pues vamos presto los dos...  
¡Salid!...

Invitando á Don Diego  
con cortesía.

DON DIEGO

No, primero, vos...

DON ALVARO

Mirando, al salir, á Zahara.

(¡Yo he visto esta mesonera  
no sé donde, vive Dios!)

ESCENA IV

DICHOS MENOS DON ALVARO Y DON DIEGO

Alguacil y Zahara, se  
asoman á la puerta y ob-  
servan.

ALGUACIL

La nieve desciende fría,  
y aullando bajan los vientos  
de esa montaña bravía  
igual que lobos hambrientos...

El rayo rasga los cielos  
con su sangriento fulgor...

VILCHES

Calentándose.

¡Siempre entre nieves y hielos  
viene al mundo el Redentor!

¿Mas que te puede importar  
que nieve á ti, buen amigo,  
si tienes para tu abrigo  
el rescoldo de este hogar?

ALGUACIL

Acercándose.

No es por mí, que ya mi piel  
está á la nieve curtida,  
es que espero la venida  
de mi amo...

VILCHES

¿Quién es él?

ZAHARA

Interviniendo. al notar  
el embarazo de Alguacil.

Un hidalgo principal,  
de sangre tan limpia y clara,  
que hasta el más noble se honrara  
teniéndole por igual!..

VILCHES

¿Por qué vive en estas sierras?

ZAHARA

En ellas, señor, nació,  
y señoríos y tierras  
de sus padres heredó.

PELÁEZ

Interviniendo.

¿Y con el tiempo que hace  
como á caminar se atreve?

ZAHARA

Curtido está el que aquí nace  
á los vientos y á la nieve!

VILCHES

Mas, si le tienden un lazo  
los monfies!..

ZAHARA

No hay temor,  
que ellos conocen su brazo  
y respetan su valor!

PELÁEZ

A Vilches.

¡Bien le defiende la moza!

ZAHARA

Vivamente.

¡Quién en la Alpujarra entera  
no conoce y no venera  
á don Diego de Mendoza!

Su familia es bien nombrada...  
Deudo es también del marqués  
de Mondéjar, que en Granada  
capitán general es!..

VILCHES

¿Es del lugar?

ZAHARA

De Medina!..  
De esa villa que en las peñas  
de esa montaña vecina  
finge un nido de cigüeñas!

PELÁEZ

¿Cómo á Granada no va?

ZAHARA

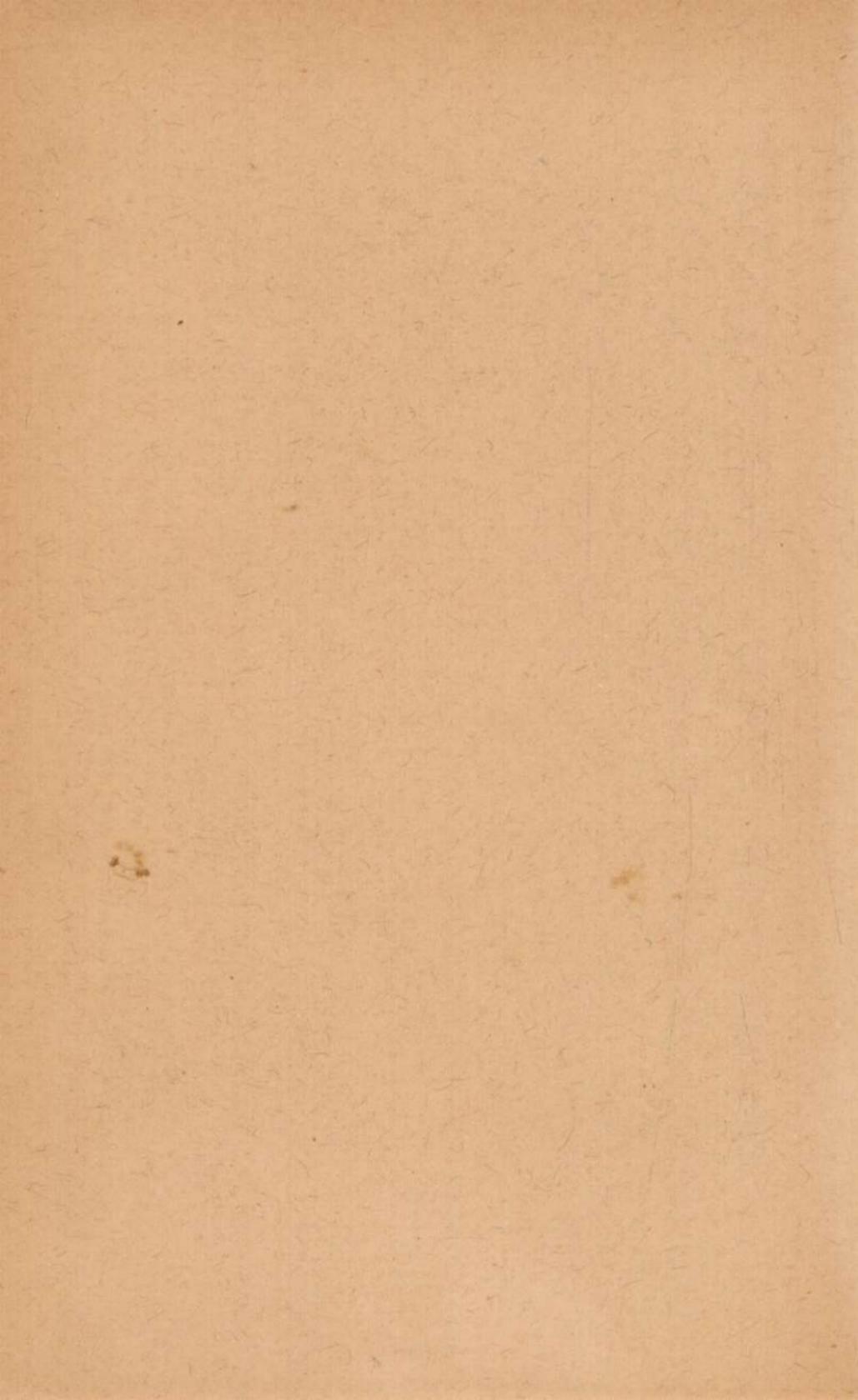
Porque ama estas asperezas  
donde creció... Son rarezas  
de su genio!..

ALGUACIL

Que durante el final del  
diálogo ha estado acechan-  
do la puerta.

¡Aquí está ya!

Todos vuelven la vista.  
Zahara corre impaciente  
hacia la puerta, donde apa-  
rece Aben-Humeya embo-  
zado en una larga capa cu-  
bierta de nieve, con botas  
de montar y espuelas. El  
sombrero le cae sobre el  
rostro.







ESCENA V

DICHOS Y ABEN-HUMEYA

HUMEYA

A Alguacil, en voz alta,  
desde la puerta.

Dale pienso á mi caballo  
que á Medina partiremos  
después de misa del Gallo.

ALGUACIL

Alto, con intención

¿La oiremos aquí?

HUMEYA

La oiremos.

A Zahara.

¡Buenas noches, mesonera!

ZAHARA

En voz baja.

¡Cuánto tardasteis!

ALGUACIL

Idem.

La gente  
vuestra señal impaciente,  
sedienta de sangre, espera  
en esas huertas cercanas...

HUMEYA

En voz baja y rápida

Mi orden les hice saber...  
¡Aquí caerán al postrer  
repique de esas campanas!

Se adelanta hasta el cen-  
tro. En voz alta, reparan-  
do en los soldados.

¡Vive Dios!.. ¡Por lo que veo  
estáis bien acompañados!..

¡Que el cielo os guarde, soldados!..  
¡Salud y paz os deseo!

Saluda. Los soldados le  
contestan.

VILCHES

Invitándole á acercarse.

¡Hidalgo, que os guarde Dios!..  
Si aquí queréis calentaros,  
podéis, señor, acercaros  
que hay lugar para los dos!..

PELÁEZ

¡Larga ha sido la jornada!..

HUMEYA

Y no cesó de nevar...  
La ropa traigo mojada  
y me la voy á mudar,  
  
pues no es justo que con esta  
capa y con aqueste sayo,  
vaya esta noche á una fiesta  
como la misa del gallo!...

Diego Alguacil, que ha desaparecido por la puerta del foro, vuelve á surgir por los arcos de la izquierda.

VILCHES

¿Venís de lejos?

HUMEYA

De Laujar:  
—cinco leguas, del mercado,  
donde acabo de comprar  
un potro tordo rodado  
que es magnífico ejemplar...

VILCHES

Interrumpiéndole.

Mas perdone! ¿Por allí  
qué dicen de Aben-Humeya?

HUMEYA

¡Tan mala es, señor, mi estrella  
que nada sobre esto oí!..

Mas que os libre vuestra suerte  
de topar con el doncel,

porque toparse con él  
es toparse con la muerte!

PELÁEZ

¿Mas tan bravo es el mancebo?

HUMEYA

Tiene brío y juventud!

VILCHES

Alzando un vaso de vi-  
no y ofreciéndole otro.

Hidalgo, á vuestra salud!

HUMEYA

Con una galante corte-  
sía, excusándose.

Mil gracias, pero no bebo!

Resuena el segundo re-  
pique de la misa. Las ven-  
tananas del templo empie-  
zan á iluminarse.

Ya vuelven á repicar...  
¡Que os guarde Dios, noble tropa!

Voy á mudarme de ropa,  
que la misa va á empezar!

A Zahara.

Dame una luz.

ZAHARA

Tomando el velón.

Al momento!..

Al final del corredor  
hallareis vuestro aposento!

Le precede con la luz  
por los arcos de la iz-  
quierda. Aben-Humeya se  
inclina cortésmente y sa-  
saluda á los soldados. Die-  
go Alguacil se va tras él.

VILCHES

Saludando.

¡Que el cielo os guarde, señor!...

VOCES

Fuera. Cantando.

«Los pastores dormitaban  
y un ángel les despertó:

Venid, les dijo, pastores  
que ha nacido el Redentor!

¡Despertad, pastores!

¡Pastores, corred  
á adorar al niño  
nacido en Belén!»



ESCENA VI

Dichos, menos ABEN-HUMEYA Y BEN-ALGUACIL

VILCHES

A los soldados.

¡Que retoce el buen humor!  
Amigos, reid, cantad,  
que esta noche es Navidad  
y ha nacido el Redentor!

ZAHARA

Saliendo por el primer  
arco de la izquierda.

(¡Pronto habeis de padecer  
y empezareis á gemir,  
que á tiempo que va á nacer  
vuestro Dios, vais á morir!)

## VILCHES

La nieve borró el camino...  
Para que no nos helemos,  
con un buen trago de vino  
nuestros cuerpos calentemos!

Se vuelve hacia la mesa.

## ZAHARA

(Temblad, que llegó el momento,  
porque esa nieve que baja  
del cielo, vuestra mortaja  
está tejiendo en el viento!)

Empieza un nuevo re-  
pique.

## VILCHES

De nuevo están repicando...  
De la campana el clamor  
parece que va anunciando:  
¡Va á nacer el Salvador!...

## ZAHARA

(¡Ninguno de la mañana  
el resplandor mirará!...

¡Por vosotros, la campana  
á muerte doblando está!)

Se acerca y les sirve  
más vino.

Aquí el vino...

PELÁEZ

Llenando el vaso.

Su virtud  
en su semblante retoza...  
¡A tu salud, buena moza!...

VILCHES

Alzando el vaso.

¡Mesonera, á tu salud!

Beben y se disponen á  
partir.

ZAHARA

¿Se van todos?

PELÁEZ

En voz baja. \*

Ya lo ves...

Mas si tu voz me ordenase  
que me quedara, quedase,  
aunque me ahorcaran después!

VILCHES

Acercándose.

Y yo también!..

SOLDADO

Y yo!..

PELÁEZ

Vamos,

elije tú, vida mía,  
porque á hacerte compañía  
todos dispuestos estamos!

¿Quién es el que más te agrada,  
pues no es justo que te quedes  
sola áhora, cuando puedes  
estar bien acompañada!..

ZAHARA

Como desairar no quiero  
á causa de la elección,

á ninguno, en conclusión:  
quedarme sola prefiero!

PELÁEZ

¿A nadie tu amor señala?..  
¡No uses melindres, morena,  
que esta noche es Nochebuena!

ZAHARA

(¡Mas para tí será mala!)

Vuelven á be ber, riendo  
y bromeando.

PELEZ

A nuestra salud, ¡bebed!

Intenta abrazarla; ella se  
esquiva y se dirige á uno  
de los arcabuces *coloca-*  
*dos* cerca de la chimenea.

ZAHARA

Tomando el arcabuz.

¡Las manos quietas tened,

que os juro por esta luz  
que si adelantais un paso  
el corazón os abraso  
con vuestro propio arcabuz!...  
Mi honor no ha de toleraros  
el más ligero desmán...

PELÁEZ

Acercándose.

Ahora verás.,

VILCHES

Mirando á la puerta.

A callaros,  
que aquí viene el capitán!

ESCENA VII

DICHOS y DON ÁLVARO DE FLORES

DON ÁLVARO

A los soldados.

¿Pero qué hacéis aún ahí?  
Al templo marchad de prisa,  
que ya va á empezar la misa....

Los soldados salen. Zahara permanece junto al fuego.

Tú, Peláez, quédate aquí.

Peláez se detiene.



## ESCENA VIII

DON ÁLVARO PELÁEZ y ZAHARA

Esta junto al fuego.

DON ÁLVARO

A Peláez en secreto.

¿Todo lo tienes dispuesto?

PELÁEZ

Idem, en voz muy baja.

Como para una batalla,  
todo dispuesto se halla,  
y cada cual en su puesto.

DON ÁLVARO

Al Alférez le di orden  
de que si el vulgo se altera  
al enterarse y quisiera  
promover algún desorden,  
que lo encierre á arcabuzazos!

PELÁEZ

Podéis confiar en él,  
que es leal...

DON ÁLVARO

¡Doña Isabel,  
cuándo te tendré en mis brazos!...

PELÁEZ

Mas, ved que el vulgo es asaz  
malicioso, y si concluye  
por saber...

DON ÁLVARO

Se le atribuye  
á los moriscos, y en paz!

Nada habrá que lo remedie!  
Saldrá todo según quiero...  
¡Cuando la misa promedie,  
ya sabes, aquí os espero!

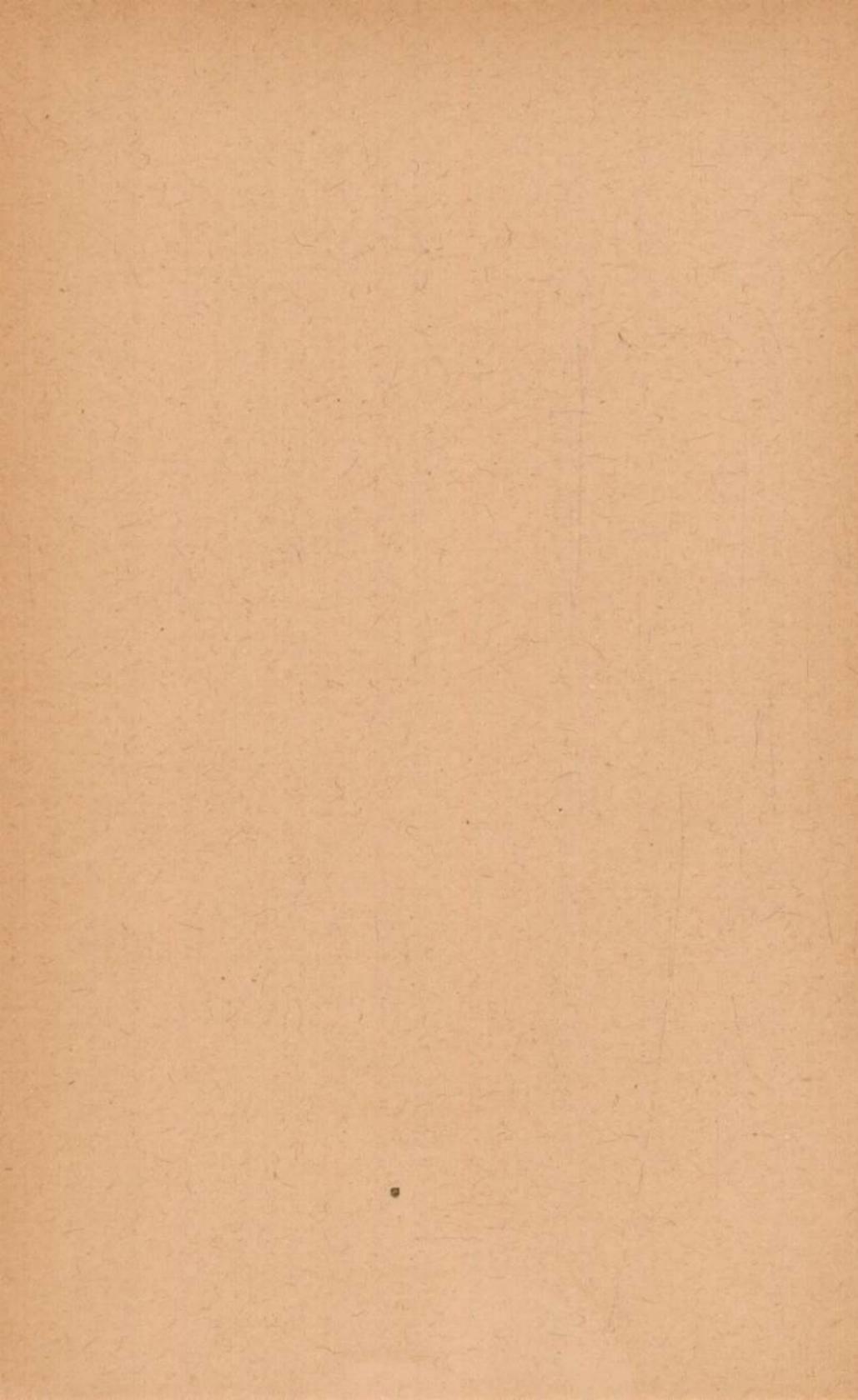
Resuena el último repi-  
que de misa. El capitán y  
Peláez se van. Se les ven  
atravesar la plaza y pene-  
trar en el templo.

## VOCES

Cantando fuera.

«¡El monte dejad, pastores!  
¡Llegad todos á Belén,  
porque el Redentor del mundo  
esta noche va á nacer!»

Aparecen por los arcos  
Alguacil y Aben-Humeya,  
con sus trajes moriscos,  
envueltos en amplios man-  
tos. Zahara se les apro-  
xima.



ESCENA IX

ABEN-HUMEYA, ZAHARA y DIEGO-ALGUACIL

ZAHARA

Espiando desde la puerta

¡Toca, campana, de prisa,  
que á muerte vas á tocar!...

ABEN-HUMEYA

A Alguacil.

Llegó el momento. La misa  
va en este instante á empezar.  
Vete, Alguacil, á avisar  
á nuestros bravos hermanos...

Sale recatadamente Al-  
guacil.

Mas espera...

ALGUACIL

Volviéndose.

¿Qué me quieres?

ABEN-HUMEYA

¡Que respeten las mujeres,  
los niños y los ancianos!

ALGUACIL

Al salir, mirando recelo-  
samente á Aben-Humeya  
y Zahara.

¡En vano es que el labio rece  
piedad clamando á los cielos!...  
¡Mísero de el que tropiece  
con el furor de mis celos!

Se va. Zahara cierra la  
puerta y apaga las luces  
de dentro, dejando sólo el  
velón sobre la mesa.

## ESCENA X

ABEN-HUMEYA y ZAHARA

Aben-Humeya permanece un momento inmóvil, cruzado de brazos, en el centro de la escena. Zahara le contempla con ansiedad, sin atreverse á romper su silencio.

ÁBEN-HUMEYA

Como hablando consigo.

¡El decreto de tu estrella  
ya te señaló el camino!...  
¡Ya te has puesto, Aben-Humeya,  
frente á frente á tu destino!  
¿Veré mi gloria cumplida?  
Ya está la lucha empezada...  
¡Desde hoy no tendrá mi vida  
más solución que mi espada!

Desnudándola.

¡Noble espada, triunfadora  
reliquia de mis mayores,

en ti se concentra ahora  
el amor de mis amores!

¡Gloriosa espada á quien diera  
Damasco su fino temple,  
deja que mi vida entera  
extasiada se contemple

en tu fuerte hoja acerada,  
con la ventura triunfante  
con que se mira el amante  
en los ojos de su amada!

¡No temas que te abandone,  
hasta que en dura campaña  
mi altiva frente corone  
con la corona de España!

¡No te rendiré al cristiano,  
que nunca habré de entregarte,  
en tanto pueda empuñarte  
como te empuña, mi mano!

Y si vencida se ve  
mi generosa ambición,  
antes de hacerte traición  
hasta el puño te hundiré  
dentro de mi corazón!

ZAHARA

Acercándose para alentarle.

¡Animo, señor!... La hora  
de la venganza resuena!...

Mas, ¿qué te angustia? ¿Qué pena  
tu semblante descolora?

¿En el triunfo desconfía  
tu esperanza?

HUMEYA

No, Zahara...

Es que mi alma se para  
antes de emprender la vía  
que el destino me depara!

ZAHARA

Pero ¿qué amengua tus bríos?

HUMEYA

El sino de Aben-Humeya!..

Con superticioso terror.

Temo el rigor de esa estrella  
enemiga de los míos!

ZAHARA

¡Desecha el vano temor  
que en tu espíritu se encierra,  
que contra el cielo y la tierra  
te defenderá mi amor!...

HUMEYA

Estrechándola en sus  
brazos.

Es verdad... ¡Tu amor ha sido,  
en mi sendero de abrojos,  
espejo fiel que mis ojos  
para mirarse han tenido!

La única flor perfumada  
que sus piedades ha abierto  
en el árido desierto  
de mi vida desolada!

ZAHARA

En un arranque de ca-  
riño.

Y mi amor tan grande es,  
que si tu rigor dijera

que muriese, sucumbiera  
bendiciéndote, á tus pies!

HUMEYA

Dulcemente.

¿Tanto me quieres, Zahara?

ZAHARA

Mi propio amor me da miedo!

HUMEYA

¿Y si yo te traicionara?

ZAHARA

Te matara... ¡y me matara!  
que sin ti vivir no puedo!  
Mas en tanto que latir  
sienta la sangre en mis venas,  
nadie podrá destruir  
estas amantes cadenas!..

¡A mi amor puedes pedir  
el sacrificio mayor,  
que por ti yo sabré hacer  
lo que ninguna mujer  
hizo nunca por su amor!

Si de esta pasión sincera  
cansado, señor, te sientes  
¡como un lobo á una cordera  
desgarra mi vida entera  
con tus uñas y tus dientes!...

Mas si tu amor me traiciona,  
para vengarme seré  
como una hambrienta leona,  
y matando moriré!

HUMEYA

¡Así mi orgullo te quiere,

Acariciéndola.

hija de esa raza ciega,  
que cuando al amor se entrega  
por él mata y por él muere!

En tono de reconven-  
ción.

Mas nunca quieres contarme,  
Zahara, á lo que has venido!

ZAHARA

A verte á ti, y á vengarme  
del hombre que me ha ofendido!

Su rastro y tu amor seguí,  
y mira tú qué alegría  
que hallé la venganza mía  
á tiempo de hallarte á ti!

Y hoy, al par que acariciar  
las mejillas de mi amor,  
podrán mis manos vengar  
á mi padre y á mi honor!

HUMEYA

Con interés.

¿Cómo á esta sierra llegaste?  
¿cómo tu padre murió?..

ZAHARA

Escucha lo que pasó  
cuando el Albacín dejaste!

Aun sonaban destemplados  
vuestros rancos atambores,  
cuando en nuestra plaza, osados,  
penetraron los soldados  
de Don Alvaro de Flores.

Gritos, gemidos y quejas...  
De cuando en cuando la luz

de algún tiro de arcabúz  
filtrándose por las rejas...

Yo, en mi estancia, arrodillada,  
al cielo piedad pedía,  
cuando oí que desgonzada  
mi puerta al suelo venía.  
Mi padre, desesperado,  
salió blandiendo su acero...

Oí su grito, un grito ahogado,  
que en vano olvidarlo quiero,  
pues aquí quedó clavado!

Señalando al corazón.

Una espuela resonó,  
me desplomé en un diván,  
y en la puerta apareció  
Don Alvaro, el capitán...  
Y de lo que allí pasó

ya no quieras saber nada...  
¡Un anciano que moría,  
una mujer deshonrada...  
y un rufián que sonreía  
y por la escalera huía  
sin chambergo y sin espada!

HUMEYA

¡Sigue!

Con rabia sorda.

ZAHARA

¡Si yo misma pierdo  
la memoria del pasado!..  
Tan solamente recuerdo,  
que con el traje rasgado,

y flotante á la caricia  
del viento la blanca toca,  
apellidando justicia  
anduve como una loca.

La gente, al verme pasar,  
de terror se estremecía;  
y así, ciega de pesar,  
llegué á la Chancillería  
y en la sala quise entrar.

Mis gritos y mis razones  
los soldados desoyeron,  
y hasta el paso me impidieron,  
arrojándome á empellones!

Y viendo que á la severa  
justicia que apellidaba,  
ninguno me contestaba  
como si nadie la oyera,  
sentí renacer la brava

fiereza del pueblo mío  
dentro de mi corazón,  
y en un arranque sombrío  
de mi desesperación,  
como aquel que un desafío

al mundo y al cielo lanza,  
rují en furioso ademán:  
—¡Puesto que del capitán  
justicia aquí no me dán  
yo sabré tomar venganza!...—

HUMEYA

¿Y después?

Con vehemencia.

ZAHARA

Pensando en tí,  
de la ciudad me salí,  
encaminando al acaso

por esos montes mi paso...  
Supe que estabas aquí,  
y aquí á buscarte llegué...  
Una morisca que huía  
á la montaña, tenía  
este mesón; me quedé  
con él, por ventura mía,  
y por cristiana pasé!..

Con feroz alegría

La venganza que soñaba  
hoy ha venido á mi mano,  
cuando menos lo esperaba,  
porque ya me imaginaba  
que hube de jurarla en vano:  
que entre las gentes que van,  
señor, en tu seguimiento,  
y aquí alojadas están,  
he encontrado al capitán,  
al capitán de mi cuento!...

HUMEYA

¡Será vengarte mi orgullo!

Con pasi6n.

En este brazo confía,

que si mi cariño es tuyo  
tu venganza será mía!

Y á ese traidor capitán  
que aquí nos trajo la suerte,  
muerto á tus pies lo verán  
esos ojos, que me dan,  
cuando me mirán, la muerte.

La estrecha.

## ESCENA XI

## DICHOS Y DOÑA ISABEL MERCADO

En un banco, cerca de la mesa, permanecen abrazados Aben-Humeya y Zahara, á la dudosa luz del velón; Doña Isabel aparece por el arco primero de la izquierda, pálida y temblorosa.

DOÑA ISABEL

Dentro.

¡Favor! ¡Socorro!

Los amantes se separan sorprendidos.

HUMEYA

¿Has oído?

Se alzan.\* Doña Isabel entra precipitadamente y se dirige á Aben-Humeya.

DOÑA ISABEL

¡Amparo! Por Dios, valedme!

HUMEYA

¿Qué tenéis?

DOÑA ISABEL

¡Presto, escondedme!

Se arrodilla.

¡Arrodillada os lo pido!

Se abraza á las rodillas de  
Aben-Humeya.

HUMEYA

Alzándola.

¿Qué os pasa, señora mía,  
que aquí os entraís asustada,  
como corza acorralada  
por una hambrienta jauría?

DOÑA ISABEL

Con las manos tendidas.

¡Si ocultarme no queréis,  
me encontrarán!...

HUMEYA

Mas ¿qué os pasa?

ZAHARA

Reconociéndola.

Doña Isabel ¿qué tenéis?

DOÑA ISABEL

Precipitadamente.

Han asaltado mi casa...

ZAHARA

¿Quienes?

DOÑA ISABEL

¡Mis perseguidores!

HUMEYA

Contemplando avaramente la belleza de Doña Isabel.

¿Quienes fueron tan osados?

DOÑA ISABEL

Temblando.

¿Quiénes fueron?.. Los soldados  
de Don Alvaro de Flores!

ZAHARA

¿Don Alvaro ha sido?

DOÑA ISABEL

Temblando.

¡Sí!

ZAHARA

Con firmeza.

Calmaos, Doña Isabel,  
que no hallaréis contra él  
mejor refugio que aquí;

pues aquí vuestra hermosura  
estará contra su ley  
más guardada y más segura  
que en el palacio del Rey!

## HUMEYA

Tranquilizándola.

¡Contad!

## DOÑA ISABEL

Sola en mi morada  
diligente disponía  
la cena que preparada  
para el capitán tenía,

cuando éste, de repente,  
en mi estancia penetró,  
y ayudado por su gente  
arrebatarne intentó...

La luz, luchando apagué,  
y de sus brazos huí...  
Por la ventana salté  
á ese patio... aquí llegué...

Arrodillándose de nuevo.

¡Tened compasión de mí!

ZAHXRA

Calmaos, Doña Isabel!  
¡Estáis segura!

DOÑA ISABEL

A Aben-Humeya.

¡Salvadme  
si sois cristiano, ó matadme  
antes de entregarme á él!  
¡Vedme, á vuestros pies rendida!...  
¡Mi honor salvadme, señor,  
que entre el honor y la vida  
lo primero es el honor!...

HUMEYA

Segura podéis estar,  
si mi acero os acompaña,  
aunque os vengan á buscar  
todos los tercios de España!...  
¡Y quien siendo caballero,  
ha de dejar, vive Dios,  
sín que le ampare su acero  
á una dama como vos!

La alza.

ESCENA XII

DICHOS y luego DON ÁLVARO, VILCHES Y PELÁEZ

PELÁEZ

Fuera.

De la linde por el muro  
al mesón se habrá corrido,  
pues por la puerta yo os juro  
que la dama no ha salido!

Al oír las voces, Zahara y Aben-Humeya permanecen inmóviles escuchando. Doña Isabel se refugia entre ellos.

DON ÁLVARO

Fuera.

¡Pues llamad en el mesón!

Suenan fuertes aldabonazos.

PELÁEZ

¡Abrid, abrid, mesonera!...

Zahara interroga con la  
la vista á Aben-Humeya.  
Doña Isabel le coje las ma-  
nos suplicante.

DOÑA ISABEL

¡No abráis, por Dios!...

HUMEYA

A Zahara.

¡Abre!

Zahara se dirige á la  
puerta. Aben-Humeya le  
detiene con su gesto. Doña  
Isabel tiembla de espanto.)

¡Espera!

¡Antes llévate el velón!

Zahara se lleva el velón  
por los arcos de la iz-  
quierda y después se en-  
camina á la puerta, en tan-  
to que Doña Isabel con  
las manos suplicantes im-  
plora á Aben-Hnmaya.

DOÑA ISABEL

Con desesperación.

¡Me dejáis abandonada!

HUMEYA

¿Quién después de contemplanos  
es capaz de abandonarós?..

¡Señora, no temed nada!

Confiad podéis en dos  
defensores; el primero  
en la justicia de Dios,  
y después en este acero  
que á desnudar voy por vos!

Aben-Humaya la ampa-  
ta, y permaneee con ella  
en el seguudo arco de la  
izquierda. Los golpes  
arrecian.

VILCHES

Fuera.

¡Abrenos! ¿No nos conoces?

ZAHARA

Quitando la tranca.

¿Por qué tan fuerte llamáis?  
¡Que yo estoy sorda pensáis  
para darme tales voces!...

DON ÁLVARO

Fuera.

¡Abres, ó la puerta arranca  
mi furor!

ZAHARA

Abriendo.

¡No ejercitéis  
vuestras fuerzas, pues ya veis  
que tenéis la puerta frenca!

Entran violentamente  
Don Alvaro, Vilches y Pe-  
láez.

DON ÁLVARO

A Zahara.

¿Aquí una dama se entró?

ZAHARA

Soltando una earcaja-  
da.

¡Una dama!

DON ÁLVARO

Violentamente.

A broma tomas  
lo que te pregunto...

ZAHARA

Con energía.

¡Yo  
soy poco amiga de bromas!  
¡No insistid en tal simpleza,  
que si no voy á creer  
que ya de tanto beber  
perdido habéis la cabeza!

DON ÁLVARO

Con furor.

¿Entró la dama? Responde...  
Si ocultas ¡voto á Luzbel!

el lugar donde se esconde,  
mis gentes con un cordel  
de esa viga te ahorcarán...

HÜMEYA

¡Enciende luces, Zahara  
que quiero verle la cara  
á tan bravo capitán!...

Don Alvaro, Vilches y  
Peláez echan mano á la es-  
pada, sorprendidos. Zaha-  
sa penetra por la alquería  
en busca del velón.

DON ÁLVARO

Con arrogancia.

¿Quién habla?

HUMEYA

¡Quien os oyó!

Zahara entra con la luz.  
Aben-Humeya se adelanta  
al medio de la escena.

¿Buscáis á la dama?

DON ÁLVARO

¡Sí!

HUMEYA

Señalando á Doña Isabel que está arrodillada al pie de un arco, con las manos juntas tendidas al cielo.

Pues ya la tenéis aquí...

Don Alvaro va á precipitarse sobre ella. Aben-Humeya se interpone.

¡Pero la defiendo yo!...

DON ÁLVARO

¿Quién sois?

HUMEYA

¡Quién os matará!...

DON ÁLVARO

¡Sabed vuestro nombre quiero!

## HUMEYA

Desnudando la espada.

Preguntádselo á mi acero  
que él por mí responderá!

Don Alvaro tira de la es-  
pada.

¿La dama, buscáis, señores?  
Aquí está!.. ¡Venid por ella!..  
¡Más la ampara Aben-Humeya  
contra Don Alvaro Flores!

Se desemboza y apare-  
ce vestido ricamente á la  
morisca.

## DON ÁLVARO

¡Vive Dios, que esto me agrada!..  
Será doble mi partida,  
pues con la dama y tu vida  
terminaré mi jornada!..

A los soldados.

Guardad los arcos, no huya!

Avanzando hacia Aben-  
Humeya.

Tu cabeza y la doncella...

HUMEYA

¿Mi cabeza?... ¡Ven por ella  
antes que caiga la tuya!

DON ÁLVARO

¡Te tengo ya en mi poder!

HUMEYA

¡Tú, si que estás en el mío!...

DON ÁLVARO

¡De tus alardes me río!...

ABEN-HUMEYA

Ahora lo vamos á ver!

Por la plaza se ven cru-  
zar sigilosamente gentes  
armadas.

DON ÁLVARO

¡Pelaéz, á la gente avisa!

Sale Pelaéz. Vilches que-  
da vijilando la puerta.

## HUMEYA

Será tarde por que están  
en mi poder, capitán,  
y no volverán de misa!

Resuenan de pronto un  
redoble de atambores. La  
plaza se anima. Gentes con  
antorchas cruzan de acá  
para allá. Todo rapidísimo.

¿No escuchas el resonar  
de los roncós atambores,  
los gritos y los clamores  
que levantan á la par

vencedores y vencidos?..  
¡Son mis valientes hermanos  
que vengán en los cristianos  
los ultrajes padecidos!

## VOCES

Fuera.

¡Viva! ¡Viva, Aben-Humeya!

El vocerío aumenta. La  
fachada del templo empieza  
á arder.

PELÁEZ

Con la espada desnuda  
apareciendo en la puerta  
y dirigiéndose al capitán.

¡Huid! Nos pasan á cuchillo!

DOÑA ISABEL

Cayendo de rodillas, con  
las manos tendidas al cie-  
lo.

¡Piedad, Señor!

HUMEYA

Con superticiosa ansie-  
dad.

¡Ya mi estrella  
comienza á esparcir su brillo!

DON ÁLVARO

¡Puesto que á morir me obliga  
mi destino adverso hoy,  
moriré como quien soy  
teñido en sangre enemiga!

Se dirige con la espada  
desnuda á la puerta. Aben-  
Humeya se le interpone.

HUMEYA

¡No hay salida!.. ¿Dónde va?

DON ÁLVARO

Hay una...

HUMEYA

Presentándole la espada.

Y está cerrada.

DON ÁLVARO

¿Quién me la cierra?

HUMEYA

Mi espada...

DON ÁLVARO

¡Pues mi espada la abrirá!

Al ir á acometerle, se interpone Zahara con el arcabuz que habrá tenido preparado durante la anterior relación. Se lo echa á la cara.

ZAHARA

A Aben - Humeya que intenta detenerla.

¡Aparta! Su vida es mía...

Dispara el arcabuz.

DON ÁLVARO

¡Traición!

Cayendo.

ABEN HUMEYA

Zahara ¿qué has hecho?

ZAHARA

La bala le entró en el pecho...

¡Tengo buena puntería!...

Tendiendo los brazos a  
cielo.

¡Padre, con mi propia mano  
tu noble sangre vengué  
en la sangre del cristiano!...

DON ALVARO

(Agonizante.)

¡Ay, me muero!

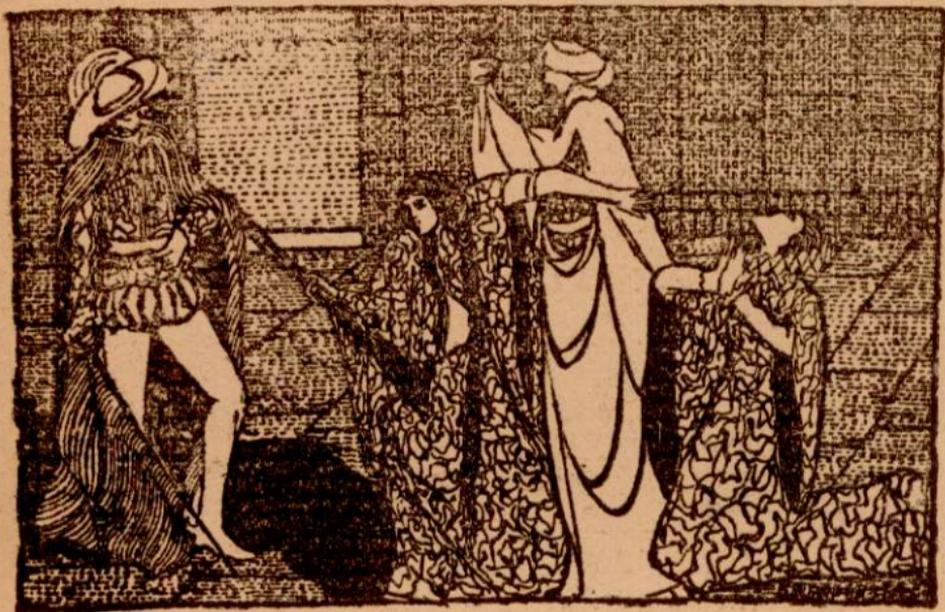
Zahara se inclina sobre el herido clavando en los ojos que ya empieza á vidriar la muerte sus pupilas. El resplandor del incendio del templo ilumina trágicamente la escena. Aben-Humeya de pie, de espaldas

á la puerta, y doña Isabel de rodillas, bajo el segundo arco de la izquierda, contemplan inmóviles la escena. En la plaza se oye el vocerío de la multitud.

## ZAHARA

Mírame !..  
¡Mi venganza llegó al fin!..  
Contéplame bien la cara,  
y acuérdate de Zahara,  
la mora del Albaicín!

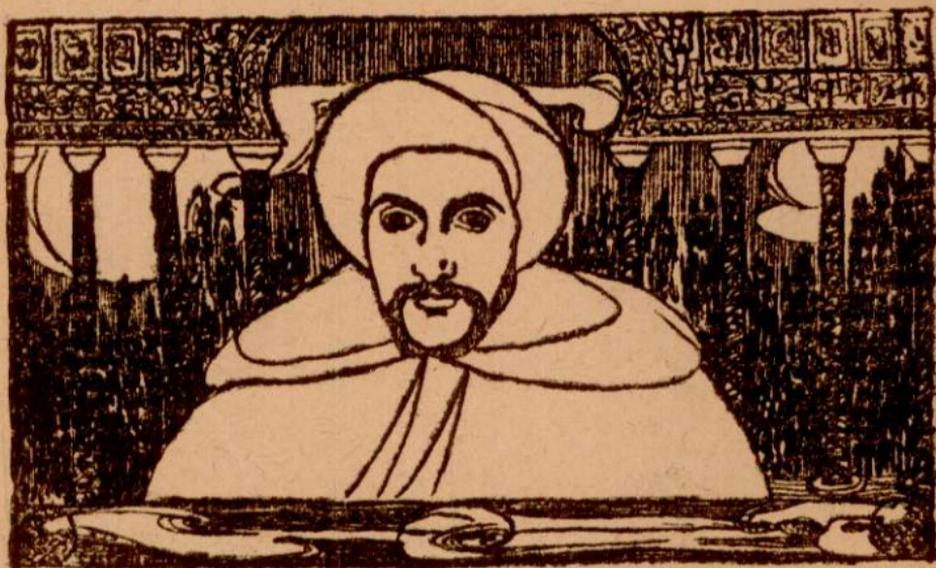
## TELÓN LENTO





W. C. S. M.





### ACTO TERCERO

Las almenas de un castillo en Válor, desde donde se divisa, al fondo, el magnífico y salvaje panorama de la sierra, pródigo en valles fértiles, bosques, frondosos y picachos nevados. A la izquierda, en primer término, un alto y fuerte torreón, al cual se penetra por un arco del más puro estilo árabe. En el lienzo del torreón, un ajimez con espesas celosías de colores. A la derecha una amplia puerta de herradura que conduce á la esplanada del castillo. Es media tarde.



## ESCENA I

ZAHARA Y ABEN-HUMEYA.

Aben-Humeya aparece apoyado en las almenas, contemplando las cumbres lejanas, como siguiendo el vuelo de un sueño muy vago y muy remoto. Zahara, á su lado como queriendo arrancarle de aquella contemplación.

ZAHARA

Insinuamente, anhelando penetrar en lo más íntimo de sus pensamientos.

¿Qué voraces y ocultas pesadumbres  
tu corazón devoran hoy que impera  
el orgullo triunfal de tu bandera  
sobre la nieve de esas altas cumbres?

Después de quince lunas de combate,  
donde al cristiano, sin cesar, venciste  
¿acaso en toda la Alpujarra existe  
algún lugar que tu poder no acate?

Bajo tu alfanje se humilló Castilla;  
tu gloria en todo su esplendor destella,  
¡y más que el sol en el cenit, tu estrella,  
sobre estos montes, victoriosa brilla!

Delante de tus bandos de monjes  
y tus bravas escuadras de africanos,  
como palomas ante los neblies,  
huyen y se desbandan los cristianos.

Quiriendo romper el hondo  
silencio de Aben Humeya

Mas ¿qué empaña la luz de tu mirada?  
¿Qué te falta, señor?

HUMEYA

Como respondiendó á  
sus propias interrogacio-  
nes.

Le falta una  
perla al regio collar de mi fortuna...

ZAHARA

¿Una perla le falta?

Con extrañeza.

## HUMEYA

Con voz profundamente  
emocionada.

¡Mi Granada;  
Sólo por ella me lancé á la guerra;  
por romper su prisión...

Como si la ciudad re-  
mota y querida se alzase  
ante sus ojos corporizada  
en sus propios sueños.

¡Juntos daría  
todos, todos los reinos de la tierra,  
por mirarte otra vez, Granada mía!..

Queda un momento con  
la frente apoyada entre las  
manos, con los ojos cerra-  
dos, como para ver mejor  
en el fondo de su alma la  
visión que le obsesiona.

## ZAHARA

Queriendo reanimarlo,  
embriagándole con el sue-  
ño heroico y sonoro de sus  
palabras evocadoras.

Pues pronto, del cristiano vencedores,  
blandiendo al sol desnudos los aceros,

penetrarán en ella tus guerreros,  
á compás de sus roncós atambores!..

Coronarán sus muros tus valientes,  
y otra vez en sus mágicos confines  
resonará la voz de los muezines  
llamando á la oración á los creyentes!..

De nuevo alegrarán nuestras miradas  
las gloriosas enseñas islamitas,  
y el estandarte de los Omniadas  
sobre las torres de sus cien mezquitas!..

Y á la azul claridad de los lluceros,  
á compás de las músicas gimientes,  
entre el perfume de los pebeteros  
y el suspirar callado de las fuentes,

otra vez, en los patios de la Alhambra,  
las odaliscas de tu harém cautivas,  
sus velos rasgarán, en las lascivas  
fiestas de luz de la morisca zambra!...

Reparando en la indife-  
rencia desdeñosa de Aben-  
Humeya, que continúa  
como ajeno á sus pala-  
bras; cambiando de tono,  
con dolorosa humildad.

¿Acaso mi palabra te importuna?  
¿En qué, señor, tu esclava te ha ofendido,  
que de tus ojos ni siquiera una  
mirada su presencia ha merecido?

HUMEYA

Rechazándola.

¡Aparta! ¡Déjame!

ZAHARA

Aproximándose nueva-  
mente sollozante.

Pero ¿qué tienes,  
que hasta escuchar mi voz te causa jenojos?..  
¡Siempre en tus labios para mi desdenes  
y siempre duros para mí tus ojos!

HUMEYA

Fríamente.

¡Calla, Zahara!... ¿Para qué te empeñas  
en amargar mi vida á todas horas,  
con esas necias lágrimas que lloras  
y esos vagos celos con que sueñas?  
¿De qué te quejas, dí?...

## ZAHARA

De tu desvío!...  
Del injusto rigor con que me hiere  
tu ingratitud... ¡De que mi amor se muere  
en tu cansado corazón, de hastío!

Del ajimez del torreón  
descienden lentamente las  
notas de un laud. Ambos  
se quedan inmóviles, cla-  
vando los ojos en la ce-  
losía.

## DOÑA ISABEL

Cantando dentro.

\*Ausente del bien que adoro,  
en tierra de infieles vivo,  
como un ruiseñor cautivo  
en una jaula de oro.

Y sin esperar consuelo  
en su dorada prisión,  
como una flor entre el hielo  
se muere mi corazón!... »

## HUMEYA

Como quien despierta

de un sueño, dirigiéndose  
á Zahara.

¡Oh, qué dulce canción! ¿Has escuchado  
algo más dulce que esa cantilena?

ZAHARA

Conmovida también al  
encanto doloroso de la mú-  
sica.

¿Qué ruiseñor agonizó de pena?

HUMEYA

Sin poder reprimir su en-  
tusiasmo.

¿Qué ruiseñor?... ¡Doña Isabel Mercado!...

ZAHARA

Al oír el nombre de la  
rival odiada, retrocede  
como quien ve dentro, al  
inclinarse á beber en la  
fuente, la víbora que le  
acecha entre los juncos de  
la orilla.

¡Ella siempre!... Maldita la sirena  
que tu amor y mi dicha me ha robado!

Su voz tiene estridencias de odio. Sus ojos relampaguean de rencor, y adquiere de súbito un aire hostil y agresivo que contrasta violentamente con la humildad anterior.

## HUMEYA

¡Cállate!...

Violentamente, como si una mano cruel é indiscreta, le oprimiera, hasta hacerla sangrar una llaga oculta.

## ZAHARA

Exaltándose en su rencor, con los puños crispados y los dientes rechinantes, como si desgarrase las palabras.

¡No amordaces mis anhelos!  
 ¡Deja que en gritos mi furor estalle!  
 ¿Cómo quieres, señor, que el labio calle  
 cuando se rompe el corazón de celos?..

Mi amor ha de triunfar de esa cristiana!  
 No vencerá Doña Isabel... ¡lo juro!

## HUMEYA

No pudiendo reprimir la cólera que le produce la profanación y amordazando con su mano los labios osados.

¡Cállate, infame, que ese nombre puro  
al pasar por tus labios se profana!

La sujeta violentamente por un brazo dominándola con la fiera de su gesto y la agresiva fulminación de la mirada.

¿Qué eres tú? ¿Quién franquicia te concede  
á inquirir de mi vida en el arcano,  
misera flor de harém, á la que puede  
cuando le plazca, deshojar mi mano!..

¡Hunde en el polvo tú arrogante fiera  
y respeta el secreto que atesoro....

Zarandean'dola amenazante.

¡Ay de tí, miserable, si quisiera  
tu aliento empaña á la mujer que adoro!

Zahara va hablar. Aben-Humeya le indica silencio con un gesto.

## ZAHARA

Agitándose convulsivamente como una agonizante.

¿Cómo callar, si siento en mis entrañas,  
hundiendo en mí sus corvos agujones,  
más víboras hambrientas y escorpiones,  
que esconden esas ásperas montañas?

## HUMEYA

Frenético de ira.

¡Ponle freno á tu voz!.. Calla y olvida  
la íntima llaga que en mi pecho escondo....  
¡Una palabra más... y no respondo  
de no ahogarla en mis manos con tu vida!

## ZAHARA

Retrocediendo espantada,  
con toda la feroz ironía  
de su impotencia.

¿Tanto la amáis?

## HUMEYA

En arranque de pasión  
como quien desborda una  
copa colmada.

Por obtener siquiera  
una sonrisa suya, una mirada,  
todo mi triste corazón lo diera:  
¡hasta el trono de oro de Granada!

ZAHARA

Espantada y envidiosa  
al mismo tiempo de aque-  
lla pasión.

¡Me lo dices á mí!...

HUMELYA

Sin oír, como hablan-  
do consigo mismo.

Desde el momento  
en que la ví, sentí que florecía  
dentro del corazón un sentimiento  
de eternidad.... Su imágen de alegría  
y de ambición mi juventud ha henchido;  
y fuera de ella, para mí, no existe  
si no la sombra y el silencio! el triste  
reino de las tinieblas y el olvido!  
Es mi supremo bien!... ¡Sólo por ella  
mi ardiente corazón encuentra bríos

para luchar contra la infausta estrella  
que fué siempre enemiga de los míos!...

Resuena un redoble de  
atambores cercanos.

#### ZAHARA

Irguiéndose desafiante  
como si aquel redoble gue-  
rrero despertase en lo más  
hondo de sus entrañas la  
altivez indomable y toda la  
salvaje y violenta acometi-  
dad de su raza.

¡Cuando al amor le roban la esperanza,  
para poder vivir y alimentarse  
sólo le queda un fruto: la venganza!  
¡y juro que mi amor ha de vengarse!...

Quedan un instante los  
dos frente á frente, agita-  
dos por el torbellino de sus  
pasiones llameantes y en-  
contradas: tal un león y  
una pantera, que recojen  
sus fuerzas y las disponen  
para el último choque. Re-  
suenan más cerca los atam-  
bores. Ben-Alguacil, apa-  
rece por la puerta de la de-  
recha, inclinándose ante  
Aben-Humeya.

## ESCENA II

DICHOS Y BEN-ALGUACIL Y EL HABAQUÍ

ALGUACIL

Banderas turcas señaló al vijía,  
Las gentes de Huezin tornan triunfantes.  
Por las abruptas sendas de esta umbría

Señalando al foro.

se ven trepar las huestes, y ondeantes  
desplegarse á los vientos las enseñas...  
¡y el eco multiplica los clamores  
de sus roncas trompetas y atambores  
por las concavidades de esas breñas!..

Aben - Humeya, El-Habaquí y Alguacil se dirigen al fondo á observar desde las almenas. Zahara se les va acercando poco á poco, como atraída por algo irresistible, superior á su voluntad, y observa también.

## ALGUACIL

A Aben-Humeya señalando con la mano bajo las almenas.

¡Ve, señor! Entre una nube  
de polvo, la brava gente  
de Huezín, triunfante sube  
por esa larga pendiente!

## HABAQUÍ

Señalando también.

¡Qué tristes y pensativas,  
agobiadas por su penas,  
van las cristianas cautivas  
arrastrando sus cadenas!

## HUMEYA

Conmovidó por el cuadro trágico que pasa ante sus ojos.

Allí vienen, entre ultrajes  
denuestos y maldiciones,  
descalzas, y hechos girones  
los mantelos y los trajes!

Hincha el dolor sus gargantas;  
sus rizos desgrena el viento,  
y en donde posan las plantas  
dejan un rastro sangriento.

Resbalan por el espanto  
de sus megíllas hundidas  
el llanto de sus heridas  
y la sangre de su llanto!

Y así suben el sendero,  
por las picas aguijadas,  
como reses destinadas  
á morir al matadero!

#### HABAQUÍ

Profundamente conmo-  
vido también.

¡Su estado es tan lastimoso,  
y es tal su desolación,  
que al pecho más valeroso  
se le oprime el corazón!

#### ALGUACIL

Lo mismo que esas cristianas,  
sufriendo iguales pesares,

cruzarán nuestras hermanas,  
desterradas de sus lares  
las estepas castellanas!

HABAQUÍ

Volviéndose á Algu acil.

Mas, la piedad?...

ZAHARA

Atajándole con la voz  
áspera, vibrante de rencor.

¿Quién ia siente  
cuando grita el ciego enojo  
de nuestra venganza:—Diente  
por diente y ojo por ojo!  
¡No puede haber compasión!

Con rencorosa intención  
mirando á Aben-Humeya,  
pero hablando con El-Ha-  
baquí.

¡Pídele tú á la leona  
que perdone al que á traición  
le arrebató su león...  
¡y verás si le perdona!

Resuenan atambores  
por la derecha. Todos se  
vuelven. Sólo Aben Hume-  
ya permanece en el fondo.

## ESCENA III

DICHOS. HUEAÍN (capitán turco) ABEN-ABÓO (caudillo morisco) CAPITANES, SOLDADAS y CAUTIVAS. Por el arco derecho penetran Huezín y Aben-Abóo seguido de los capitanes

Las cautivas custodiadas por los soldados se detienen un instante bajo el arco. Aben-Humeya se vuelve á los que entran. Todos se inclinan y abaten armas.

HUEZIN

Adelantándose.

¡El cielo os guarde, señor!

HUMEYA

¿Qué tal fué la empresa Huezin?

## HUEZIN

Con dureza.

¡Sí ha sido bueno el botín  
la matanza fué mejor!

Victoriosas y altaneras,  
dando á los infieles caza  
llegaron nuestras banderas  
hasta los muros de Baza...

Y mis valientes guerreros,  
de matar tantos cristianos,  
cansadas tienen las manos  
y mellados los aceros!

Señalando las cautivas.

¡Aquí tienes las cautivas!

## ALGUACIL

A los capitanes.

¡Buena partida apresásteis!

## LA HUÉRPANA

Sollozando.

Si á nuestros padres matásteis  
¿por qué nos dejásteis vivas?...

Los capitanes, se separan para dejar paso á las prisioneras. Vienen pálidas, desgredadas y sangrientas. Las ropas hechas girones y los pies descalzos. Toda la bárbara crueldad de la guerra se refleja en la miseria desoladora de su aspecto.

HUEZIN

Señalándoles Aben-Humeya.

Aquí está el Rey...

ABÓO

¡Besad  
el polvo que su pie huella!

SOLDADOS

¡Viva! ¡Viva Aben-Humeya!

CAUTIVAS

Cayendo de rodillas.

¡Piedad! ¡Justicia! ¡Piedad!...  
¡Nos dejaron sin esposos  
sin padres y sin hermanos!

## ZAHARA

Con vengativa complacencia.

¿Acaso son los cristianos  
con nosotros más piadosos?  
¡En Jubiles y en Laroles,  
en Feliz, Güejar y Ohanes,  
aun se lloran los desmanes  
de los tercios españoles!...

Las cautivas sollozan  
posternadas. Sólo la De-  
mente permanece de pie,  
rígida como una amenaza.  
Sus ojos llamean y sus  
greñas parecen erizadas de  
espanto. Todo su aspecto  
hace sentir la frialdad mar-  
mórea del pánico.

## LA HUÉRFANA

Con las manos supli-  
cantes tendidas á Aben-  
Humeya.

¡Después de darle tormento,  
mi padre, señor, quemaron,  
y á mí misma me obligaron  
á echar su ceniza al viento!

## OTRA

¡Ante mi vista, un soldado  
rasgó el seno de mi madre!...  
¡Con el cuerpo de mi padre  
á la ballesta han jugado!...

## LA HERMANA

¡A mis hermanos clavaron  
en la Peza, en una cruz!...

## LA VIUDA

¡A mi esposo me forzaron  
á herir con un arcabuz!

## LA DEMENTE

Con los puños crispados tendidos á Aben-Humeya, como amenazando á un fantasma. Su voz tiene la dureza impasible de la fatalidad.

¡Por tus infames acciones,  
tirano, maldito seas!...  
¡Que por tus propios sayones  
asesinado te veas!

Los soldados intentan golpearla, pero un gesto de Aben-Humeya los detiene.

#### LA HUÉRFANA

Disculpándola.

Perdió, señor, la razón...

#### LA VIUDA

¡Como no la iba á perder  
si le dieron á comer  
de su hijo el corazón!

Aben-Humeya se estremeció de horror, apartando los ojos de las cautivas, temeroso de que su emoción se exteriorice.

#### HUMEYA

Al Habaqui.

Las cautivas encerradas  
en esa torre...

Señalando al torreón de  
la izquierda.

LAS CAUTIVAS

¡Tened  
de nosotras caridad!  
¡Perdón!

HUMEYA

¡Alzad!

Se vuelve al Habaqui.

¡Atended  
su sustento con holgura!...

CAUTIVAS

Alzándose.

¡Gracias, mil gracias, señor!...

ZAHARA

Con rencor, viéndolas  
salir.

¡Darles fuera lo mejor  
en los fosos sepultura!

LA DEMENTE

Volviéndose al salir ha-  
cia Aben-Humeya, en un  
ademán de maldición.

¡Por tus infames acciones  
será inflexible tu estrella!...  
¡Morirás, Aben-Humeya,  
á manos de tus sayones!

Aben-Humeya se estremece, como si la sombra de un presentimiento cercano le rozase con sus alas de hielo. Las cautivas desaparecen por la puerta del torreón, precedidas del Habaqui y custodiadas por algunos soldados.

ESCENA IV

Dichos, menos EL HABAQUI, LAS CAUTIVAS  
Y SOLDADOS

HUMEYA

A los capitanes.

¡Vuestras banderas triunfantes  
congregad, para partir  
esta tarde!...

HUEZIN

Adelantándose.

Señor, antes  
mis quejas tienes que oír!...

HUMEYA

Sorprendido.

¿Qué dices, Huesín?

## HUEZIN

Con resolución.

Aunque  
me taches, señor, de osado,  
con rudeza de soldado  
la verdad te contaré!

Las banderas africanas  
que aquí conmigo vinieron,  
y leales combatieron  
contra las huestes cristianas

por libertar tu nación  
y sostenerte en el trono,  
se quejan de tu abandono...  
¡y se quejan con razón!

Las pagas que devengadas  
en estas diez lunas llevan  
aún no le fueron pagadas,  
y contra mí se sublevan!...

Y si yo hubiera sabido  
lo que me esperaba aquí,  
de Argel no hubiese salido,  
pues para vivir así

combatiendo sin medrar,  
mejor me valiera estar,  
rizada al viento la vela,  
en mí rauda carabela  
pirateando en el mar!...

## HUMEYA

Haciendo un esfuerzo  
terrible para retrenar su  
enojo.

¡Ve y tranquiliza á tu gente,  
prometiéndoles, Huezín,  
que será suyo el botín...

Con severa firmeza.

Más también hazles presente,  
á tus revueltos soldados,  
que en estas sierras vecinas  
aun quedan robles y encinas  
para ahorcar á los osados!

Y tú, si te amengua estar  
militando en mis banderas,  
puedes irte, cuando quieras,  
de nuevo á piratear,

que á los moriscos de España  
para morir ó vencer,  
Huezín, no han de menester  
ayudas de gente extraña!...

Huezín se inclina sumi-  
so ante la promesa del bo-  
tín. Aben-Humeyâ se enca-  
ra con los capitanes.

¡Capitanes, congregad  
vuestras tropas, y tomad  
antes del anochecer  
el camino de Motril...  
¡Mis órdenes, Alguacil,  
mañana os haré saber!...

A Aben-Abóo

Aben-Abóo, tú serás  
quien mi estandarte reciba...  
De jefe supremo vas...

CAPITANES

¡Viva Aben-Humeyâ!... ¡Viva!

ABÓO

Inclinándose.

¡Que Dios te guarde, señor!

## HUMEYA

Despidiendo con un gesto á los capitanes y disponiéndose á salir por la izquierda.

¡Y á ver si en esta jornada  
el camino de Granada  
nos abre vuestro valor!

Sale por la izquierda.  
Los capitanes desfilan por  
la derecha. Al ir á salir Al-  
guacil, Zahara se interpo-  
ne y lo detiene.



ESCENA V

ZAHARA Y BEN-ALGUACIL

ALGUACIL

Sorprendido por la determinación de Zahara.

¿Por qué ante mí te presentas  
cuando sabes que al mirarte  
las heridas mal cerradas  
en mi corazón se abren?

Con inquietud.

¿Qué quieres de mí Zahara?  
¿Qué anhelas?...

ZAHARA

Con resolución, clavando en él para dominarle sus grandes ojos negros.

¡Tengo que hablarte!

ALGUACIL

Receloso.

¿Qué tienes que hablarme?

ZAHARA

Aproximándose y domi-  
nándole con la mirada.

¡Escucha!

¿Aún en tus entrañas arde  
ese fuego inextinguible  
que como en el alma nace  
vive con el alma eterno  
y no hay frialdad que lo apague?...

En voz baja.

¿De Aben-Humeya, tus celos  
quieren, Alguacil, vengarse?

ALGUACIL

Sin poder reprimir su  
rencor.

¡Aunque tuviese en las venas  
y en el corazón más sangre  
que agua, juntos, en su seno,

encierran todos los mares,  
la sed voraz de mis odios  
la agotara sin saciarse!

Con recelo, mirando á  
todos lados como temero-  
so de que le escuchen.

¿Pero tú, para qué avivas  
las pasiones infernales  
que bajo las apariencias  
de ésta su misión cobarde,  
adormidas y encubiertas  
pero no estinguídas, yacen,  
igual que bajo la nieve  
de esos picachos gigantes,  
crepitan, hierven y rujen  
las llamas de los volcanes?

Con desgarradora ironía

¿No te bastan los desprecios  
con que á mi amor ultrajaste,  
sino que, piadosa, quieres  
darme muerte, porque sabes  
que es sin tu afecto la vida  
una carga intolerable?...  
¿Vienes á encender mis odios  
para después delatarme?...

Con voz intensamente  
conmóvida, mirándola con  
profunda emoción.

¡Delátame á mi verdugo!  
¡Has que ruede, si te place,  
á tus plantas, mi cabeza!...  
¡Pisotéala, como antes  
todas las dichas del mundo  
con mi amor pisoteaste,  
que al sangrar bajo tus plantas,  
siempre ardientes y leales,  
mis pobres labios crispados  
se abrirán para besarte!

#### ZAHARA

¿Tal me juzgas, que me crees  
capaz de acción tan infante?

Con todo el furor recon-  
centrado de su orgullo he-  
rido.

No venga á avivar tus iras  
para después delatarte,  
sino á fundir con tus odios  
mis odios, que aun son más grandes,  
para que juntos y á un tiempo  
sobre su vida derramen

la ponzoña de tus víboras  
y el veneno de mis áspides!  
Nunca, Alguacil, del desierto  
en los secos arenales,  
por la sed enloquecidos  
y azuzados por el hambre,  
su presa con tanta rabia  
devoraron los chacales,  
como los celos que siento  
el corazón devorarme!...  
Si yo por su amor voluble  
burlé tu pasión constante,  
él por la esclava cristiana  
mayor afrenta me hace,  
que siempre es mayor la afrenta  
cuando el cariño es más grande!

## ALGUACIL

Con salvaje alegría.

Por fin te llegó la hora...  
¡Gracias al cielo, que sabes  
como nos duelen y sangran  
las heridas incurables!  
Como las hiedras que trepan  
y se enroscan á los árboles,

y á medida que las ramas  
sin savia, marchitas, caen,  
más lozanas y más verdes  
sus cabelleras esparcen,  
así los celos se enroscan  
al pecho de los amantes;  
y no hay hacha que les corte  
ni mano que los arranque,  
que después de muerto el tronco  
aún viven de su cadáver!...

## ZAHARA

¡Ya que tu afrenta y la mía  
son afrentas semejantes,  
hagamos que también sean  
nuestras venganzas iguales!

## ALGUACIL

Con misterio, espiando  
por si lo oyesen.

Su trono y su vida están  
en mis manos... y en el aire...  
que lo que inventan los celos  
no puede inventarlo nadie!  
En mis redes le he prendido

y de ellas no hay quien le salve,  
 porque envidias y recelos  
 sembré entre sus capitanes,  
 y lo que son nubes hoy  
 serán después tempestades!...  
 ¡Sólo una chispa hace falta  
 para que el incendio estalle!..  
 ¡Y como estalle el incendio  
 ni el cielo podrá salvarle!

Al mirar recelosamente  
 á un lado y otro, advierte  
 la presencia de Doña Isabel  
 en el arco de la izquierda.  
 Se vuelve á Zahara y  
 le señala el arco.

Aquí viene la cautiva...

ZAHARA

Como si á la evocación  
 de la enemiga una idea terrible  
 se apoderase de ella.

¡Vete!

Imperiosamente á Alguacil,  
 señalándole la puerta de la derecha.

ALGUACIL

Dudando. \*

¿Qué intentas?

ZAHARA

Como quien toma una  
resolución inquebrantable.

¡Hablarle!

ALGUACIL

Receloso.

Mas, advierte...

ZAHARA

Con el brazo tendido ha-  
cia la puerta, en un gesto  
de irreductible firmeza.

¡Vete presto!...

En esa explanada aguárdame,  
y verás cómo se vengan  
las gentes de mi linaje!

Sale Alguacil por la de-  
recha. Doña Isabel apare-  
ce como ajena á todo cuan-  
to le rodea, en el arco de  
la izquierda. Al verla Za-  
hara, da un grito y tiende  
los brazos al cielo, como  
pidiendo fuerzas para rea-  
lizar sus designios.

¡Venganza, azuza tus dardos;  
odio, afila tus puñales,  
que las ofensas de amor  
sólo se borran con sangre!

## ESCENA VI

ZAHARA Y DOÑA ISABEL

ZAHARA

Deteniéndola á D.<sup>a</sup> Isabel que avanza hasta el centro de la escena, abstraída en sus pensamientos.

¡Cristiana, detente! Mira mis ojos... ¿Qué ves en ellos?

DOÑA ISABEL

Sobresaltada ante el mirar relampagueante de Zahara.

¡Déjame pasar!... ¡Aparta!..

ZAHARA

Cortándole el paso.

¿Huyes de mí?

DOÑA ISABEL

Retrocediendo, con ingenua timidez.

¡Me das miedo!..

Tu rostro es el de un cadáver,  
y tus ojos echan fuego!...

ZAHARA

Aproximándose, desgarrando las palabras entre sus dientes.

¡Es el odio en que me abraso,  
que no cabiendo en mi pecho  
se me escapa por los ojos!..  
¡Ve como estaré por dentro!

DOÑA ISABEL

Espantada.

¿Odias?

ZAHARA

Con risa sarcástica.

¡Y tú lo preguntas  
siendo causa de este incendio!  
El volcán que me devora  
es de odio y es de celos!..

Transfigurada de rencor.

Celos de tí, vil cristiana,  
y odio á tí!.. Y al par me siento  
por el infierno abrasada  
y yo abrasando al infierno!

El odio que en nuestras razas  
enemigas encendieron

ocho siglos de continuos  
combates á sangre y fuego,  
en mí ruje con la rabia  
de un león en el desierto!..  
¡Y los celos en que ardo  
son tales y tan violentos  
que extraño que ya en cenizas  
no hayan trocado mi cuerpo!..

Irguiéndose amenazante.

¡Maldita la noche aquella  
en que en Cádiz, bajo el techo  
de mi mesón, te acojiste!..  
Más te valiera haber muerto  
quemada, como en la iglesia  
tus hermanos sucumbieron,  
que morir dentro de mí  
devorada por mis celos!

La sujeta violentamente.

DOÑA ISABEL

Forcejeando por escapar.

¡Apártate!.. ¡No te acerques  
que me profana tu aliento!

Cae de rodillas. Zahara  
saca un puñal del seno.

¡Piedad! ¡Amparo! ¡Secorro!...  
¡Valedme y salvadme, cielos!...

## ZAHARA

Alzando el puñal para  
herirle. Aben-Humeya apa-  
rece en el arco de la iz-  
quierda.

¡Ya verás cómo se vengán  
las leonas del desierto!

ESCENA VII

DICHOS Y ABEN-HUMEYA

HUMEYA

Deteniendo el brazo de Zahara cuando va á herir á doña Isabel.

¡Atrás, Zahara!

La rechaza.

¿Qué intentas?

ZAHARA

Forcejeando por librarse de Aben-Humeya, como la fiera á quien arrebató la presa.

¡Vengarme de tus desprecios!

HUMEYA

Oprimiéndole la muñeca hasta obligarla á soltar el hierro.

¡Suelta el puñal, si no quieres  
que su fino y corvo acero,  
en vez de hundirse en el suyo  
se hunda hasta el pomo en tu pecho!...

Zahara da un grito. Aben  
Humeya se vuelve y tiende  
la mano galantemente á  
doña Isabel.

¡Alzad, señora!

A Zahara, imperiosamente.

¡Y tú, pronto,

de rodillas!.. ¡Besa el suelo  
que ella pisa!...

La vuelve á sujetar nue-  
vamente para obligarla.

ZAHARA

Retorciéndose de deses-  
peración.

¡Dadme muerte,  
si es que la muerte merezco,  
porque la muerte mil veces  
á esta humillación prefiero!

HUMEYA

Casi doblándola.

¡Pronto, pronto de rodillas!

ZAHAAR

Mirándole con toda la desesperación de su impotencia.

¿Tú lo quieres?

HUMEYA

Dominándola con la fiera de sus ojos.

¡Yo lo quiero!...

Sollozando, casi vencida.

¿Me humillas así?

HUMEYA

Duramente.

¡Te humillo!

DOÑA ISABEL

Intercediendo.

¡Perdonadla!...

ZAHARA

Que estaba ya rendida, con las rodillas casi dobladas, hace un esfuerzo supremo y se yergue de nuevo amenazante.

Yo desprecio  
 perdón que de ti me venga!..  
 ¿De ti?.. ¡Ni la vida acepto!  
 Y si la vida me diese  
 fuera tal mi sentimiento,  
 que por no deberte nada  
 me diera la muerte luego!..

## HUMEYA

Avanzado amenazador  
 hacia ella. Zahara retroce-  
 de hacia la derecha como  
 una fiera acorralada.

¡Calla ó le pondré á tus labios  
 una mordaza de hierro!  
 Vívora que entre juncales  
 guarda oculto su veneno,  
 ¡ay de ti, si nuevamente  
 en mi camino te encuentro!  
 ¡Ay de ti, si audaz te atreves  
 á empañar siquiera el cielo  
 de esos ojos!.. De una almena  
 mandaré colgar tu cuerpo  
 para que sacie las hambres  
 de los buitres y los cuervos!

Lanza el puñal por una  
 de las almenas.

Apártate de mi vista...

ZAHARA

Retrocediendo de espaldas y saliendo por el arco de la derecha, reflejando en su voz y en rostro toda la desesperación de su impotencia.

¡Vengad esta afrenta, celos!...



## ESCENA VIII

DOÑA ISABEL Y ABEN-HUMEYA

Hay un instante de silencio en el que los dos se contemplan profundamente conmovidos.

DOÑA ISABEL

Rompiendo tímidamente  
el silencio.

Nadie más agradecida  
os habrá de estar señor,  
porque dos veces la vida  
le debo á vuestro favor!

HUMEYA

Contemplándola con  
honda y sincera emoción.

Cristiana, dime ¿hasta cuando  
te envolverá esa tristeza,  
que si aumenta tu belleza  
á mi me está amortajando?

¡Deja tus suspiros hoy,  
que mi enamorado afán  
celoso de ellos estoy...  
porque no no sé dónde van!

Aquí, á tu capricho, tienes  
sedas, joyeles y oros,  
que son tuyos los tesoros  
que custodio en mis harenes!..

Y de esta sierra bravía  
que de nieve se engalana,  
serás la altiva sultana  
siendo la sultana mía!..

Y mañana, cuando fiera  
en las torres de Granada,  
flote al viento desplegada  
la gloria de mi bandera,  
tendrás para tu recreo  
alcázares, camarines,  
miradores y jardines  
cual nunca soñó el deseo!..

¡Y si eso no le bastara  
á tu ciego frenesí,  
una nueva Alhambra alzara  
mi cariño para ti!..

DOÑA ISABEL

Con humilde sencillez.

¡Señor, á ofrecirme vienes  
lo que el alma no ambiciona,

que el peso de una corona  
es mucho para mis sienes!  
Más que Granada y su vega  
y su Alhambra, yo prefiero  
el recogimiento austero  
de mi casa solariega,  
y al amor de un soberano  
el casto amor ejemplar  
que el sacerdote cristiano  
bendice al pie del altar!

Suplicante.

¡Cesad en vuestra porfía,  
y que os baste el confesaros  
que si yo pudiera amaros,  
Don Fernando, os amaría!

HUMEYA

Con celosa ansiedad.

¿A otro amas?.. Habla...

DOÑA ISABEL

Después de un corto si-  
lencio, con enérgica reso-  
lución.

¡Sí!

Pequeña pausa. Aben-Humeya se estremece, como agitado por la impetuosa violencia de su raza.

HUMEYA

Con desesperada amargura, refrenando su ira.

¡Y á declararlo te atreves,  
á quien la vida le debes  
y su vida cifra en ti!..

¡A quien por ti despreciara  
el trono de sus mayores,  
y de su Dios renegara,  
en pago de tus favores!..

¿No sabes en tu anhelar  
que pudiera mi furor  
á viva fuerza tomar  
lo que hoy me niega tu amor?..

¡Y si place á la fiereza  
de mi orgullo soberano  
puede rodar tu cabeza  
á una señal de mi mano!..

DOÑA ISABEL

Con resignada tristeza.

Estoy en vuestro poder.

Por esclava me tenéis,  
y podéis conmigo hacer  
todo cuanto deseéis!..

Yo tranquila me someto,  
señor, á tu voluntad...  
¡Tan sólo os pido respeto!..  
¡Mi triste amor respetad!

Como disculpándose, con  
la voz velada por las lágrimas.

La noche maldita, cuando  
me amparó vuestra hidalguía,  
mí corazón, Don Fernando,  
ya no me pertenecía...

Mi honra vuestra acción salvara,  
¡mas que no digan, por Dios,  
que la defendisteis, para  
robármela luego vos!

¡Olvidadme, que el olvido  
bálsamo será después!..  
¡Por vuestros padres lo pido  
sollozando á vuestros pies!

Se postra de rodillas, re-  
gando con su llanto las  
plantas de Aben-Humeya.

HUMEYA

Estremecido profundamente por el recuerdo del dolor paterno.

¿Por mis padres? ¡Qué irrisión!..  
 ¡No sabes tú, desdichada,  
 que pudriéndose en Granada  
 están, en una prisión!..

DOÑA ISABEL

En un llamamiento desesperado á su piedad.

¡Por tu Dios!

HUMEYA

¡Mi Dios me lanza  
 al mal, si te pierdo á ti,  
 que eres la sola esperanza  
 de la fe con que creí!

DOÑA ISABEL

Sollozando.

¡Por mi amargo padecer!

Aben-Humeya, profundamente conmovido, le contempla con los ojos húmedos de lágrimas.

¡Por las lágrimas que hurañas  
tiemblan en vuestras pestañas  
sin atreverse á caer!...

ABEN-HUMEYA

Después de una terrible  
lucha consigo mismo, como  
dirigiéndose á algo invis-  
ble cuya fatalidad siente en  
su corazón.

¡Cúmplase la voluntad  
omnímoda de mi estrella!...  
¡Otra vez, Aben-Humeya,  
sólo con la adversidad!

Le tiende la mano á doña  
Isabel y la alza. Su voz tie-  
ne temblores de llanto.

Si á mi cariño prefieres  
el amor de otro doncel...  
desde ahora libre eres...  
¡Dios te bendiga, Isabel!...  
Y como dote de bodas,  
y espero que lo recibas,  
te regalo, Isabel, todas  
esas cristianas cautivas!...  
¡Adios, locas ambiciones!..  
Para mi sólo te pido

que no me des al olvido  
al rezar tus oraciones!

¡Y que si caigo algún día  
con mi destino luchando,  
llores por mí, vida mía,  
como estoy por tí llorando!...

Se queda un instante llorando con el rostro oculto entre las manos. Doña Isabel le contempla con profunda piedad.

#### DONA ISABEL

No os olvidaré, señor,  
y siempre estará mi vida  
en deuda y agradecida  
á tan inmenso favor!

#### HUMEYA

De pronto, bruscamente,  
como si se avergonzara de  
su propia debilidad y temeroso de que las fuerzas le abandonen.

¡Disponed vuestra partida!

Se acerca á la puerta de la izquierda y llama con voz de trueno.

¡Parta!

PARTAL

Que aparece y se inclina  
en el umbral.

¡Mi señor, mandad!

HUMEYA

Con los ojos clavados en  
el cielo, como pidiéndole  
fuerzas para el amante sa-  
crificio.

¡Adios, esperanzas vanas!

En voz alta á Partal.

¡A las cautivas cristianas  
dá en mi nombre libertad!

Y sin perder un momento,  
con el escuadrón más fiel,  
al cristiano campamento  
escolta á doña Isabel!...

Sale Partal.

DOÑA ISABEL

Queriendo besarle la  
mano.

¡Gracias!

## HUMEYA

Esquivando el beso, y dejándola pasar por el arco.

¡Márchate, cristiana,  
que aun eres mi tentación!

Desaparece Doña Isabel dirigiéndole antes una inmensa mirada de piedad á Aben-Humeya. Este la sigue con los ojos. Después intenta ir tras ella; pero se detiene un instante y vacila, apoyando la mano en el corazón.

¡A toda pasión humana  
te has cerrado, corazón!

Se va lentamente por el arco de la izquierda.

## ESCENA IX

ZAHARA, SOLA

ZAHARA

Entrando recelosamente por el arco de la derecha y mirando salir á Aben-Humeya, como si hubiese estado espiano la escena anterior.

¡Todo, todo se ha acabado para mí!.. Lloro por ella!..  
¡Me vengaré, Aben-Humeya, como nadie se ha vengado!

¡No abrigues ni la esperanza de aplacar este furor, porque será mi venganza aun más grande que mi amor!



ESCENA X

DICHA, ALGUACIL Y ABEN-ABÓO

Que entran conversando  
agitadamente por la dere-  
cha.

ABEN-ABÓO

Yo le espondré los enojos...

ALGUACIL

¡Será inútil, porque él  
tan sólo ve por los ojos  
de la cristiana Isabel!

ABEN-ABÓO

Yo le hablaré con lealtad...

ALGUACIL

Cortándole la palabra.

¡Nuestras quejas serán vanas!...

ZAHARA

Aproximándose.

¿Qué pasa?

ALGUACIL

Que á las cristianas  
ha dado el Rey libertad!

ABEN-ABÓO

Con la noticia tememos  
que se revuelva la gente,  
y hablar con el Rey queremos...

ZAHARA

En voz baja.

¡Le hablaréis inutilmente!

Bajando aun más la voz  
con profundo misterio.

Se ha vendido á los cristianos,  
y á ellos nos quiere entregar,  
para su vida salvar  
á costa de sus hermanos!

ABEN-ABÓO

Protestando.

¡Es mi sangre Aben-Humeya!..  
¡Respétala!

ZAHARA

Con infernal complacencia.

¡Qué ilusión!...

¡Te manda á una expedición  
para que mueras en ella!

ABEN-ABÓO

Fieramente, sin querer  
darle crédito.

¡Mientes

ZAHARA

Serenamente.

¿Que yo miento?... ¡No  
verás el sol en Motríl!...  
¡Preguntáselo á Alguacil  
que él lo sabe como yo!

ABEN-ABÓO

Ansiosamente, volvién-  
dose á Alguacil.

¿Pruebas?

ALGUACIL

Dudando un momento,  
como quien dispone un  
plan.

Te las daré luego...

Con resolución, bajando  
la voz.

¡Cuando esta noche, en Mairena,

te pueda mostrar el pliego  
donde á muerte te condena!

ABEN-ABÓO

¡Si me llegas á probar  
Ben-Alguacil, su vóleza,  
te juro que su cabeza  
á mis pies ha de rodar!

Se oye fuera un confuso  
griterío. Los tres se vuel-  
ven hacia la derecha.

ZAHARA

Escuchando.

¿No oís?

ABEN-ABÓO

¿Qué algazara es esa?

ALGUACIL

Mirando por el arco.

¡Parece que amotinados  
aquí vienen los soldados  
para reclamar su presa!

VOCES

Fuera.

¡Que nos dejen las cautivas  
y entre todos se repartan!

Los soldados capitaneados por Huezin invaden tumultuosamente la escena, por la entrada de la derecha.



## ESCENA XI

DICHOS, HUEZÍN Y AMOTINADOS

ABÓO

¿Qué ocurre?

HUEZÍN

¡Al Rey ver queremos,  
y decirle, cara á cara,  
que las cautivas de aquí  
no se van... ¡Son presa franca  
y á todos nos pertenecen!

UN AMOTINADO

Como del castillo salgan,  
aunque leones las guarden,  
serán nuestras!...

HUEZÍN

Las espadas  
no han de tornar á los cintos  
mientras no se nos repartan!

Todos asienten gritando.

ABÓO

Con firmeza.

Yo hablaré al Rey, y os prometo  
que no se irán...

ALGUACÍL

Con resolución.

¡Vuestra causa  
será nuestra!

ZAHARA

Con salvaje alegría.

¡Ya comienza  
á dar frutos, mi venganza!

## ESCENA ÚLTIMA

DICHOS. ABEN-HUMEYA, DOÑA ISABEL, EL HABA-  
QUÍ, PARTAL, CAUTIVAS y ARcabuceros de la  
guardia real

Cuando es mayor el tumulto, Aben-Humeya aparece por el arco del torreón, seguido de doña Isabel y las Cautivas amparadas por los arcabuceros. La inesperada presencia del Rey hace retroceder un instante á los rebeldes.

HUMEYA

Adelantándose sólo, con un gesto dominador y magnífico.

Moriscos ¿qué pretendéis?

Los amotinados se rehacen cercando, amenazadores á Aben-Humeya.

AMOTINADO

¡Que se reparta la presa!

HUEZÍN

¡Que las cautivas nos deis!...

HUMEYA

¡Será vana vuestra empresa!...

HUEZIN

Amenazante.

¡No les darás libertad!

HUMEYA

¡Irguiéndose, en un arranque supremo de dignidad.

¡Y habéis llegado á creer que el temor logre poner frenos á mi voluntad!..

Desafiante.

¡A vuestra necia osadía mi regio orgullo resiste,

que donde yo estoy, no existe  
mas voluntad que la mía!

Nunca al miedo me rendí...

A las cautivas que tiem-  
blan.

Cautivas, libres estáis...

Mostrando fieramente el  
pecho á las espadas de los  
rebeldes.

¡Y á ver, moriscos, si osáis  
hacer armas contra mí!...

Los amotinados van re-  
trocediendo. Algunos en-  
vainan los alfanjes.

Todo el peso de mi ley  
os haré sentir ahora...

Se vuelve y le da la ma-  
no galantemente á Doña  
Isabel.

¡Mi mano tomad, señora!...

Con imperio, á los amo-  
tinados.

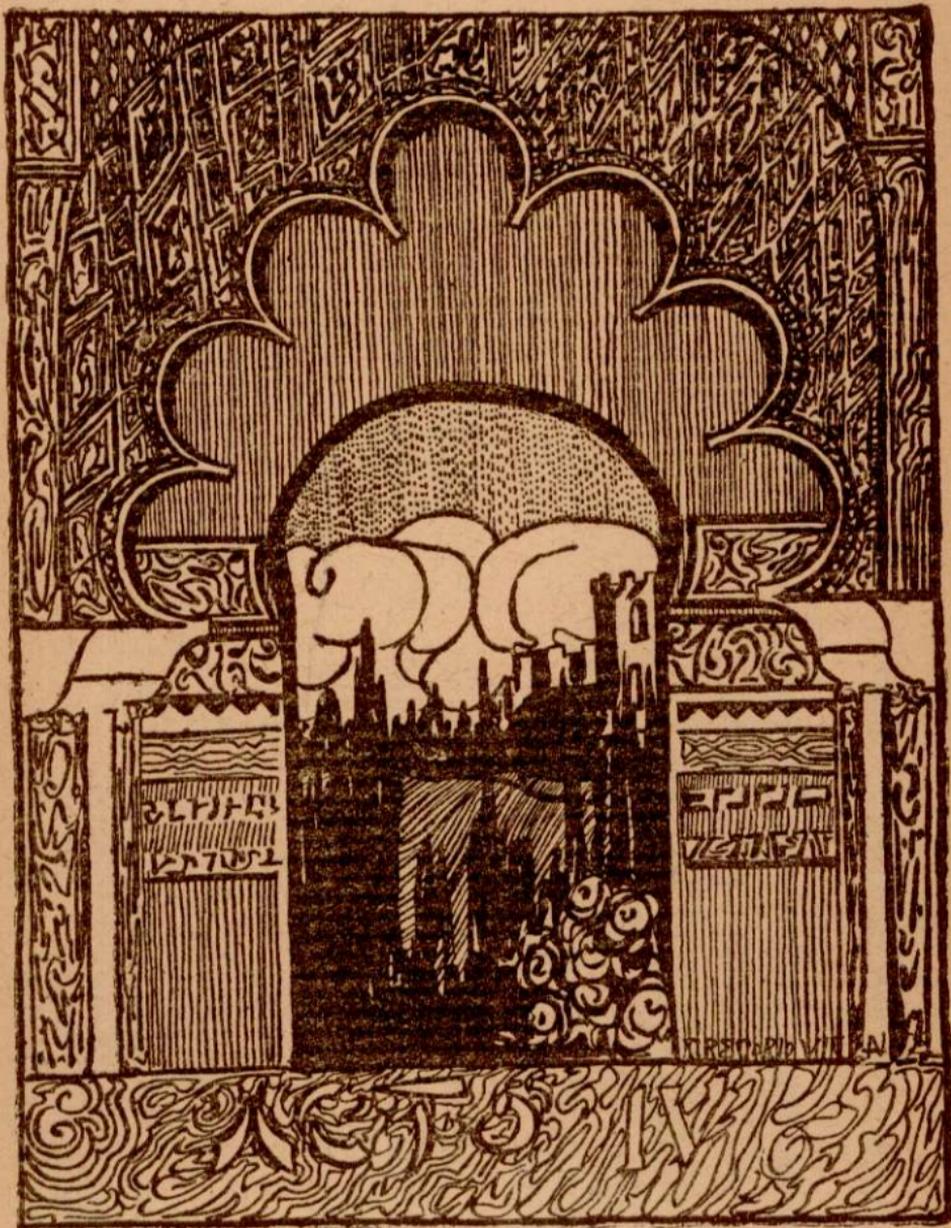
¡Abrid paso á vuestro Rey!

Los rebeldes dominados  
por su actitud se inclinan  
ante Aben-Humeya, deján-

dole el paso libre, y agrupándose temerosamente en el fondo. Desfila la comitiva. Primero Doña Isabel y Aben-Humeya, y tras ellos, entre dos filas de arcabuceros, las cautivas. Mientras resuenan añafles y tambores, desciende lentamente el telón.

### FIN DEL ACTO TERCERO









## ACTO CUARTO

Salón del Palacio de Aben-Humeya, en Laujar. Al fondo un amplio arco de herradura que da á un mirador, por cuyos calados ajimeces penetra la marmórea claridad del plenilunio. A la izquierda, una puerta. A la derecha, el alhamí real, cuyo arco de entrada cubre un rico tapiz de oriente. En el segundo término, otra puerta. Divanes con almohadones bordados. Alcatifas fastuosas. Pebeteros en los ángulos. Lámparas moriscas,



## ESCENA PRIMERA

ABEN-HUMEYA (reclinado en un diván, cerca del alhami).  
ZORAIDA (tañendo un laúd, al lado de Aben-Humeya).  
ESCLAVAS (que acompañan la danza golpeando los panderos). ZAHARA (apoyada en el arco del mirador, palpitante de inquietud, como espiando en la noche algo que espera).

## ABEN-HUMEYA

Profundamente conmovido, como si el canto despertase en el fondo de su alma, toda la amargura de su amor perdido.

¡Calla, calla esa canción  
tan honda y tan dolorida!...  
¿No ves que al tocar la herida  
aun sangra mi corazón?

¡Tal tristeza en mí levanta  
y tales sueños me evoca,  
que parece que la canta  
mi corazón por tu boca!...

Arranca sólo al laúd  
dulces y amantes sonidos  
que suspenden mis sentidos  
y alegren mi juventud!

Zoraida suspende la música. Aben-Humeya permanece un instante con la cabeza entre las manos profundamente abatido. Las danzarinas dejan de bailar. Momento de silencio. Aben-Humeya hace un esfuerzo para olvidar y aturdirse de nuevo. Levanta la vista buscando á Zahara.

¿Dónde estás, Zahara?

ZAHARA

Extremeciéndose al oír su nombre.

...Aquí

mi señor...

ABEN-HUMEYA

Incorporándose.

¿Pero qué hacía?

Zahara se aproxima lentamente, como si temiera su mirada.

¿Qué te pasa, que hace días andas huyendo de mí?

Si te busca la mirada,  
te encuentro siempre encubierta  
en tu almaizal, apostada  
tras el tapíz de una puerta,

ó cruzando tan ligera  
por mis floridos jardines,  
cual si á tus plantas ciñera  
el silencio sus chapines!

Tiemblas, si el labio te nombra;  
y á mi alrededor te veo  
como una fiera en ojeo  
agazapada en la sombra...

Aproximándose y cambiando de tono.

Tu voz tiene tal hechizo  
que nos transporta al Edén...  
¿Qué pena enmudecer hizo  
al ruiseñor de mi harén?

ZAHARA

Con voz sorda.

Presa en mis recuerdos vivo;  
mis ojos cegó el dolor...

ABEN-HUMEYA

Ruiseñor ciego y cautivo  
es el que canta mejor!  
Vuelve de nuevo á cantar  
y tus recuerdos olvida,  
porque es preciso en la vida  
olvidar... y perdonar!

## ZAHARA

Con intención.

En lo que pidas, tu sierva  
te complacerá sumisa,  
humilde, como la hierba  
que perfuma á quien la pisa.

Más ¡ay! en mi corazón  
cómo á traición lo han herido,  
no hay sitio para el olvido  
ni lugar para el perdón!

ESCENA II

DICHOS, EL HABAQUÍ

Que aparece por la puerta de la derecha.

EL HABAQUÍ

Inclinándose al entrar.

¡Perdona, Señor, si vengo á importunarte!...

ABEN-HUMEYA

Recobrando su imperio.

¿Qué pasa?

¿Mi guardia de arcabuceros con el rumor de sus cajas ya atruena el valle, y despierta los ecos de esas montañas?..

EL HABAQUÍ

A hablarte de eso venía...  
Aún no ha llegado tu guardia,

y por más que en ello pienso  
no me explico su tardanza!

Zahara sigue atentamente el diálogo. De cuando en cuando se levanta, se asoma al ajimez y observa.

#### ABEN-HUMEYA

¿No le enviaste las órdenes  
al capitán que la manda?

#### EL HABAQUÍ

¿Cuando dejó de cumplirse  
orden que por ti fué dada?  
Entregó mi propia mano  
los pliegos, esta mañana,  
al soldado más leal  
de los que en esta campaña  
vertieron su sangre, bajo  
las banderas de Granada!

Antes que la clara luna  
esos valles plateara  
desfilar, señor, debieron  
los soldados de tu guardia,  
delante de los floridos,  
ajimeces de tu alcázar!

¡Ya es más de la media noche,  
y aún no anuncian su llegada,  
en las cumbres, las hogueras  
de las rojas atalayas!...  
¡Y ve, señor, que el lugar  
desguarnecido se halla!

Con misterio.

Precaución hay que tener.

ABEN-HUMEYA

Estando lejos de aquí  
los cristianos, Habaquí,  
¿de quién vamos á temer?

EL HABAQUÍ

Si yo reinase, señor,  
mucho más que á los cristianos,  
temiese á nuestros hermanos...  
Es más temible el traidor  
que en nuestra tienda se esconde,  
y para herirnos procura  
el sitio indefenso, donde  
deja un hueco la armadura,  
que el enemigo valiente  
que en la contienda empeñada  
hunde hasta el pomo, de frente,  
en nuestro pecho, su espada!

## ABEN-HUMEYA

Pensativo.

¡Tú piensas que pueda haber  
algún peligro!...

## EL HABAQUÍ

Lo creo,  
porque hace tiempo que veo  
lo que no quisiera ver!

Desde que les diste suelta  
á las cautivas, la gente  
murmura y anda revuelta,  
y prevenirse es prudente...

En público y sin rebozo  
se atreven á declarar  
que eres demasiado mozo  
y blando, para reinar;

que al cristiano nos engaña  
tu ambición, y que prefieres  
el lecho de tus mujeres  
á la tienda de campaña,

y las músicas sutiles  
de la guzla, á los clamores  
de los roncós atambores  
y los rudos añafíles!...

Cree, Señor, á mi lealtad...

ABEN-HUMEYA

Como si una sospecha  
repentina lo asaltase.

¿Pero sospechas de alguno?..  
¡Habla pronto!

EL HABAQUÍ

En puridad  
de todos y de ninguno!..  
La traición, no tiene nombres...

ABEN-HUMEYA

¿Y en qué te fundas?...

EL HABAQUÍ

Me fundo  
en que yo conozco el mundo  
y el corazón de los hombres!

ABEN-HUMEYA

Queriendo disipar sus  
temores, pero dejando tras-  
lucir las preocupaciones  
que le causan.

¡Calma tu imaginación,  
que esos temores que expresas

tan sólo recelos son  
 del amor que me profesas!  
 Reposa hasta que en Oriente  
 el sol, de nuevo, rufite,  
 y que el Partal con su gente  
 estos contornos vigile,  
 que aun antes que los luceros  
 se extingan, verás entrar  
 mis bravos arcabuceros  
 á guarnecer el lugar!...  
 No pases por mí cuidados  
 y á dormir tranquilo vé!

EL HABAQUÍ

Queriendo oponerse.

¿Y tu alcázar sin soldados  
 esta noche dejaré?...

ABEN-HUMEYA

Con imperio.

¡Parte tranquilo de aquí!...  
 De tus temores me río,  
 Habaquí, porque confío  
 en Dios... y después en mí!

El Habaquí se inclina y  
 sale por la derecha.

## ESCENA III

DICHOS, MENOS EL HABAQUÍ.

ABEN-HUMEYA

Pensativo, viendo alejarse al Habaquí.

¡Cuando estaba más contento  
vuelve mi dicha á turbar  
un vago presentimiento,  
y algo inexorable siento  
que está próximo á llegar!

Pequeña pausa.

¡Tiene el Habaquí razón;  
en esta dura campaña  
más enemigos que España  
nuestras mismas gentes son!

¡Nadie cumple su deber,  
y aun antes que á los cristianos  
á nuestros propios hermanos  
tendremos que someter!

Volviéndose á las esclavas.

¡Avivad el pebetero;  
matad las luces, que quiero

retirarme á descansar,  
 si descanso puede hallar  
 la incertidumbre en que muero!

Las esclavas cumplen las  
 órdenes.

ZAHARA

¡Ya está la luz apagada!

ZORAIDA

Insinuante.

¿Nada anhela vuestro amor  
 de nosotras?

ABEN-HUMEYA

Señalándoles la puerta  
 de la derecha.

¡Idos, nada!

Desaparece por el arco  
 del alhami.

ZORAIDA

Al salir.

Que el cielo os guarde, Señor!

Se inclinan profunda-  
 mente y salen. Sólo Zaha-  
 ra permanece en el ángulo,  
 inmóvil, como confundida  
 en la sombra.

## ESCENA IV

ZAHARA

Al salir Aben-Humeya, Zahara le sigue ansiosamente con los ojos, como si quisiera decirle algo, pero al ver que él desaparece sin mirarla, queda inmóvil, y sobre la ansiedad de su rostro pone su máscara el rencor.

¡Ni siquiera una mirada al salir!... ¡Ni una siquiera!...

Baja un instante la cabeza en el anonadamiento de su esperanza. Después se yergue amenazante.

¡Su muerte está decretada!...

Silencio angustioso. Después se agita en un ademán de protesta. Con voz que parece escapada del fondo de sus entrañas.

¡Pero no quiero que muera!

Avanza resuelta, como arrastrada por una fuerza oculta, superior á su voluntad, hasta el alhami.

¡Voy á salvarle!

Con voz sorda, cerca del  
arco.

¡Señor!

Retrocede de nuevo, sintiendo renacer en su alma todo el rencor oculto de sus celos. Como si se increpase á sí misma.

Mas ¿qué le vas á decir,  
si aunque le salve tu amor  
tus celos le harán morir?

Como si en su interior luchasen desesperadamente las más encontradas pasiones. Poniéndose las manos en la boca, cual si quisiera ahogar en sus palabras sus propios sentimientos.

¡Alma, tu piedad sofoca!..  
¡Celos, dadme vuestra ayuda,  
y haced que se torne muda  
para la piedad, mi boca!

Golpeándose violentamente el pecho.

¡Corazón, calla tu mengua!..  
¡Para obligarte á callar,  
yo misma, voy á cortar  
entre mis dientes, tu lengua!

Pequeña pausa. Se dirige lentamente al mirador.

¡Aún en la blanca cimera  
del Almírez, no se advierte  
el resplandor de la hoguera  
que me anunciará su muerte!

Estremeciéndose como  
si cada latido del corazón  
fuese un siglo de inquietud.

¿No vendrán?.. ¡Ay! ¿Por qué tardas  
hoguera, tanto en arder?

En un arranque de desesperada ansiedad.

¡Quién te pudiera encender!...

Cayendo de bruces sobre el mirador, como si su corazón estallase en sollozos.

¡Pero, no!... ¡Pero no ardas  
que arder no te quiero ver!...

Se queda un momento sollozando. De súbito se levanta queriendo sofocar su ternura con el recuerdo de la rival odiada.

¡Mas en vano el tiempo pierdo  
de loca esperanza en pos,

que la sombra de un recuerdo  
se interpone entre los dos!

Como si á la evocación  
de la ausente, despertasen  
en su corazón, de nuevo,  
más hambrientos que nunca,  
todos sus recuerdos.

¡Venganza!.. ¡No triunfará  
de mi amor, Doña Isabel!  
¡Que muera!..

Se yergue en un gesto  
terrible de amenaza.

¡Sí! ¡Moriré,

aunque yo muera con él!..

Cae de nuevo en un so-  
llozo desesperado.

¡Ojos, que sólo soñáisteis,  
para sus ojos, vivir;  
pobres ojos que miráisteis  
bajo sus plantas morir  
vuestra postrera esperanza,  
y que aún lloráis sus desvíos!..  
¡Decid, decid, ojos míos,  
si no es justa mi venganza!

Como si un rayo de es-  
peranza iluminase, de pron-  
to, las tinieblas de su de-  
sesperación.

Mas, ¡si él la diese al olvido,  
y otra vez á mí volviera  
más amante y más rendido!..

Resuelta á salvarle.

¡No quiero, Señor, que muera!..  
Mas olvidar su traición  
tampoco, cielos, podré!..

La duda la estremece en  
una convulsión inaudita.

¿Qué voy á hacer?.. ¡No lo sé!..

Desesperadamente.

¡Dímelo tú, corazón,  
que sangras por doble herida!..—  
¡Corazón! ¿quién es más fuerte,  
el amor que grita:—¡vida!  
ó el odio que ruje:—¡muerte?

Cae de nuevo sollozando. Después se serena un poco y avanza resuelta hacia el alhamí. Tiende la mano para alzar el tapiz, pero se detiene temblando, como espantada de sí misma.

¡Y, yo he podido forjar,  
sin estallar de dolor,

la infamia que ha de acabar  
con la vida de mi amor!..  
¡Yo, que de amor encendida  
por verle dichoso, diera  
toda mi sangre y mi vida!..  
¡Y cien vidas si tuviera!

Queda un momento so-  
llozando en silencio, apo-  
yada en el umbral de la  
puerta de la izquierda, me-  
dio oculta por el tapiz que  
la cubre.

## ESCENA V

## DICHA Y ABEN-HUMEYA

Aben-Humeya aparece por el arco del alhamí, como perseguido por los fantasmas de sus propios pensamientos.

## ABEN-HUMEYA

¡Qué terrible pesadilla  
hirió mi imaginación!...  
La frialdad de una cuchilla  
traspasa mi corazón!...

¡Qué vida, Señor, qué vida!...  
Estoy despierto, y aún siento,  
como un dolor sordo y lento  
en el lugar de la herida!

¡Ay, siempre en el sueño ves,  
corazón, tu triste suerte,  
que no en vano el sueño es  
el espejo de la muerte!

Nunca el destino abandona  
lo que en sus garras apresa;  
ni aun en sueños nos perdona...

¡Cuánto pesa una corona!...

¡Señor, Señor, cuánto pesa!

Va hacia el ajimez y queda un instante contemplando la noche.

¡Noche magnífica y clara,

¿qué guardarán para mí

las estrellas?..

Zahara se le acerca.  
Aben-Humeya se vuelve sobresaltado.

¿Quién va ahí?..

ZAHARA

Con humildad, acercándosele.

Tu sierva, señor...

ABEN-HUMEYA

Tranquilizándose.

¡Zahara!..

¿Qué te ha impedido marchar con las otras? Di...

ZAHARA

Con timidez.

Mi amor,

que se queda á vigilar  
el sueño de su señor!

ABEN-HUMEYA

Contemplándola con tris-  
teza y ternura al mismo  
tiempo.

Tú siempre me has sido fiel.

ZAHARA

Porque el amor me encadena,  
y en amando, hasta la hiena  
se torna menos cruel!

ABEN-HUMEYA

Contemplándola con pie-  
dad.

Mas yo, en pago, he desgarrado  
tu corazón, sin sentir  
que estaba de amor colmado...

ZAHARA

Y ¿quién recuerda el pasado  
si piensa en el porvenir?

ABEN-HUMEYA

¡Qué mal el alma custodia  
su afecto, y qué mal derrama

el cariño que la inflama!...  
 ¡Amamos á quien nos odia  
 y odiamos á quien nos ama!  
 Y en tanto que el alma ciega  
 su propio dolor prefiere,  
 la muerte en silencio llega  
 y por la espalda nos hiere!

ZAHARA

¡Qué tristes cosas me dices!

ABEN-HUMEYA

Dejando escapar sus re-  
celos.

Quimeras y augurios son  
 que en mi regio corazón  
 echaron hondas raíces!

Con misterio, como res-  
pondiendo á una idea fija.

¿Recuerdas lo que me dijo  
 aquella pobre mujer  
 á quien dieron de comer  
 el corazón de su hijo?

ZAHARA

Queriendo animarlo.

Sus anatemas olvida...  
 ¿Quién hace caso á una loca?

## ABEN-HUMEYA

¡Pues envenenó mi vida  
la maldición de su boca!

Y en esta noche, Zahara,  
me agito y tiemblo encogido,  
cual si una voz murmurara  
sus palabras á mi oído:

«¡Por tus infames acciones  
será inflexible tu estrella!...  
¡Morirás, Aben-Humeya,  
á manos de tus sayones!...»

Y algo dice al corazón,  
ya cansado de sufrir,  
que pronto se va á cumplir  
tan horrible predicción!

Porque hoy mi destino traza  
en su curso indefinido  
la estrella que siempre ha sido  
la enemiga de mi raza!...

## ZAHARA

Animándole.

Vencerás, Aben-Humeya.  
Tan sólo la voz escucha  
de tu valor...

## ABEN-HUMEYA

Como agobiado por el  
peso de la fatalidad de su  
raza.

Mas, ¿quién lucha  
contra el rigor de su estrella?

Es blasfemo desatino  
oponerse á su rigor,  
que luchar contra el Destino  
es luchar contra el Señor!

Pequeña pausa. Como  
siguiendo á sus propios  
pensamientos.

Viendo mi raza oprimida  
bajo los hierros cristianos,  
soñé, á costa de mi vida,  
libertar á mis hermanos,  
sobrepujando la hazaña  
de aquellos bravos guerreros,  
que dominaron á España  
con sus triunfantes aceros,  
imponiendo en el planeta  
á Emperadores y á Reyes.  
con las leyes del Profeta  
el imperio de su leyes!...

¿Qué resta de ese esplendor?  
Unos cuantos salteadores  
que me llaman su señor,  
mientras afilan, traidores,  
en las sombras, su puñal;  
una corona irrisoria,  
de espinas, para mi gloria,  
y en vez de cetro real,  
mísera caña en mi mano...  
¡Sólo me falta tener  
también mi cruz, para ser  
el Ecce-Homo cristiano...!



ESCENA VI

DICHOS y EL PARTAL

Que penetra por la derecha.

EL PARTAL

Inclinándose, desde la  
puerta.

¡Señor, señor, perdonad  
si aquí vengo...

Aben-Humeya se vuelve  
sobresaltado.

ABEN HUMEYA

Recobrándose.

Te creí  
de ronda, Partal!..

EL PARTAL

Avanzando.

Aquí  
me conduce mi lealtad

ABEN-HUMEYA

Y tu lealtad ¿que desea?

## EL PARTAL

Mis gentes han encontrado,  
desangrándose, á un soldado  
en la rambla de Alcolea!

Al momento de espirar  
dijo que era portador  
de una orden tuya, señor...

## ABEN-HUMEYA

Inquieto.

¿Y la orden?

## EL PARTAL

Al cruzar  
por la rambla, le asaltaron  
los traidores, y el papel  
de las manos le arrancaron...  
y la existencia con él!

## ABEN-HUMEYA

¿Y quién pudo haber osado?

## EL PARTAL

Algo debió sospechar  
y á decir iba el soldado...  
Sólo pudo murmurar,

haciendo un esfuerzo rudo:  
—Dile á Aben-Humeya, que  
se guarde y defienda de...  
¡Y el nombre decir no pudo!

Me miró con ansia loca,  
el labio cárdeno abrió  
para seguir... y expiró  
con la palabra en la boca!

ABEN-HUMEYA

Y no sospechas?

EL PARTAL

Señor,  
si de alguien yo sospechara,  
ya ante tus ojos sangrara  
la cabeza del traidor!

Zahara, intranquila, lu-  
chando entre los más en-  
contrados deseos, va y vie-  
ne al mirador, observa des-  
de él y atiende á las pala-  
bras del Partal.

ABEN-HUMEYA

En dónde tienes tus gentes?

EL PARTAL

Acampan en el Fondón.

ABEN-HUMEYA

¿Y son muchos?..

EL PARTAL

Pocos son,  
pero son los suficientes!  
Cada uno de esos buenos  
y curtidos veteranos  
vale por veinte cristianos  
y diez turcos, por lo menos!

ABEN-HUMEYA

Toma diez de los mejores,  
y ve á los alrededores  
del suceso, á averiguar,  
y si das con los traidores  
haz un castigo ejemplar!..

EL PARTAL

Además, señor, venía  
para decirte, que fuera,  
en ese patio, te espera  
y quiere hablarte un espía.

Llega del campo cristiano  
con pliegos de tal valor  
que sólo puede, señor,  
entregarlos á tu mano.

ABEN-HUMEYA

Inquieto y desconfiado.

Tú le conoces, Partal?

PARTAL

No abrigues, señor, temores...

Es el Gorri, el más leal  
de todos tus servidores!

ABEN-HUMEYA

Al Partal.

Cumple mi mandato, y luego  
torna, Partal, á avisarme...

Al salir por la derecha.

¿Qué sorpresa irá á brindarme  
el destino en ese pliego?..



## ESCENA VII

## ZAHARA Y EL PARTAL

ZAHARA

Mirando ansiosamente  
por el ajimez y ahogando  
un grito.

¡Ya en la cumbre de aquel monte  
al resplandor de la hoguera  
enrojece el horizonte!...

Con energía indomable.

¡Lo salvaré!

Se dirige al Partal en el  
momento que éste se dis-  
pone á partir.

PARTAL

Deteniéndose.

¿Qué hay?..

ZAHARA

En voz baja.

¡Espera!

¿A tu señor eres fiel?

PARTAL

Me ofendes al preguntar...

ZAHARA

¿Su vida quieres salvar?

PARTAL

¡Mi sangre diera por él!..

¿Mas que ocurre?

ZAHARA

¿Ves aquella  
pira en el monte encendida?..

Ella anuncia que la vida  
va á perder Aben-Humeya!..

PARTAL

Espantado.

¿Qué dices?

ZAHARA

Lo que has oído,  
pues para su perdición  
sus puñales han unido  
los celos y la traición!..

No hay que perder tiempo en vano  
si le queremos salvar,  
que el peligro está cercano  
y está indefenso el lugar!

PARTAL

Mas ¿quién tal crimen fraguó?..

ZAHARA

¡Lo más bajo y lo más vil!..  
La envidia de Aben-Abóo  
y los celos de Alguacil!

Empujándolo hacia la  
puerta.

¡Pronto, pronto, corre, vuela  
por entre esos olivares;  
hunde en tu potro la espuela  
hasta rasgar sus hijares!..

Por tu gente, al Fondón, ve,  
y torna presto...

PARTAL

Saliendo.

Me voy...

¡Y te juro, por quien soy  
que su vida salvaré!



## ESENA VIII

ZAHARA (viendo desaparecer á EL PARTAL)

ZAHARA

¡Cielos, salvadle!..

Como acometida de una  
súbita esperanza.¡Si yo  
á confesárselo todo  
me atreviese!..Cayendo de nuevo en un  
profundo abatimiento.Mas, no hay modo  
de confesárselo!... ¡no!..  
que de mi infamia, espantado,  
mi aviso despreciaría...Tendiendo los brazos al  
cielo en un arranque des-  
esperado de dolor.¡Si el destino despiadado,  
en su furor sólo ansía

un corazón donde hundir  
su acero cortante y frío...  
¡aquí está, Señor, el mío  
por él dispuesto á morir!

## ESCENA IX

DICHA Y ABEN-HUMEYA

Que entra con un pliego  
en la mano.

ABEN-HUMEYA

Contemplando el pliego.

¡Temo leerlo! Adivino  
algún peligro cercano...  
¡Parece que mi destino  
está temblando en mi mano!

Viendo á Zahara.

Acerca una antorcha, para  
poder leerle, Zahara.

Zahara entra en el alhamí y regresa con una antorcha en la mano que coloca cerca de la puerta, en el muro; Aben-Humeya le entrega el pliego.

Rompe el nema del papel  
y quien lo firma repara...

Zahara, rompe el nema  
del pliego y se acerca á leer-

lo á la luz de la antorcha.  
Aben-Humeya la sigue ansiosamente con la vista.

#### ZAHARA

Dando un grito inarticulado, como quien se encuentra de pronto una víbora en su camino.

¡Cielos!.. ¡De Doña Isabel!

Queda con el pliego en la mano, trémula de ira, con los ojos fijos en Aben-Humeya, en una explosión de celos.

#### ABEN-HUMEYA

Al oír el nombre, se acerca ansiosamente, pero después, viendo la actitud de Zahara, refrena su impaciencia, comprendiendo por vez primera, todo el dolor y la angustia de aquella existencia devorada por los celos, y un sentimiento de piedad florece súbitamente en su corazón.

¿Qué puede importarte á tí?...  
¡Dame el pliego sin temor  
que aunque viva para mi  
ha muerto para mi amor!..

Zahara se extremece de emoción. Desdobra el pliego y se lo da á Aben-Humeya para que lo lea. Leyendo.

«¡Como mi honor y mi vida salvasteis, señor, hoy quiero honor y vida salvaros, y así pagar lo que debo, que las que son bien nacidas pagan con creces sus débitos! Según las revelaciones, que al convertirse de nuevo en la Santa Fé de Cristo, un viejo morisco ha hecho, esta noche, Don Fernando, vuestra vida corre riesgos, que Aben Aboo, vuestro primo, y los turcos, convinieron en Mecina, daros muerte para quitaros el reino... ¡Y, ojalá que á vuestras manos este carta llegue á tiempo! No espereis ningún socorro, porque todo vuestro ejército causa común con los turcos para vuestro mal, ha hecho!..

En Laujar estais cercado,  
y sino rompeis el cerco  
os cautivarán los míos  
ó muerte os darán los vuestros!..  
Cuando éstas líneas leais,  
sin vacilar un momento,  
al campo cristiano huid...  
Para que podáis hacerlo  
el perdón del Rey Felipe  
os mando con este pliego!..»

ZAHARA

No pudiendo resistir más  
su emoción.

¡No dudes! ¡Huye de aquí!..  
¡Escapa al campo cristiano!..

ABEN-HUMEYA

¿Tú me lo aconsejas?

ZAHARA

¡Sí!..

ABEN-HUMEYA

Pues me aconsejas en vano!..

ZAHARA

Insiste.

¡Huye, Señor! ¡Te amenaza  
la muerte!..

ABEN-HUMEYA

¡Jamás huyeron  
los varones de mi raza,  
que combatiendo cayeron  
en su glorioso abandono  
contra su suerte menguada,  
defendiendo con su espada,  
más que su vida, su trono!..

ZAHARA

Queriéndole arrastrar  
fuera.

¡Vendrán á buscarte! ¡Huyamos!..  
¡Sé de un oculto camino!..

ABEN-HUMEYA

Rechazándola.

¿A qué?.. Por donde vayamos  
allí irá nuestro destino!..

Señalando el pliego.

¿Ves Zahara éste papel?  
Es el pliego del perdón...

Lo rasga y arroja los pedazos por el ajimez.

¡Pues también rompo con él,  
Zahara, mi salvación!

ZAHARA

Sin poder contenerse.

¿Que has hecho, señor, que has hecho?

ABEN-HUMEYA

¡Desafiar á la suerte!...  
¡Si quiere herirme la muerte,  
tendrá que hacerlo en el pecho! ..

Vacilando de pronto como si se avergonzase de dar crédito á la infamia.

¡No puedo creer que sea  
realidad tan vil traición,  
aunque dice que lo crea  
la voz de mi corazón!

ZAHARA

Ansiosa por descubrir su secreto.

¡A tu corazón da fé,  
y huye!...

ABEN-HUMEYA

Extrañado del tono de  
certidumbre de Zahara.

¿Tú lo sabes?

ZAHARA

Duda un momento. Des-  
pués se yergue con ener-  
gía.

¡Sí!

ABEN-HUMEYA

Mas ¿cómo?

ZAHARA

Espantada de sus pala-  
bras y temerosa de su trans-  
cendencia.

¿Cómo? ¡Ay de mí!...

Decidiéndose.

¡Yo tan solamente sé  
que antes que amanezca el día,  
sino huyes, morirás!

Señalando la puerta de  
la izquierda.

¡Huyamos, señor!

ABEN-HUMEYA

¡Jamás,  
que huir fuera cobardía!  
¡Yo sabré imponer mi ley  
á esa chusma amotinada,  
y si caigo en la jornada  
verán como muere un Rey!

ZAHARA

Insistiendo anhelante.

¡De tu destino fatal,  
huye, señor, en seguida!..  
¡Las banderas del Partal  
protegerán nuestra huída!  
Monta presto en tu corcel,  
esa sierra atravesemos,  
y en la costa embarcaremos  
para Tetuán ó Argel!...

ABEN-HUMEYA

Si mi corona ambiciona  
no ha de triunfar su vileza,  
que por salvar la cabeza  
no perderé la corona!

Volviéndose á Zahara  
como si una idea repentina  
le inquietase.

Mas, ¿tu afán como llegó  
esa infamia á conocer?

ZAHARA

Sin poder reprimir la ex-  
plosión de su sinceridad.

¡Como no lo he de saber,  
si la infamia forjé yo!..

ABEN-HUMEYA

¿Tú?

ZAHARA

Desbordante de sinceri-  
dad.

El puñal les entregué,  
y en mi celoso despecho  
señalándoles tu pecho,

¡Hundidle en él!—les grité.  
¡Para dar muerte al león  
yo les señalé el cubill!..

ABEN-HUMEYA

Horrorizado.

¿Capaz tú de tal acción?

## ZAHARA

No fui yo: ¡mi corazón!...  
¡Arráncamelo por vill!

## ABEN-HUMEYA

En impetu de fiereza.

¡Oh, sí, te lo arrancaré  
con estas manos, y cuando  
las turbas vengan aullando  
de furor, les mostraré  
tus sanguinantes despojos,  
como presa de la fiera...  
¡Para que miren sus ojos  
la suerte que les espera!

Se arroja sobre ella. Zahara cae de rodillas luchando desesperadamente, más que por salvar su vida por salvar la de él.

No tendré piedad de tí!

## ZAHARA

¡Arrástrame del cabello!..  
¡Ahoga en tus manos mi cuello,  
pero huye, señor, de aquí!...

Se escucha un rumor de voces cercanas. Los dos se

quedan inmóviles. Zahara se escapa de las manos de Aben-Humeya y le señala de nuevo la puerta de la izquierda.

¡Huye señor!... ¿No oyes esa ronca y sorda gritería?... Es que aulla la jauría al olfatear su presa!...

ABEN-HUMEYA

Dándose cuenta de su situación, y dirigiéndose al ajimez.

¡Mis guardias!

ZAHARA

Siguiéndole.

Todos están en el Fondón acampados, y antes que tornen, caerán aquí los amotinados!...

Mirando desde el ajimez.

Ya han penetrado en la plaza...

VOCES

Fuera.

¡Muera Aben-Humeya!... ¡Muera!

ZAHARA

¡Ve la suerte que te espera  
si consiguen darte caza!  
¡Huye, señor!...

ABEN-HUMEYA

Desafiante.

¡No sé huir!...

Cumpla el destino su ley,  
que el que vivió como rey  
como rey sabrá morir!...

VOCES

Más cercanas.

¡Muera Aben-Humeya!... ¡Muera!...

Zahara le indica la puer-  
ta de la izquierda.

ABEN-HUMEYA

Con firmeza.

Aquí les esperaré...

ZAHARA

Como si una esperanza  
la iluminara de súbito.

¡Aunque tu orgullo no quiera  
yo tu vida salvaré!...

Corre á la puerta de la derecha y antes que Aben-Humeya tenga tiempo de impedirselo la cierra.

ABEN-HUMEYA

¿Qué has hecho?

ZAHARA

Con alegría.

¡Te salvé al fin!..

Empujándole hacia la puerta de la izquierda.

¡Yo detendré su furor,  
en tanto que tú, señor,  
escapas por el jardín!

Empujándole.

¡Huye!...

Aben-Humeya la rechaza.

VOCES

En la puerta de la derecha.

¡Que muera el traidor!...

ALGUACIL

Fuera.

¡Echad abajo la puerta!...

Empujan la puerta. Aben-Humeya se yergue y se dirige á abrir. Zahara se le interpone abrazándose á sus rodillas. Aben-Humeya se desprende de ella con violencia, arrojándola al pie de un diván.

#### ABEN-HUMEYA

Abriendo la puerta.

¡No es preciso!... ¡Ya está abierta,  
y aquí está vuestro señor!

Se queda inmóvil delante de la puerta, con los brazos cruzados, retánolos con el gesto y la mirada.

## ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, BEN-ALGUAGIL, HUEZIN, ABEN-ABÓO Y SOLDADOS NORISCOS Y TURCOS. Penetran con las armas desnudas para acometer á Aben-Humeya.

BEN-ALGUACIL.

¡Por fin has venido á dar,  
traidor, en tus propios lazos!

Van á acometerle. Zahara se alza y de un salto se interpone, cubriendo con su cuerpo á Aben-Humeya.

ZAHARA

¡Atrás!.. ¡Antes de pasar  
tendréis que hacerme pedazos!

ABEN-ABÓO

¡Paso franco, miserable!

ZAHARA

¡No, no pasaréis de aquí!..

¡Yo soy de todo culpable!..  
Quitadme la vida á mí!..

Aben-Abóo la empuja  
violentamente y pasa. Tras  
él Alguacil, Huezin y sol-  
dados. Aben-Hum-ya se  
prepara á defenderse con  
su espada.

ABEN-ABÓO

A los soldados.

Vigilad toda salida...

ZAHARA

Queriendo interponerse.  
Todos la rechazan.

¡Compadeced su abandono!

BEN ALGUACIL

¡Arrojémosle del trono  
y quitémosle la vida!

ABEN-HUMEYA

Disponiéndose á acu-  
chillarlos.

¿Quién quiere mi vida?

ALGUACIL

¡Yo!

Arremetiéndole.

ABEN-HUMEYA

¡Pues luchando la obtendrás!...

Mientras lucha con Alguacil, y los soldados Aben Abóo le hiere por el costado.

ABEN ABÓO

Hiriéndole.

¡Muere!

ABEN-HUMEYA

Próximo á desplomarse.

¡Cobardes!

ZAHARA

Saltando como una fiera y amparando el cuerpo de Aben-Humeya.

¡Atrás!

ABEN-HUMEYA

Cayendo en brazos de Zahara, cerca del diván, con

los ojos vueltos á Aben  
Aboó.

¡A traición, Aben Abóo,  
como matas, morirás!...

ZAHARA

Como loca, abrazándose  
al cuerpo de Aben-Hume-  
ya.

¿Qué habéis hecho?.. ¿Qué habéis hecho?

Se inclina y besa al ca-  
dáver. Después se vuelve  
fieramente á los onjurados.

¡Temblad, traidores, temblad,  
que el puñal que hirió su pecho  
mató nuestra libertad!

BEN ALGUACIL

El tirano ya expiró..  
¡Viva, viva, granadinos  
vuestro Rey Aben Abóo!

Los soldados aclaman y  
rodean á Aben Abóo. Al-  
guacil y algunos soldados  
intentan arrojarle sobre  
Aben-humeya.

## ZAHARA

Alzándose amenazadora.

¡Atrás!.. ¡Atrás, asesinos!...  
Su corona ensangrentada  
queréis?.. ¡Pues, venid por ella,  
más, la gloria de Granada  
murió con Aben-Humeya!..

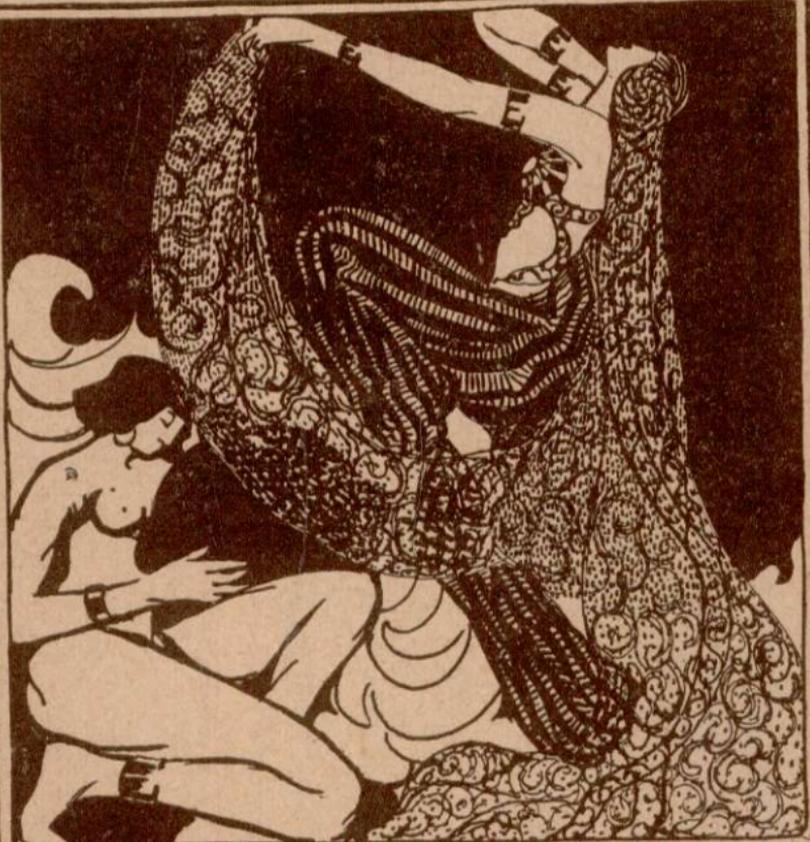
Cae sollozando sobre el  
el cadáver mientras los ca-  
pitanes ondean sus ban-  
deras en torno de Aben  
Abóo.

TELÓN LENTO

1-2-3-4-5-6-7-8-9-10-11-12-13-14-15-16-17-18-19-20-21-22-23-24-25-26-27-28-29-30-31-32-33-34-35-36-37-38-39-40-41-42-43-44-45-46-47-48-49-50-51-52-53-54-55-56-57-58-59-60-61-62-63-64-65-66-67-68-69-70-71-72-73-74-75-76-77-78-79-80-81-82-83-84-85-86-87-88-89-90-91-92-93-94-95-96-97-98-99-100

MGU  
MDH

SE ACABÓ  
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO  
EL DÍA XV DE MARZO DEL AÑO MCMXIV  
EN LA IMPRENTA HISPANO-ALEMANA,  
GONZALO DE CÓRDOVA, 22.  
MADRID



GREGORIO VICENTE

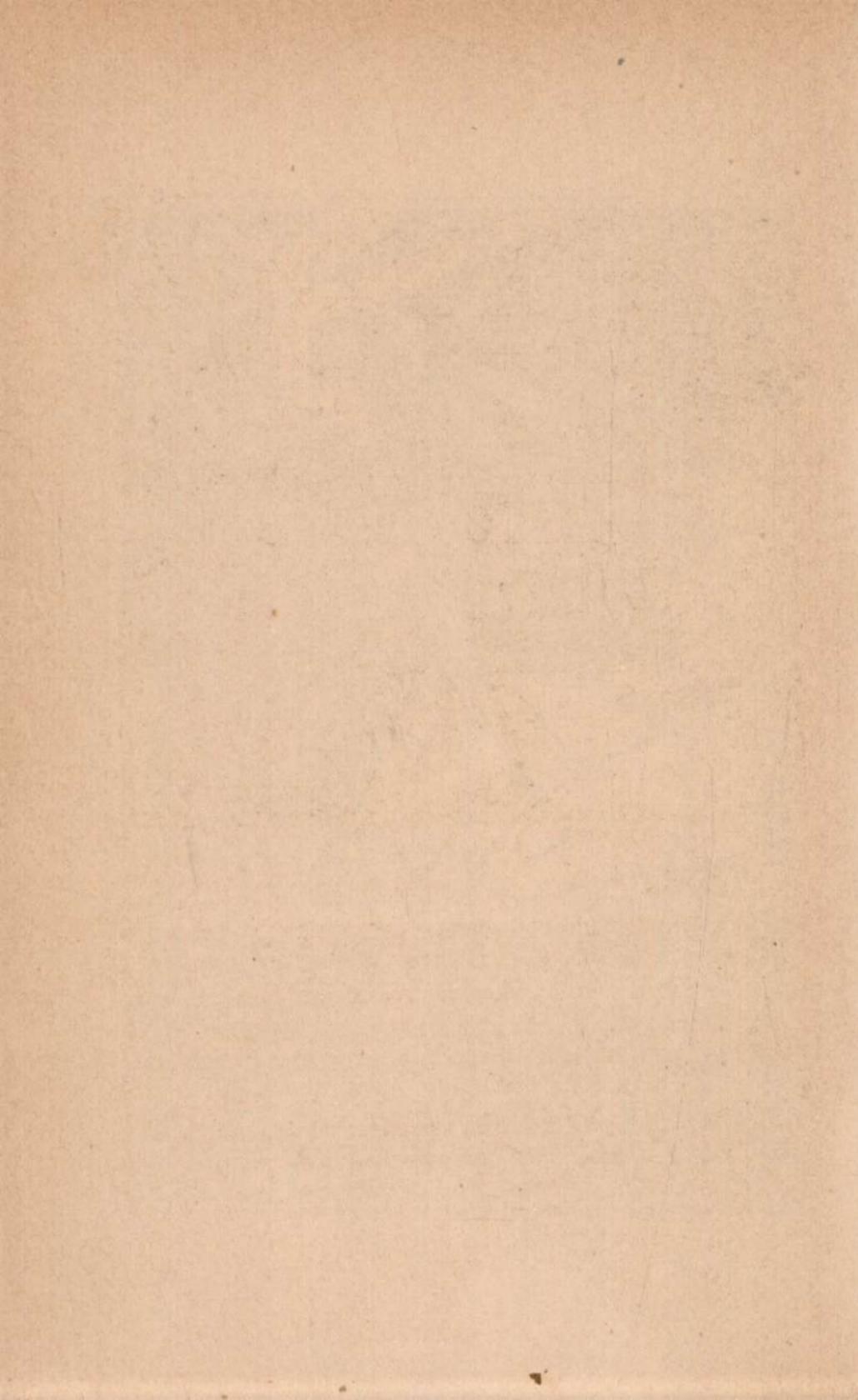
ABEN-CIVMEYR

MOMENTOS MUSICALES

DEL MRESTRº

ANGEL BARRIOS







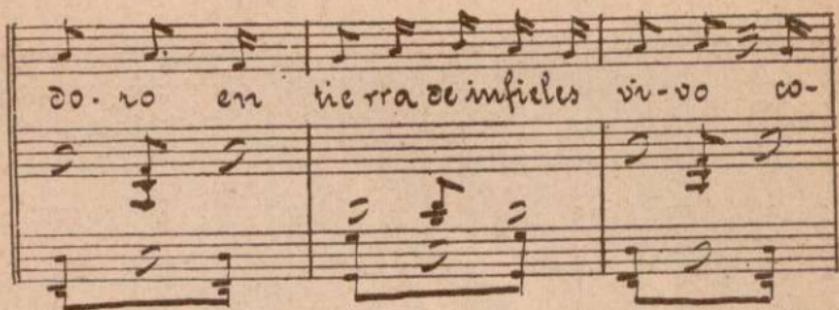
# ACTROVA

PRELUDIO VICENTE

musical score with lyrics: *an - sente del bien que a*

The musical score consists of three staves. The top staff is a treble clef with a 3/8 time signature, containing a sequence of notes: a half note, a quarter note, and a quarter note. The middle staff is a treble clef with a 3/8 time signature, containing a sequence of notes: a half note, a quarter note, and a quarter note. The bottom staff is a bass clef with a 3/8 time signature, containing a sequence of notes: a half note, a quarter note, and a quarter note. The lyrics "an - sente del bien que a" are written below the middle staff.

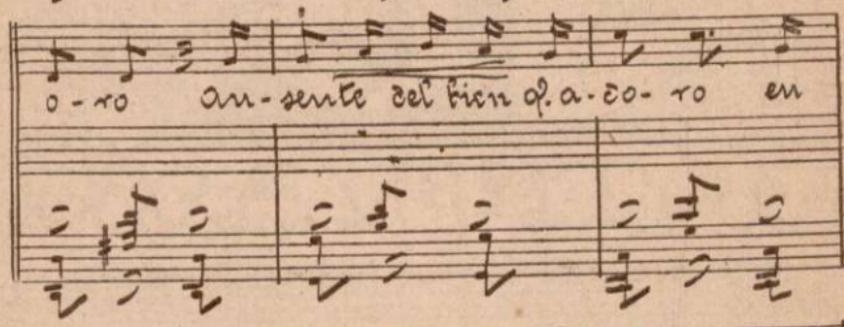
do-ro en tierra de infieles vi-vo co-



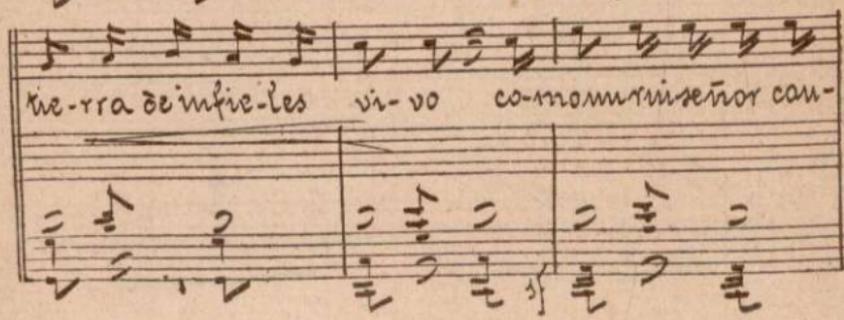
mostrarse-nar can-ti-vo en u-na jaula de  
*pois it*



o-ro au-sente del bien q. a-do-ro en

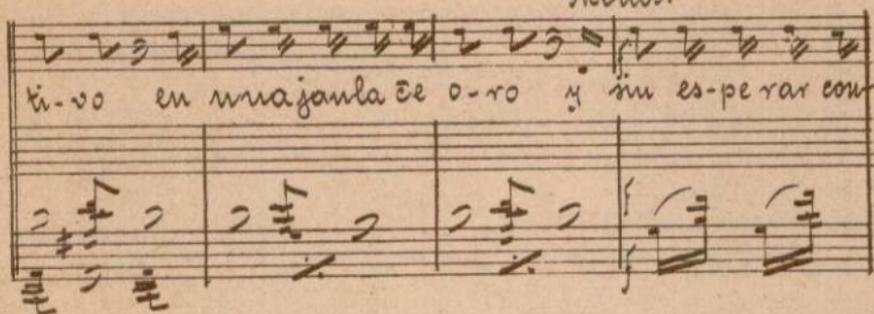


tie-rra de infie-les vi-vo co-mo un se-ñor can-

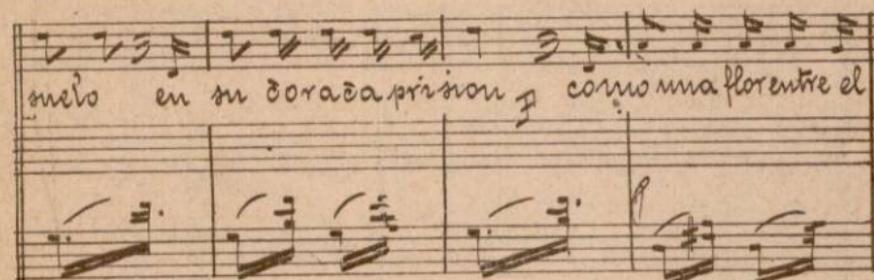


Allegro:

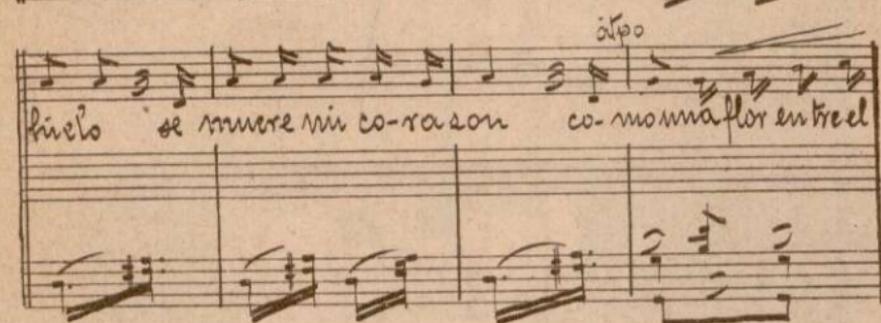
ti-vo en una jaula de oro y ni es-pe- rar con-



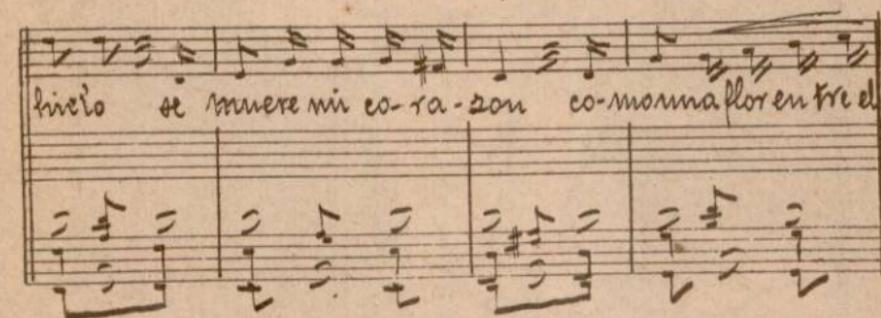
me- lo en su dorada prision y como una flor en el



al- to  
fue- lo se muere mi co- ra- son co- mo una flor en fre- el



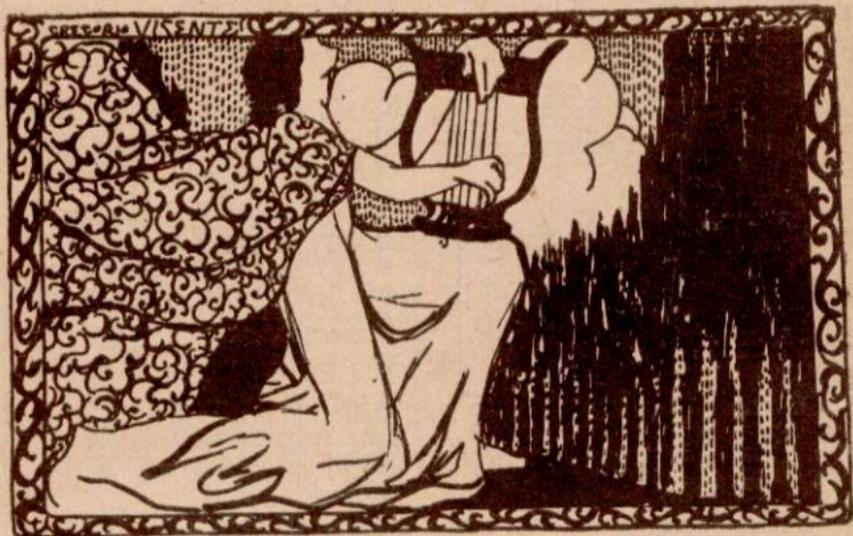
fue- lo se muere mi co- ra- son co- mo una flor en fre- el



rit

hic - lo se muere mi co - ra - zón

The image shows a handwritten musical score on aged paper. It consists of three systems of staves. The first system features a vocal line with the lyrics "hic - lo se muere mi co - ra - zón" and a piano accompaniment. A "rit" (ritardando) marking is placed above the first few notes of the vocal line. The second system shows a more complex piano accompaniment with multiple voices. The third system concludes the piece with a final cadence.





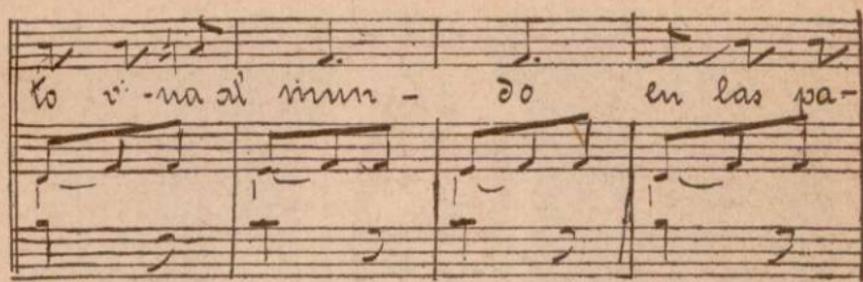
VILLANCICO

ARZOBISPO VICENTE

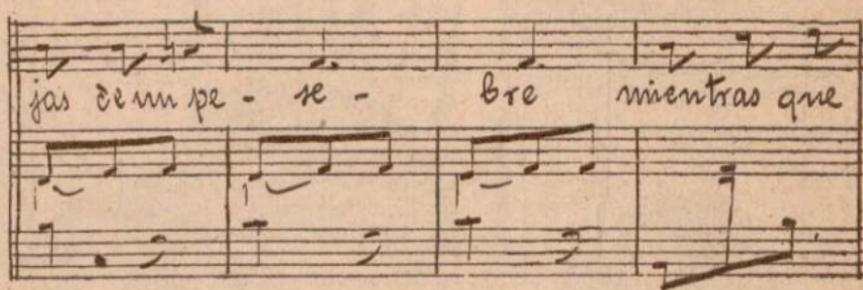
Je. su - cris -

Musical score for three staves, including vocal lines and piano accompaniment.

to vi - na al mun - do en las pa -



jas de un pe - re - bre mientras que



*Prestos*  
por los cami - nos - i - va ca - yen -



do la nie - ve



(Coro-gral=)

Des-per-tad pas-tor-

res can-tad y be-bed

por-que en es-ta res

die Je-ni va à na-cer



